

Pontificia Universidad Católica de Valparaíso

Facultad de Filosofía y Educación

Instituto de Historia



PONTIFICIA
UNIVERSIDAD
CATÓLICA DE
VALPARAÍSO



El *Derrotero* de Silvestre Antonio Díaz de
Rojas: circulación de la información y
resurgimiento de la creencia en la ciudad de los
Césares (1715-1796)

Tesis para optar al Grado de Licenciado en Historia con mención en Ciencia Política.

Alumno: Henry Maxwell Styles Canessa.

Profesor guía: María Ximena Urbina Carrasco.

Proyecto FONDECYT Regular N° 1180182.

Viña del Mar, 16 de abril de 2020.

1. Introducción.....	5.
1.1. Justificación.....	5
1.2. Problema.....	6.
1.3. Hipótesis.....	6.
1.4. Objetivos.....	6
1.4.1. Objetivo general.....	6.
1.4.2. Objetivos específicos.....	7.
1.5. Marco teórico.....	7.
1.6. Estado de la cuestión.....	9.
2. La búsqueda de la ciudad de los Césares en los siglos XVI y XVII.....	16
2.1. La Patagonia: territorio de los Césares.....	17.
2.2. Siglo XVI.....	18.
2.2.1. Francisco de César.....	19.
2.2.2. Los Incas.....	20.
2.2.3. Los naufragos.....	21.
2.3. Siglo XVII.....	23.
2.3.1. Amenaza de extranjeros.....	23.
2.3.2. Misiones evangelizadoras.....	25.
2.3.3. Césares osornenses.....	26.
2.4. Algunos ejemplos.....	27.
3. El <i>Derrotero</i> de Silvestre Antonio Díaz de Rojas.....	29.
3.1. La creencia en los Césares hacia 1715.....	29.
3.2. El <i>Derrotero</i>	32.
3.3. Silvestre Antonio Díaz de Rojas.....	35.
3.4. Trayectoria del informe.....	38.
4. Análisis del <i>Derrotero</i>	42.
4.1. Pretensión de verosimilitud.....	42.
4.2. Mapa adjunto.....	44.
4.3. Buenos Aires y la Pampa.....	46.

4.4.	Puelches y pehuenches.....	48.
4.5.	Las dos ciudades: indígenas y españoles.....	51.
4.6.	Circulación del <i>Derrotero</i>	56.
4.6.1.	El informe anónimo (1740)	57.
4.6.2.	Misiones jesuitas.....	58.
4.6.2.1.	José Cardiel (1746)	60.
4.6.2.2.	Tomás Falkner (1760)	65.
4.6.3.	José de Moraleda (1796)	70.
4.6.4.	Referencias a Díaz de Rojas en crónicas.....	76.
5.	Apreciaciones sobre el <i>Derrotero</i>	81.
6.	Conclusiones.....	87.
7.	Fuentes.....	91.
8.	Bibliografía.....	92.

Agradecimientos

Quisiera agradecer a todos aquellos que hicieron posible esta tesis. En primer lugar, mi profesora guía, Ximena Urbina, por hacerme parte de su proyecto Fondecyt, que me permitió adentrarme en el mundo de la creencia en la ciudad de los Césares. Así también, le agradezco sus consejos y comentarios, que no solo me ayudaron a ordenar las ideas y enfocar mi trabajo, sino también a formarme como investigador.

En segundo lugar, a mi familia, por siempre apoyarme a lo largo de esta carrera. Mis padres, Kenneth Styles y Viviana Canessa, por siempre creer en mí; mi hermano Kenneth, quien, en sus viajes, me consiguió los libros necesarios para completar mi investigación. A Elena Prieto, Fernando Canessa, por interesarse y escucharme hablar de los temas de la carrera. Carmen Canessa, Gabrielle, Jorge y Felipe Besoain por su apoyo. Luis Mediano y Margarita Dazarola por traerme libros de su viaje a España.

También agradecer a todos mis amigos, aquellos que eran parte de mi vida al entrar a la universidad: Alonso Ascorra, Francisco Estefó, Joaquín Silva, José y Luis Rodríguez, Ramiro Weisner, Javier Sánchez; Matías Mediano, Diego Aravena, Benjamín Cubillos, Matías Videla, gracias por cada junta, por las risas para distraerse de la universidad. A todos los que conocí en el camino: Jennifer Aceituno, Constanza Briceño, Fabián Gómez, Vincenzo Guazzini, amigos y compañeros en múltiples trabajos; Javier Puentes, Diego Olivares, Javier Muñoz y Erwin Araya, por las juntas en Quillota este último año; André Aguayo, Mirko Kukuljan y Carlos Valdovinos. A mi madrina, Daniela Salazar, por apoyarme en mi entrada en la universidad, y ayudarme a adaptarme al ambiente universitario. Gracias a Fabián Gómez, José Quinteros y Nicolás Alonso por sus comentarios y apreciaciones a esta tesis. A Josefa Vicencio por su apoyo y comentarios en los múltiples trabajos en la universidad.

Gracias también a todo el equipo del taller *¿Dónde están los gusanos?*, por los talleres y conversatorios, que permitieron ir reflexionando sobre el quehacer del historiador.

1. Introducción

1.1 Justificación: La historiografía se ha centrado en estudiar la creencia en la ciudad de los Césares como un conjunto, tomando en cuenta las distintas expediciones que se llevaron a cabo en busca de esta. Sin embargo, estas no han sido estudiadas a fondo. Tal es el caso de Silvestre Antonio Díaz de Rojas¹, de quien poco sabemos, salvo que, según lo que él cuenta, nació en Sevilla, mudándose a Buenos Aires a una corta edad, desde donde-según relata- fue secuestrado por los pehuenches, y llevado a vivir entre estos, los cuales lo llevarían a la ciudad de los Césares. Luego, los dejó y envió a la corte- en el año 1715- un informe en que detalla cómo llegar desde Buenos Aires hasta los Césares. El contenido de este ha sido estudiado previamente, destacándose que Rojas presenta una ciudad ideal en que la gente solo muere de vieja². Empero, no se ha puesto atención a la recepción y circulación que tuvo. Lo poco que se ha mencionado al respecto, es que el proyecto de Rojas fue rechazado, y que decidió imprimir y divulgar su Derrotero por el virreinato del Perú (que, para la época, en 1715, comprendía toda Sudamérica). Solo se ha tomado en cuenta lo que el piloto José de Moraleda dijo sobre la difusión del Derrotero en Chiloé hacia fines del siglo XVIII, y el informe anónimo impreso en 1740, en que su autor da sus razones para creer que lo dicho por Silvestre Antonio de Rojas es cierto³, aunque ha recibido menos atención que lo dicho por Moraleda.

Tampoco se ha dado relevancia al papel que cumplieron personajes como el jesuita Ignacio Alemán, quien no dio el visto bueno a su proyecto, por considerar “menor los fundamentos que tiene”, dando mayor importancia a las expediciones que salían de Chile en busca de la ciudad. También, se ha de tomar en cuenta al Marqués de Valhermoso, de quien poco sabemos, salvo que se apellidaba Villavicencio y que sirvió a la Corona, tanto como asistente en Sevilla, como de general en Navarra⁴, además de su labor como intermediario entre Díaz de Rojas y el Rey.

En el año 1836, el erudito argentino Pedro de Angelis, publicó su *Colección de obras y documentos relativos a la Historia Antigua y Moderna de las provincias del Río de la Plata*, en el que copia el Derrotero de Rojas, junto al informe anónimo de 1740, y una carta del jesuita José Cardiel, del año 1746, en la que menciona que es posible llegar a los Césares, pues un “criollo de Buenos Aires ya lo hizo”. Esta recopilación documental tenía un fin

¹ Véase, por ejemplo, Estellé, Patricio y Couyoudmjian, Ricardo, “La ciudad de los Césares: Origen y evolución de una leyenda (1526-1880)”, en *Historia*, N°7, Universidad Católica de Chile, 1968, pp. 283-309; Urbina, Ximena, *La frontera de arriba en Chile Colonial*, Valparaíso, Ediciones Universitarias, 2008, pp. 153-190, dedica un capítulo a la búsqueda de la ciudad de los Césares; Bayo, Ciro, *Los Césares de la Patagonia: leyenda áurea del Nuevo Mundo*, Madrid, 1913. Quien dio mayor énfasis al caso de Díaz de Rojas fue Ricardo Latcham, aunque mayoritariamente transcribe el memorial enviado al rey, y hace un pequeño análisis del mismo. En Latcham, Ricardo, *La leyenda de los Césares: su origen y evolución*, Imprenta Cervantes, 1929, pp. 242-245. .

² Bayo, Ciro, *Los Césares de la Patagonia*, p. 197.

³ Estellé, Couyoudmjian, “La ciudad de los Césares: Origen y evolución de una leyenda”, p.293.

⁴ Catálogo de documentos de la Fundación Sergio Fernández Larrain, Archivo Nacional de Chile (en adelante, AN), Tomo I, p. 75.

político: probar el derecho de posesión de Argentina sobre la Patagonia⁵. Lo interesante de esta Recopilación, es que relaciona la carta de Cardiel con Díaz de Rojas. Además, no transcribe por completo el informe de Antonio de Rojas, excluyendo la parte en que relata sus orígenes. De esta forma, si bien contribuyó a la difusión de dicho informe, no nos permite conocer mejor a Silvestre Antonio de Rojas.

Por lo mismo, consideramos relevante estudiar la difusión que tuvo el informe presentado por Antonio de Rojas. Resulta necesario dar énfasis al contexto de producción del mismo, tomando en cuenta en este punto el carácter marginal que tenía la ciudad de Buenos Aires⁶, y la relevancia de los pehuenches en el territorio. Con dichos esfuerzos esperamos aproximarnos a una respuesta sobre por qué tuvo tal difusión en el continente americano, mientras que, en España, su proyecto fue rechazado. Respecto a este último punto, consideramos necesario ponderar el rol que cumplieron el Marqués de Valhermoso como intermediario entre Rojas y la Corona, e Ignacio Alemán, quien finalmente da por menos los fundamentos de Rojas, así como las distintas realidades de la Península y de América.

1.2. Problema: ¿Cuáles fueron las fuentes, informaciones o antecedentes que llevaron a Díaz de Rojas a pensar que había un terreno propicio para creer en los Césares?

1.3 Hipótesis: El informe presentado por Silvestre Antonio Díaz de Rojas en 1715-al que nos referiremos como el *Derrotero*- hizo resurgir la creencia en la ciudad de los Césares durante el siglo XVIII, esto porque su relato tomaba elementos tradicionales de la misma, como la idea de las dos ciudades presente en Cobos y Oviedo, pero con ciertas novedades, como el reemplazo de los Incas en la ciudad, por indígenas nativos, así como el camino a seguir hasta los Césares, lo que llevó a Díaz de Rojas a convertirse en un testigo objetivo, siendo tomado como referente de la existencia de los Césares, tanto en Chile como en Buenos Aires, citado por José Cardiel en 1746, Tomás Falkner en 1760 y en distintos informes del Reino de Chile y en Chiloé.

1.4 Objetivos:

1.4.1 Objetivo general: Analizar el *Derrotero* de Silvestre Antonio Díaz de Rojas, tomando en cuenta el contexto de la búsqueda de la ciudad de los Césares a inicios del siglo, así como la recepción y circulación que tuvo, tanto en España como en el continente americano. Para ello, se estudiarán los informes en que se aludió al *Derrotero*.

⁵ “En 1853, por petición del gobierno, Miguel Luis (Amunátegui) publicó *Títulos de la República de Chile a la soberanía y dominio de la extremidad austral del continente americano*, en respuesta a una obra del erudito argentino Pedro de Angelis”, en Gazmuri, Cristián, *La historiografía chilena (1842-1970)*, Tomo I 1842-1920), Santiago, Taurus p. 136.

⁶ James Lockhart y Stuart Schwartz definen los márgenes como aquellos territorios con ausencia de indios sedentarios, de plata, de inmigración masiva, desarrollo tardío, entre otros. Además, los mismos colocan a la ciudad de Buenos Aires en esta caracterización. Lockhart, James; Schwartz, Stuart; *América Latina en la Edad Moderna: una historia de la América española y el Brasil coloniales*, Editorial Akal, Madrid, 1992, pp. 237 y 252- 255.

1.4.2 Objetivos específicos:

- Describir el panorama de la búsqueda de la ciudad de los Césares durante los siglos XVI y XVII.
- Describir el Derrotero de Silvestre Antonio Díaz de Rojas, tomando en cuenta las anteriores búsquedas de la ciudad, y las probables fuentes en que se inspiró.
- Examinar las respuestas que recibió por parte de la Corona, con énfasis en la carta del padre Ignacio Alemán, en la que se entregan los argumentos para no dar crédito a Díaz de Rojas.
- Analizar la difusión que tuvo el Derrotero de Díaz de Rojas en América, centrándonos en los casos del informe anónimo, José Cardiel, Tomás Falkner y la información entregada por José de Moraleda.

1.5 Marco teórico:

En primer lugar, esta tesis se inscribe en la corriente historiográfica de la historia cultural en cuanto a que, tal como nos explica Peter Burke, ha habido un creciente interés, en varias disciplinas, por estudiar los valores de ciertas personas o grupos en determinado período⁷. Es decir, la historia cultural estudia la forma de pensar de una persona o grupo determinado. Además, Blas Casado nos explica, en *Tendencias historiográficas actuales*, que la Antropología ha ampliado el concepto de cultura, definiéndola -según las palabras de Peter Burke- como “un sistema de significados, actitudes y valores compartidos y las formas simbólicas en que se expresan o en que están insertos”⁸. Además, añade que “esta nueva definición de cultura abría el camino a la reflexión sobre la posibilidad de estudiar las visiones de mundo, compartidas por el conjunto de la sociedad o patrimonio de grupos sociales particulares. Visiones de mundo que configuran una suerte de imaginación colectiva”⁹.

Nos centraremos, en primera instancia en *El mundo como representación*, del historiador francés Roger Chartier, quien se centra en la idea de la representación, de la cual debemos destacar tres puntos importantes, que son tomados por el autor a partir de los trabajos de los sociólogos Marcel Mauss y Émile Durkheim, sobre la “representación colectiva”. Estos son, “en primer lugar, el trabajo de clasificación y desglose que produce las configuraciones intelectuales múltiples por las cuales la realidad está (...) construida por los distintos grupos que componen una sociedad; en segundo, las prácticas que tienden a hacer reconocer una identidad social, a exhibir una manera propia de ser en el mundo (...) tercero, las formas institucionalizadas y objetivadas gracias a las cuales los “representantes” (...) marcan en

⁷ Burke, Peter, *What is cultural history?* Malden, USA, polity, 2008, pp. 1-2.

⁸ Casado Quintanilla, Blas (coord.) *Tendencias historiográficas actuales*, Universidad Nacional de Educación a Distancia, Madrid, 2004, p. 268.

⁹ Idem.

forma visible y perpetuada la existencia del grupo, de la comunidad o de la clase”¹⁰. De esto, debemos rescatar como idea central, la representación de una realidad por parte de un grupo, o bien grupos sociales, que va creando una identidad propia, y se convierten en “representantes” de dicha sociedad.

Ahora bien, Chartier explica esto para la Francia moderna, especialmente la del siglo XVIII. Sin embargo, esto nos puede llegar a ser muy útil a la hora de pensar en la circulación del informe de Díaz de Rojas y su impacto, especialmente en el mundo jesuita. Después de todo, ¿qué son los jesuitas, sino un grupo con una identidad y formas de ver el mundo- y de representarlo, como diría Chartier- propias?

Tampoco debemos olvidar otro grupo importante: el de los exploradores. Si bien este no está constituido *per se*, como los jesuitas, no debemos dejar de considerarlo como tal. Ahora, su caracterización sería compleja y abstracta pues, como mencionamos, no se entienden como un grupo.

En el caso específico de la búsqueda de la ciudad de los Césares, podríamos considerar algunas características comunes, tales como su objetivo de dar con la ciudad, conquistando los territorios no efectivamente ocupados por la Corona. Además, en su mayoría, nunca perdieron la esperanza en la existencia de los Césares, aludiendo a que esta última estaba ubicada donde los indígenas decían, pero, estando en terreno, les faltaron recursos para llegar hasta ahí. No obstante, con ello no bastaría para afirmar que son un grupo en el sentido de los jesuitas. A esto, debemos sumar que Silvestre Antonio de Rojas, no clasifica dentro de este, pues él no efectuó su expedición hacia la ciudad.

Otros dos conceptos que no podemos dejar de lado, son los de *verdad* y *realidad*, planteados por la profesora de española de Literatura Isabel Soler. El primero es, “*lo que el mundo debe ser* y- el segundo - *el mundo que es*”¹¹. Para la autora: “El saber se compone de lo sabido y lo descubierto, y se articula desde la experiencia y en el relato; pero la confianza en lo creído se adapta con dificultad a lo visto con los *proprios ojos*”¹². Con esto, hace referencia al proceso de expansión europea de los siglos XV y XVI, más particularmente, se centra en el reinado de Manuel I, entre los años 1495-1521.

El período de expansión europea, principalmente de Castilla y Portugal, significó un replanteamiento de la forma de ver el mundo, que no siempre se ajustaba a los cánones establecidos desde la época clásica, en mapas plagados de seres y tierras fantásticas, que fueron reproducidos también durante la Edad Media. Por lo mismo, es que la *verdad* del mundo, era, en muchos casos, distinta a la *realidad* del mundo.

¹⁰ Chartier, Roger, *El mundo como representación. Estudios sobre historia cultural*, Barcelona, Gedisa, 2005, pp. 56-57.

¹¹ Soler, Isabel, *El sueño del rey. Viajes y mesianismo en el Renacimiento peninsular*, Barcelona, Acantilado, 2015, p. 12.

¹² Idem. Las comillas son de la autora.

Bajo esta premisa: “Si el pensamiento occidental renacentista creó una imagen sincrética y cristiana del mundo fruto del estudio de las diferentes *ideas del mundo* de las épocas clásicas, tras la expedición de Magallanes tuvo que iniciar el lento, y moderno, camino de aceptación de la realidad tal como era, no sin dejar por ello de buscarle justificación (buscarle *verdad*) a esa realidad”¹³. Hablamos entonces, de un proceso de readaptación de las formas de pensamiento occidental, en que volvieron a plantearse su visión del mundo.

El proceso, tal y como lo señala Soler, fue lento y no estuvo exento de conflictos, pues “la veneración y el respeto a los clásicos pudo causar al pensamiento culto renacentista un conflicto, muchos conflictos, sobre la *realidad* del mundo respecto a su *verdad*”¹⁴. Esto lo debemos pensar, en los términos presentados por Abulafia, quien afirma que “durante este tiempo (refiriéndose al Renacimiento) aumentaron asimismo los conocimientos que se tenía acerca de la forma física del mundo, no porque los primeros exploradores fueran hombres del Renacimiento comprometidos en la búsqueda pura del saber, sino porque perseguían metas más tradicionales: descubrir fuentes de oro y especias y derrotar al enemigo musulmán”¹⁵. Esta cita complementa lo expresado en el párrafo anterior acerca de la mentalidad tradicional que seguía reinando en los exploradores castellanos y portugueses. Este tradicionalismo se relaciona directamente con el concepto de *verdad* de Soler, ya que se vio reflejado en la búsqueda de fuentes de oro, u otras fantasías presentes en el imaginario colectivo, como la fuente de la juventud, las siete ciudades de Cíbola, o la ciudad de los Césares.

La idea de la *verdad* vs. la *realidad* del mundo, es central a la hora de pensar en la creencia en la ciudad de los Césares, pues la existencia de esta, constituía una verdad, como lo era la supervivencia de españoles náufragos, en un territorio que les era ajeno y hostil; o si lo pensamos para otras variantes de esta creencia, la misma situación aplica para una ciudad indígena rica en oro en tierras australes. Mientras que la *realidad* dictaba otra cosa, no había una ciudad de los Césares en la Patagonia, como bien hicieron presente el jesuita Tomás Falkner, y el piloto José de Moraleda hacia fines del siglo XVIII.

1.6 Estado de la cuestión:

Además de lo dicho por distintos cronistas durante el período colonial, los primeros estudios historiográficos sobre la ciudad de los Césares se remontan al siglo XIX. Primero, con el trabajo compilatorio del erudito argentino Pedro de Angelis, en 1836, en el que se dedicó a recopilar documentos relativos a la búsqueda de esta ciudad, con miras a probar el derecho argentino sobre el territorio patagónico en tiempos de conflictos territoriales entre las nacientes repúblicas latinoamericanas; en segundo lugar, tenemos la obra *Relaciones históricas*, escrita por Benjamín Vicuña Mackenna en el año 1877. En ella, dedica un capítulo

¹³ *Ibid.* p. 248.

¹⁴ *Ibid.* p. 249.

¹⁵ Abulafia, David, *El descubrimiento de la humanidad. Encuentros Atlánticos en la era de Colón*, Barcelona, Editorial Crítica, 2009, p. 29.

a la “Ciudad encantada de los Césares” (así lo titula), destinado a hacer un recuento de las expediciones que buscaron la ciudad en los tres siglos coloniales. Hemos de destacar que este autor no parte su relato desde Francisco de César, sino que desde el naufragio de la nave del obispo de Plascencia (*Palencia* como dice el propio Vicuña Mackenna), mencionando que, para él, “desde la llegada de los dos españoles (Cobos y Oviedo) a Penco en 1567 comenzó a darse por (generalidad) de la (gente), a las ciudades de la laguna, el nombre de los Césares, porque decían que Sebastián de Arguello (y) sus soldados pertenecían al ejército (y) armada de Carlos V, llamado por su omnipotencia “el César”; (y) como eran esos sus súbditos, debían ser conocidos con aquel nombre pintoresco (y) grandioso”¹⁶.

Vicuña Mackenna, además, distingue entre los Césares españoles e indígenas: “Esto (lo mencionado por Cobos y Oviedo) en cuanto a la ciudad de los Césares españoles, porque ya hemos visto que la de los colonos peruanos, como más antigua, era más vasta (y) rica todavía. (Y) por esto dieron a los últimos el nombre de Indios Césares, de los cuales se averiguó, siendo Virrey del Perú don García Hurtado de Mendoza”¹⁷. Como podemos ver, tiene una cierta noción, aunque errada, del origen de la ciudad de los Césares, menciona a Argüello y los Césares incas (a los que se refiere como peruanos), pero no hace mención de César.

Con respecto a nuestro personaje central, Silvestre Antonio Díaz de Rojas, presenta una visión negativa, aludiendo a que “mayor embustero no había parido madre cristiana ni en España ni en las Indias”. Como podemos apreciar, es bastante crítico de Silvestre Antonio, al punto de decir que “una vez consumado su engaño, (y) después de haber bebido y comido como César verdadero en la corte de Madrid (y) en Buenos Aires, se hizo humo o se fue escondido a los Césares, porque no se volvió a tener noticia de su paradero”¹⁸. Es decir, está presente la imagen de un impostor, que se aprovechó de la credulidad de la corte, para poder vivir a costa de ellos. Prácticamente, no habla sobre el contenido del Informe de Silvestre Díaz, salvo para decir que se centró en las maravillas de la ciudad de los Césares, siendo testigo de estas.

Le sigue Ciro Bayo, con su libro *Los Césares de la Patagonia: leyenda áurea del Nuevo mundo*, del año 1913. En el prólogo de la misma, su autor es claro en señalar que: “Como no pretendo hacer una obra de erudición, sino de vulgarización, tomo los fundamentos históricos que me parecen más sólidos y sobre ellos encumbro la leyenda, adornándola con mis impresiones personales”¹⁹. Esto último lo diferencia de Benjamín Vicuña, quien al ser historiador positivista se dedica más a la descripción de hechos, lo que no quita que también incluyera apreciaciones personales. Bayo dedica un capítulo a hablar de nuestra fuente, el cual titula *El derrotero de Rojas*, en el que describe brevemente el contenido del mismo. Su

¹⁶ Vicuña Mackenna, Benjamín, “La ciudad encantada de los Césares”, en *Relaciones históricas*, Santiago, Editorial El mercurio, 1877, p. 17.

¹⁷ *Ibid.* p. 18.

¹⁸ *Ibid.* p. 37

¹⁹ Bayo Ciro, *Los Césares de la Patagonia*, p. 6.

visión respecto a Rojas no es muy distinta de la de Vicuña Mackenna, aunque menos lapidaria, pues asevera que “el autor del memorial pintaba el país de su descubrimiento al modo y manera que un agente de emigración en nuestros días, para reclutar incautos”²⁰. Menciona brevemente a José Cardiel en el mismo capítulo, aunque no sugiere que haya una relación entre Rojas y el jesuita.

Dedica también un capítulo a Tomás Falkner, destacando que este “no creía en la existencia de los Césares de la Patagonia, pues ni los menciona ni nunca se le ocurrió ir a buscarlos”²¹, sin hacer mención alguna del informe que Angelis atribuyó a Falkner. Pero tampoco cita la famosa obra de Falkner, *Descripción de la Patagonia*, en la que efectivamente, niega la existencia de los Césares.

En tercer lugar, contamos con *Historia crítica de los mitos de la conquista americana*, del historiador argentino, Enrique de Gandía, del año 1929. En la misma, se dedica a analizar los distintos mitos y leyendas de la conquista de América, dedicando un capítulo a los naufragios, categoría en la que entra la ciudad de los Césares. A diferencia de los dos autores previamente abordados, este sí menciona la expedición de Sebastián Caboto, y a Francisco de César como el origen de la creencia. Para Gandía: “El mito de los Césares (...) nació de hechos históricos rigurosamente ciertos (lo visto u oído por César, mezclado con los naufragios en la Patagonia), pero extrañamente confundidos en la imaginación de los conquistadores”²². Añade también que: “Una vez fundamentado el mito en los reflejos peruanos aplicados a las fantásticas poblaciones de los naufragos en la Patagonia y Tierra del fuego, la leyenda de los Césares tuvo vida propia, pero siempre dependiente de la civilización chilena y argentina. Es por esto que el mito cambia de fisonomía con el transcurso de los siglos, según el prisma con que se le veía desde ambas vertientes de la cordillera”²³.

A continuación, hace un recuento de algunas de los episodios de búsqueda de la ciudad de los Césares, incluyendo a Silvestre Antonio Díaz de Rojas. Con respecto a este último, le dedica solamente un par de líneas, destacando que: “Un tal Silvestre Antonio de Rojas estuvo más de doce años haciendo gestiones para que se le encomendase en España y en Chile la conquista de los Césares. Rojas, que al caer prisionero de los pehuenches había llegado a ser su cacique, describía la ciudad de los Césares en términos verdaderamente fantásticos; pero las autoridades nunca le dieron crédito”²⁴.

Como podemos apreciar, no hay una mayor profundización respecto a Rojas, limitándose a decir que describió la ciudad de los Césares en términos fantásticos. Como novedad, tenemos la mención del informe escrito por Tomás Falkner, cuyo contenido es casi idéntico al

²⁰ *Ibid.* p. 197.

²¹ *Ibid.* p. 213.

²² De Gandía, Enrique, *Historia crítica de los mitos y leyendas de la conquista americana*, Buenos Aires, Centro difusor del libro, 1946, p. 253.

²³ *Ibid.* p. 254.

²⁴ *Ibid.* p. 267.

Derrotero de Rojas: “En 1760, el P. Tomás Falkner publicaba un “Derrotero desde la ciudad de Buenos Aires hasta la de los Césares, que por otro nombre llaman la Ciudad Encantada”, describiendo la ciudad casi con las mismas palabras que Silvestre Antonio de Rojas”²⁵. Hemos de notar, que la referencia a Falkner, es igual de superficial a la de Rojas, solamente se limita a enunciar su contenido.

Le sigue Ricardo Latcham, con su libro *La leyenda de los Césares, su origen y evolución*, también del año 1929. Al igual que Gandía, Latcham hace una historia crítica de la ciudad de los Césares, preocupándose por el origen de esta leyenda, y sobre qué hechos descansa. Lo dicho por Latcham no presenta muchas diferencias con lo propuesto por Gandía, pues nos señala que “en sus orígenes, las tradiciones tuvieron un fondo verídico y que las expediciones organizadas durante el siglo XVI y principios del XVII, eran justificadas, fundadas en razones prácticas y lógicas (...) más tarde, la fantasía dio un colorido a la leyenda (...), hasta que se asumieron proporciones completamente místicas”²⁶. El autor destina también unas páginas a Silvestre Antonio Díaz, en las que se dedicó a describir el contenido de su informe, sin presentar mayores novedades respecto a lo escrito por Bayo poco más de una década antes. Sí, debemos destacar su breve referencia a la circulación del Derrotero: “La expedición que solicitaba Rojas no se llevó a cabo, pero las fabulosas noticias se propagaron y tuvieron mucha aceptación en la credulidad pública y ayudaron poderosamente a aumentar la fama de la *Ciudad Encantada de los Césares*”²⁷, aunque no entrega ejemplos de ello.

Le sigue el artículo de Patricio Estellé y Ricardo Couyoumdjian, *La ciudad de los Césares: origen y evolución de una leyenda (1526-1580)*, del año 1968. En este, los autores hacen un estudio de la leyenda durante los siglos XVI, XVII y XVIII, entregando las principales características de las expediciones durante estos siglos, así como algunos ejemplos. Para el siglo XVI, nos señalan que las motivaciones para buscar la ciudad, son fines humanitarios: rescatar a los naufragos, y estratégicos, ocupar un territorio perteneciente de derecho a la corona española, aunque no de hecho. Para el XVII, se agrega la amenaza extranjera, y la evangelización de los Césares. Mientras que, para el XVIII, las motivaciones eran, continuar la misión de Mascardi, así como el lucro y la aventura²⁸.

Estos dedican unas líneas a hablar de Díaz de Rojas, en las que, como una novedad respecto al estudio de este personaje, tenemos la introducción del Marqués de Valhermoso como intermediario entre Rojas y la Corona. Además, son los únicos que mencionan el informe anónimo de 1740, destacando que este creía en lo dicho por Silvestre Antonio²⁹.

En el año 1971, Ricardo Couyoumdjian vuelve a escribir un artículo relacionado a la búsqueda de la ciudad de los Césares, esta vez centrado en un caso particular: la expedición

²⁵ *Ibid.* p. 269.

²⁶ Latcham, Ricardo, *La leyenda de los Césares*, p. 195.

²⁷ *Ibid.* p. 245.

²⁸ Estellé, Patricio y Couyoumdjian, Ricardo, “La ciudad de los Césares: origen y evolución”, pp. 283-309.

²⁹ *Ibid.* p. 291.

de Manuel José de Orejuela. Este estudio es bastante novedoso en comparación a sus predecesores, pues no se encarga de estudiar la creencia en su totalidad, sino que un solo proyecto de expedición, la que analiza no solo en relación a la búsqueda de los Césares, sino que también en el contexto del Imperio español durante el siglo XVIII. Aborda como antecedentes las relaciones entre España e Inglaterra, tomando en cuenta la *Descripción de la Patagonia*, de Tomás Falkner, aunque no se refiere a su informe acerca de la ciudad de los Césares. También aborda a Silvestre Díaz de Rojas, como un precedente a la expedición de Orejuela, dando énfasis en la circulación que tuvo su informe: “Las noticias de Díaz de Rojas se difundieron ampliamente y su recuerdo perduró durante mucho tiempo”³⁰. En este punto, hace énfasis en la difusión que tuvo en Chiloé, tomando como referencia al piloto José de Moraleda, algo no hecho por sus predecesores: “El derrotero de Rojas tuvo una amplia divulgación en Chiloé. José de Moraleda nos informa que en su tiempo circulaban varias copias del mismo y lo consideraba el fundamento e incentivo de los chilotes para ir en busca de las poblaciones ocultas”³¹. En el mismo apartado, menciona también al jesuita José Cardiel, aunque no establece conexión con Díaz de Rojas. Como podemos notar, si bien hay una alusión a la circulación del informe de Silvestre Antonio, esta es mencionada en pocas líneas, sin detenerse a profundizar mayormente en ello.

Posteriormente tenemos, del año 1989, el libro de Juan Gil, *Mitos y utopías del descubrimiento*. Tomo 2: el Pacífico. Su obra está compuesta de tres tomos: Colón y su tiempo, el Pacífico y el Dorado. En este tomo segundo, Gil nos presenta la exploración del Pacífico como una continuación del proyecto colombino: “El descubrimiento del Pacífico, pues, esclarece muchos enigmas del descubrimiento del Atlántico y viceversa, dado que la navegación al Maluco es heredera directa del primer viaje colombino y éste, incomprensible sin el anhelo de las Indias, y muy especialmente de sus islas”³². Así como el artículo de Couyoumdjian abordaba una expedición hacia los Césares en el contexto de los conflictos España-Inglaterra en el siglo XVIII, Juan Gil nos entrega una visión global de los “mitos y utopías” que acompañaron a los viajeros durante la exploración del Pacífico. Entre estos, dedica un capítulo a *La tierra de César*. En este estudia las búsquedas de la ciudad de los Césares, tanto desde Chile como desde Tucumán y el Río de la Plata. A diferencia de los otros autores que hemos revisado, Juan Gil no hace mención de Silvestre Díaz, José Cardiel ni Tomás Falkner, aunque presenta nuevos antecedentes a la búsqueda de la ciudad durante el siglo XVII: las noticias de Carlos Enríquez Clerke, quien vino a Chile con la expedición de John Narborough.

Le sigue el estudio hecho por Jorge Magasich junto a Jean Marc De Beer en 1994, *América mágica. Mitos y creencias en tiempos del descubrimiento del Nuevo Mundo*. En este, dedica un capítulo a estudiar las expediciones “Hacia la Ciudad Encantada de los Césares”. Con

³⁰ Couyoumdjian, Ricardo, “Manuel José de Orejuela y la abortada expedición en busca de los Césares y extranjeros, 1780-1783”, *Historia*, N°10, 1971, p. 81.

³¹ *Ibid.* p.82.

³² Gil, Juan, *Mitos y utopías del descubrimiento*. Tomo II: El Pacífico, Madrid, Alianza Editorial, 1989, p. 11.

respecto a los orígenes de esta creencia, nos sitúa en el frío y crudo escenario patagónico: “Allí todo parece interminable, inaccesible, se puede marchar días y días, pero el escenario persiste; tierras infecundas, viento y nieve. En estos parajes se produce la brillazón (...) el sol transforma los pajonales en oasis, y la alucinación hace que enfermos cansados y hambrientos, perciban en el horizonte cúpulas de oro y torres resplandecientes cubiertas de pedrería”³³. A continuación, prosigue hablando sobre algunas expediciones a los Césares, en las que destacan Hernandarias de Saavedra, Nicolás Mascardi y Silvestre Antonio Díaz. De este último, se limita a hablar sobre su contenido, y que este no logró convencer del todo a las autoridades. Aunque destacamos la breve mención que hace al informe de Tomás Falkner: “Aunque no logra convencer a las autoridades, las afirmaciones son escuchadas; el trayecto de Roxas será descrito medio siglo después por el clérigo Tomás Falkner en su *Derrotero desde la ciudad de Buenos Aires hasta los Césares que por otro nombre llaman la Ciudad Encantada*”³⁴.

A continuación, nuestro estado de la cuestión se ve enriquecido con el libro de Ximena Urbina, *La frontera de arriba en Chile colonial. Interacción hispano-indígena en el territorio entre Valdivia y Chiloé e imaginario de sus bordes geográficos, 1600-1800*, del año 2009. Más particularmente, nos detendremos en el capítulo “El imaginario de la frontera “de arriba” y la búsqueda de la ciudad de los Césares”. Su autora se propone a estudiar “las formas de penetración en la frontera de arriba en pos de esta “encantada” ciudad”. Agrega también que: “Su infructuosa búsqueda permitió, sin embargo, el mejor conocimiento de la frontera huilliche y el mito terminó siendo un antecedente directo para los dos distintos proyectos de apertura de un camino real entre el presidio de Valdivia y la provincia de Chiloé”³⁵. En este caso, vemos que la búsqueda de la ciudad de los Césares es estudiada desde la perspectiva de los imaginarios y la exploración del territorio chileno- en este caso, de la “frontera de arriba”, es decir, el territorio comprendido entre Valdivia y Chiloé.

Urbina también hace referencia a Díaz de Rojas, señalando que: “En la segunda mitad del siglo XVIII se había difundido en Chile y en Chiloé, a partir de varias copias manuscritas, la “Relación” del viaje de Silvestre Antonio Díaz de Rojas, presentada a la corte en 1715, que dice haber hecho a la ciudad de los Césares en la Patagonia, y en la que se incluía un mapa para llegar a ella desde Buenos Aires”³⁶. En este caso, vemos que el análisis de Díaz de Rojas, se centra en la circulación de su informe en Chiloé.

Esto es lo que se ha escrito acerca de la búsqueda de la ciudad de los Césares, y sobre Silvestre Antonio en particular. Ahora, cabe preguntarnos, ¿qué novedad presenta nuestro estudio? En primer lugar, nos centraremos en el caso de Díaz de Rojas, por lo que vamos a profundizar

³³ Magasich, Jorge; De Beer, Jean Marc; *América mágica. Mitos y creencias en tiempos del descubrimiento del Nuevo Mundo*, Santiago, LOM, 2001, p. 125.

³⁴ *Ibid.* p. 128.

³⁵ Urbina, Ximena, *La frontera de arriba*, pp. 153-154.

³⁶ *Ibid.* p. 167.

en el contenido de su fuente, y en la circulación que tuvo, tomando los casos de José Cardiel, Tomás Falkner, el informe anónimo, y la información que José de Moraleda nos entrega sobre la difusión del Derrotero en Chiloé. Pretendemos abordar este caso desde la perspectiva de la literatura de viajes, pues, aunque este sea un informe falso, pretende ser un testimonio fidedigno de los Césares. Además, nos acercaremos al relato desde el concepto de testigo objetivo de los hechos, presentado por Juan Pimentel en *Testigos del mundo. Ciencia literatura y viajes en la Ilustración*.

2. La búsqueda de la ciudad de los Césares en los siglos XVI y XVII.

La creencia en la ciudad de los Césares nació en el siglo XVI, producto de lo que se supone fue visto y oído por el capitán Francisco César. Durante el siglo XVI, fue sufriendo variaciones, fruto de los relatos de naufragios, cuyos sobrevivientes, se pensaba, se habían mezclado con la nobleza indígena en una ciudad de oro. Consideramos relevante aclarar por qué nos referimos a “creencia” en la ciudad de los Césares y no “leyenda”, como se le ha calificado en la historiografía decimonónica y del siglo XX. Esto se debe a que durante el período colonial, la existencia de los Césares era una *verdad*, ¡estaba ahí, solo se necesitaban gentes y recursos para ir a buscarla! A lo largo de esta tesis, intentaremos probar justamente este punto, los Césares no eran simplemente un relato folclórico que contaban los españoles, sino que tenía un sentido más profundo, arraigado en las noticias dadas por indígenas o españoles que dijeron haber estado en ella, como Cobos y Oviedo o Silvestre Antonio Díaz.

El oro fue una constante en esta leyenda, así como en otras ciudades perdidas, ejemplo de ello fue El Dorado y las historias que le rodean. Este metal fue muy valorado, y codiciado por los conquistadores. La idea no es propia del período de expansión europea: venía de mucho antes, de la Edad Media. En aquel entonces, era común pensar que en el lejano Oriente, territorio a la vez conocido y desconocido, se encontraban seres y tierras fantásticas. El viajero ficticio, John de Mandeville, es un claro ejemplo de esto, aunque no era el único. Asimismo, el mercader Marco Polo, también describió las grandes maravillas de las tierras del Gran Khan.

Con la llegada de Colón a América, el Nuevo Mundo se convirtió en el espacio ideal para que el europeo sitúe sus mitos y creencias. En las primeras descripciones que entrega el Almirante sobre el territorio, se puede apreciar el elemento maravilloso. Al respecto, Morales Padrón afirma que: “Colón, desde un principio, quiere demostrar que las islas encontradas son deliciosas de clima y están cuajadas de prodigiosas riquezas, de tal manera que en ellas se puede vivir mejor que en España”. Agrega también, que: “La nueva cartografía (presentada por Colón) es comprendida bajo las formas ópticas de la Baja Edad Media. La larga espera de los marinos colombinos en su navegación por horizontes vacíos se llena de pronto con una naturaleza que en los relatos del minuto aparece alegre, inocente y feliz”³⁷. A partir de esto, se forja la imagen de una América paradisíaca, en la que se podrá encontrar una mejor vida. Lo que fue adquiriendo sentido a través de las representaciones hechas por viajeros y cronistas. Bajo esta premisa, Roger Chartier nos explica que estas representaciones: “Están investidas de significaciones plurales y móviles, construidas en el reencuentro entre una proposición y una recepción, entre las formas y los motivos que dan su estructura y las competencias y expectativas de los públicos que se adueñan de ella”³⁸. Esto último nos señala la manera en la cual se va conformando, en el imaginario colectivo, esta visión de la América

³⁷ Morales Padrón, Francisco, *Historia del descubrimiento y conquista de América*, Madrid, Editorial Gredos, 1990, p. 100.

³⁸ Chartier, Roger, *El mundo como representación*, p. XI.

idílica. Aparecen entonces situadas en el nuevo continente la fuente de la eterna juventud, el Dorado, o la ciudad de los Césares. Estas dos últimas, correspondientes a las ya mencionadas leyendas áureas.

En este sentido, la creencia en la ciudad de los Césares es heredera de una tradición que viene desde el mundo medieval, a la vez que tiene una identidad propia, que la diferencia de sus antecesoras. Para empezar, se sitúa en territorio austral americano, en una zona conocida por sus fuertes vientos, y hostil clima. Varios navegantes sufrieron el infortunio de naufragar en el Estrecho, quedando abandonados a su suerte en territorio desconocido, y sin ciudades cercanas a las que poder acudir en busca de ayuda. Serán justamente estos naufragios los que situaron la ciudad en dicha zona, bastante lejana y ajena a lo que debió ver- según dice Gandía- el capitán César. En este punto, resulta menester caracterizar geográficamente a la Patagonia como un espacio cuyas condiciones específicas moldearon la creencia en la ciudad de los Césares.

2.1 La Patagonia: territorio de los Césares.

Para empezar, debemos distinguir que en la Patagonia existen dos regiones distintas, la occidental, y la oriental, “lo cual le confiere a la región en su conjunto características fisiográficas diferentes, tanto en Chile como en Argentina”³⁹. Por ende, no se puede hablar de la Patagonia como un territorio homogéneo, pues su relieve y clima es diverso. En este apartado, nos proponemos explicar y analizar estos dos puntos.

La Patagonia posee dos tipos de climas: de tundra en la vertiente occidental, y de estepa en la oriental. En el primer caso: “Las temperaturas no superan los 10 °C, ni bajan de los 2°C. Las lluvias son constantes y se reparten uniformemente en el área, sobrepasando la precipitación anual los 3000mm. (...) La homogeneidad térmica y las grandes precipitaciones favorecen la formación de la tundra y de los bosques siempre húmedos y verdes”. Mientras que, para el segundo caso: “(el clima) no es uniforme ya que es más suave y parejo en la zona de pre-cordillera y más acusado en sus extremos en sus extremos estivales e invernales en el área propiamente estepárica”.

Agrega Mateo Martinic que: “La rigurosidad del clima patagónico deriva finalmente de la desusada fuerza y frecuencia de los vientos que afectan la región, particularmente de los vientos del oeste y suroeste que son los dominantes”⁴⁰. Nos encontramos, entonces, ante un clima diverso, cuyas únicas constantes son las lluvias- que varían en intensidad de acuerdo con la zona- y los vientos, que serían la principal característica de la región.

En cuanto al relieve, debemos distinguir tres secciones diferenciadas; la primera es la zona de los archipiélagos, en que distinguimos el de las Guaitecas y el de los Chonos; la segunda

³⁹ Bandieri, Susana, *Historia de la Patagonia*, Buenos Aires, Sudamericana, 2014, p. 12.

⁴⁰ Martinic, Mateo, *Magallanes. Síntesis de tierras y gentes*, Buenos Aires, Editorial Francisco de Aguirre, 1972, pp. 14-15.

es el cordón cordillerano, en la zona central de la Patagonia; mientras que la tercera se trata de los territorios ultra-cordilleranos -según lo define Mateo Martinic- que conforma el actual territorio argentino⁴¹. La zona occidental de la Patagonia, es decir, el actual territorio chileno, se caracteriza por sus fiordos y canales, donde destacan los ríos Palena, Cisnes, Aysén y Baker.

Para el actual territorio argentino debemos destacar que “también dista mucho de ser una unidad homogénea: al poniente, en las áreas andinas, las altas montañas y los profundos valles, boscosos y húmedos, con lagos de importantes dimensiones, son su característica más distintiva; en tanto que hacia el oriente se extienden las dilatadas mesetas esteparias de clima continental y semiárido”⁴². Como vemos, se distingue de la Patagonia occidental por sus lagos y sus estepas, presentando un relieve opuesto al de las islas, canales y fiordos de este último.

Todo lo anterior nos lleva a reafirmar que la Patagonia es un territorio diverso, con variadas regiones y climas. Desde luego, no debemos perder de vista que lo más relevante para nuestro estudio son los vientos y lluvias, pues serán los principales elementos que hicieron de esta una tierra hostil durante el período colonial, lo que se traduce en que los españoles no lograron asentarse permanentemente.

Agregan Jorge Magasich y Jean-Marc De Beer, que, en las pampas australes, “todo parece interminable, inaccesible, se puede marchar días y días, pero el escenario persiste; tierras infecundas, viento y nieve. En estos parajes se produce la brillazón, un fenómeno óptico similar al espejismo de los desiertos africanos: el sol transforma los pajonales en oasis, y la alucinación hace que enfermos cansados y hambrientos, perciban en el horizonte cúpulas de oro y torres resplandecientes cubiertas de pedrería”⁴³. La cita hace una clara referencia a la ciudad de los Césares, al hablar de cúpulas de oro y cubiertas de pedrería- idea que desarrollaremos más adelante, por lo que nos dan a entender que, para ellos, la creencia es, en parte, resultado de un fenómeno óptico, que ilusionó a los cansados exploradores españoles, que ya perdían la esperanza en el territorio patagónico.

Además de esta, ¿qué otros elementos impulsaron la búsqueda de la ciudad de los Césares en los siglos XVI y XVII? Para responder esta pregunta, analizaremos las principales características de su búsqueda en los siglos XVI y XVII, para dar paso al siglo XVIII en el próximo capítulo, con especial énfasis en el caso de Silvestre Antonio Díaz de Rojas.

2.2 Siglo XVI.

De acuerdo con Patricio Estellé, y Ricardo Couyoumdjian, los factores que motivaron a la búsqueda de la ciudad en este siglo “(...) responden, por un lado, a la geopolítica del imperio

⁴¹ Martinic, Mateo, *De la Trapananda al Áysen*, Santiago, Pehuén editores, 2005, p. 11.

⁴² Bandieri, Susana, *Historia de la Patagonia*, p.13.

⁴³ Magasich, Jorge y De Beer, Jean Marc, *América mágica*, p. 125.

español, cuál era la posesión y mantenimiento de las tierras circundantes al Estrecho de Magallanes, y a un fin humanitario, como fue el buscar a los náufragos de esta zona”⁴⁴. Entonces, la búsqueda de esta ciudad, respondió en un primer momento a fines meramente estratégicos, tales como asentar su presencia en el territorio patagónico, el cual no estaba efectivamente ocupado por los españoles; y, por otro lado, se buscaba saber qué había pasado con aquellos que naufragaron.

Desde luego, no podemos olvidarnos de explicar los orígenes de esta creencia. Ya habíamos adelantado, que nació en el siglo XVI, producto de que otros recogieron lo que Francisco César dijo haber visto. Sin embargo, no es el único antecedente que tenemos: también se habló de un grupo de incas que, escapando de las huestes de Diego de Almagro, se fueron al sur con todo el oro que pudieron cargar, además del naufragio de la armada del obispo de Plasencia. A continuación, nos detendremos en cada uno de estos.

2.2.1 Francisco de César

Francisco César llegó al continente en la expedición de Sebastián Caboto, en el año 1528. Esta se internó en el Río de la Plata, donde Caboto fundó el fuerte *Sancti Spiritu*. De aquel, salieron tres grupos a explorar el territorio, uno de ellos a cargo del propio César. De esta última facción solo sobrevivieron unos pocos, quienes afirmaban haber visto grandes riquezas al interior del continente, aunque no especificaron donde. El historiador argentino Enrique de Gandía, afirma que lo visto por César fue un espejismo del Imperio Inca⁴⁵, hasta el momento poco conocido, pues aún faltaban cuatro años para la conquista de Francisco Pizarro.

¿Qué podemos concluir de lo anterior? Para iniciar, cabe remarcar que los territorios del imperio inca eran, en los tiempos de la expedición de Caboto, un territorio de frontera, que no había sido incorporado a la corona de Castilla. Eran desconocidos y, por lo tanto, era factible encontrar el anhelado oro. Ya lo había hecho Cortés en México casi una década antes, entonces, ¿por qué no podía haber más civilizaciones ricas en oro? El continente era aún un territorio amplio e inexplorado, la imaginación de los exploradores y conquistadores era el límite de lo que ahí iban a encontrar. Y César no fue la excepción: vemos que quedó maravillado por lo que vio, aunque pasaría una década antes de que se volviese a hablar de estas grandes riquezas.

La conquista del Imperio Inca por parte de Pizarro debió tomar toda la atención, pues de ella iban a conseguir grandes riquezas, incluyendo, posiblemente, las que mencionó el propio Francisco de César. Esta no defraudó, y las huestes de Pizarro obtuvieron su anhelado tesoro. Un nuevo territorio pasó a formar parte del cada vez más grande Imperio español, y los

⁴⁴ Estellé, Patricio y Couyoumdjian, Ricardo, “La ciudad de los Césares: origen y evolución”, p. 284.

⁴⁵ De Gandía, Enrique, *Historia crítica de los mitos y leyendas de la conquista americana*, p. 253.

conquistadores siguieron avanzando hacia el sur para anexas más tierras, con la promesa de obtener más riquezas.

Así, el sueño de los españoles se mantuvo intacto, mientras que lo dicho por César aún no había visto su gran esplendor. Ahora, desarrollaremos el segundo antecedente: los incas huidos hacia el sur.

2.2.2 Los incas

Como ya mencionamos, en la década de 1530 tuvo lugar la conquista del Imperio Inca por parte de las huestes de Francisco Pizarro. En ella, los conquistadores encontraron grandes riquezas. Por ejemplo, el cronista Pedro Pizarro, en su *Relación del descubrimiento de los reinos del Perú*, del año 1571, nos habla del oro que tenían los incas: “Estos gobernadores tenían por cuenta los indios e indias que nacían; hacían asimismo sacar oro y plata a aquellos que en su distrito tenían minas”. Decía también que, en el Cuzco: “Había también mantas hechas de chaquira de oro y de plata”. Pero, lo más destacables es: “Decir del oro y plata que aquí se halló era cosa de espanto, aunque fue aquello que ellos no tenían en mucho, según después entendí, porque lo mejor escondieron”⁴⁶. Esto último es central para nuestro análisis, pues nos revela que, para los españoles, el oro que lograron encontrar no era todo, pues la mayoría de este fue escondido por los incas.

Era lógico que los españoles pensaran eso, pues esperaban grandes riquezas: de no estar ahí, debían estar escondidas. No podía ser que no hubiese más. Esto se deriva en la creencia en que un grupo de incas huyó con dichas riquezas hacia el sur. Aquí es donde entra uno de los compañeros de Pizarro: Diego de Almagro. Según nos dicen Patricio Estellé y Ricardo Couyoumdjian: “La expedición de Almagro a Chile en 1535 aportó también otro fundamento (a la creencia en los Césares). En efecto, al topar la hueste en Quiriquirí, colonato inca, sus mitimaes trataron de libertar al príncipe Pablo, que venía en ella. La conspiración fracasó y los indios habrían huido al sur constituyendo una nación”⁴⁷. Al parecer, el gobernador Ramírez Velazco ordenó averiguar, en 1584, el paradero de este grupo de incas, sin éxito alguno.

En la cita del párrafo anterior no se deja en claro, pero estos indios habrían huido llevándose parte de su tesoro con ellos. Respecto a esto, queremos agregar también lo dicho por Ricardo Latcham: “En el principio, no se hablaba más que de una provincia situada en la Pampa, habitada por un pueblo que tenía grandes riquezas de oro, plata y piedras preciosas. Algunos años después se rumoreaba que dichos habitantes eran incas que, huyendo del avance de los españoles, se habían establecido en las pampas australes, donde lograron formar un gran reino, con los adelantos de la civilización peruana”⁴⁸.

⁴⁶ Pizarro, Pedro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, Lima, FCE, 2013, pp. 96-98.

⁴⁷ Estellé y Couyoumdjian, “La ciudad de los Césares: origen y evolución de la leyenda”, pp. 284-285.

⁴⁸ Latcham, Ricardo, *La leyenda de los Césares*, p. 193.

De acuerdo con el propio Latcham, en un principio, esta leyenda se distinguía de la de los sobrevivientes de los naufragios, -elemento que abordaremos en el siguiente apartado- diferenciándose la ciudad de indígenas de la de españoles. Empero, con el correr del siglo, ambas leyendas se irían confundiendo en una sola creencia, a la que llamarían *los Césares*.

La referencia más clara que tenemos de este grupo de incas huidos es lo dicho por Blas Ponce al gobernador Ramírez Velasco, en la que declara le contaron sobre una población inca que tenía mucho oro. Estos, dice Blas Ponce, viven en zonas alejadas, donde los cristianos no les puedan seguir el paso, y comían y bebían en platos y vasos de oro. Afirma también que fue Diego de Rojas, quien salió en 1542 a la conquista del Tucumán, el primero en hablar de esta ciudad de incas.⁴⁹

Desde el primer momento, se asoció a estos incas con lo visto por César, a la vez que la ubicación de dicha ciudad iba trasladándose hacia el sur. Esto último también lo debemos entender también al avance español en el territorio, el cual reducía las opciones hacia los confines australes del continente.

Ahora, nos centraremos en la tercera vertiente: el caso de los naufragos.

2.2.3 Naufragos.

El clima del estrecho de Magallanes, los fuertes vientos, sumado al desconocimiento de la región, hicieron naufragar a varios barcos en la zona. Incluso, hoy en día, con los avances tecnológicos y el conocimiento geográfico, es un territorio de difícil tránsito. Dicho esto, es difícil imaginar las dificultades del paso hace unos 500 años.

Para Antonio Pigafetta, cronista del viaje de Magallanes, “no hay en el mundo estrecho más hermoso, cómodo y mejor que este”⁵⁰. No obstante, esta imagen amena del Estrecho no duraría mucho, pues, pese al optimismo inicial del cronista, cruzar por Magallanes pronto se convertiría en una travesía mortal, de la que pocos se salvarían.

Tomaremos el ejemplo de la expedición del obispo de Plasencia, del año 1540, en cuanto fue la primera en ser asociada a los Césares. Esta iba al mando de Francisco de Riviera. Mientras cruzaban el estrecho, la nave capitana, en la que iba el mismo Riviera, naufragó, quedando sus tripulantes varados en la costa. Se dice que todos los víveres se salvaron, por ende, eran capaces de sobrevivir en los inhóspitos parajes en que se encontraban. La leyenda continúa afirmando que estos naufragos se habrían adentrado en el territorio, y terminaron por mezclarse con la nobleza indígena de una ciudad rica en oro. ¿Podría ser este el punto en que empezaron a confundirse los relatos de naufragios con los de los incas huidos? Parece ser que sí, según consignaron más de veinte años después, dos de los supuestos naufragos, Pedro de Oviedo y Antonio de Cobos.

⁴⁹ *Ibid.* pp. 201-202.

⁵⁰ Pigafetta, Antonio, *Primer viaje alrededor del mundo*, Madrid, 1999, p. 21.

En el presente relato aparece el nombre de Sebastián Argüello, uno de los supuestos tripulantes de la nave, cuyo nombre quedará asociado a los Césares a partir de las noticias entregadas por Pedro de Oviedo y Antonio de Cobos, quienes afirmaron haber sido desterrados de la ciudad. Estos declararon ante el fiscal haber sido parte de la facción de Argüello. Afirmaron también saber de la existencia del inca y su tesoro. Esto en el año 1567, una década antes de Blas de Ponce. El que estos afirmaran saber de los incas huidos no nos permite confirmar que se trataba de sus cohabitantes, pues los menciona como algo aparte.

Sobre estos, contamos con la Relación que dieron a Julián Gutiérrez Altamirano, teniente general del reino de Chile, en 1567, y que fue recopilada por José Toribio Medina, en su *Colección de documentos inéditos para la historia de Chile. Desde el viaje de Magallanes hasta la batalla de Maipú*, del año 1889. En suma, Cobos y Oviedo declararon que, después haber naufragado la nave capitana de la armada del obispo de Plasencia, fueron tierra adentro con el capitán Argüello, “hasta que [a] otras jornadas tomaron lengua de un indio corpulento y blanco con quien no se entendieron más que por señas y visajes: este les [guio] [a] una población donde antes de llegar [a] ella [...] les acometieron una junta de más de tres mil indios que [a] las primeras rociadas de las mangas de la arcabucería, huyeron con muerte de unos cuarenta de ellos”⁵¹. Señalan, además, que el propio Argüello los alentó a que vivieran todos juntos, y que los náufragos desposaran a mujeres indígenas.

Relatan el crimen que cometieron contra uno de los soldados favoritos del capitán Argüello, debiendo huir de la ciudad que habían formado. Debemos hacer notar que, según su relato: “llegaron con gran trabajo [...] hasta 41 grados [a] la población de un Inga del Perú y sus [sic] jentes que están poblados desta parte de la Cordillera de Chile”. Respecto a estos, destacan que “esta población por donde se metieron [...] era prolongada de alguna por donde entraban y salían desaguaderos. La tierra era muy fértil y por la parte más principal que los fueron llevando, caminaron dos días poco [a] poco y vieron multitud de oficiales plateros con obras de vasijas de plata gruesas y sutiles y algunas piedras azules y verdes toscas que las engastaban”⁵². De este documento, queremos destacar que la ciudad de náufragos, aún era considerada aparte de la ciudad fundada por incas huidos. Lo que nos permite demostrar que, el proceso de conformación de la creencia en una ciudad de los Césares, fue lento. Además, a la fecha en que fue emitida esta declaración, no aparece el nombre de César para referirse a dicha ciudad.

Ahora, cabe preguntarnos, ¿quiénes eran estos náufragos, y cómo llegaron a habitar los Césares? Con respecto a la segunda parte de la pregunta, estos no fueron a vivir a los Césares. De hecho, lo más probable es que hayan perecido en la Patagonia luego que se les acabara la comida. Entonces, ¿por qué decimos que “se fueron a vivir a los Césares”? Con eso

⁵¹ “Relación que dio Pedro de Oviedo, natural del condado de Nieva y Antonio de Cobos, carpintero de Ribera...”, en Toribio Medina, José, *Colección de documentos inéditos para la Historia de Chile. Desde el viaje de Magallanes hasta la batalla de Maipú*, Santiago, Imprenta Ercilla, 1889, p. 465

⁵² *Ibid.* p. 467.

apuntábamos a la idea de que habían sobrevivido llegando a una ciudad de oro, no a que realmente hayan estado ahí: la *verdad* por sobre la *realidad*.

Lo anterior también nos permite responder la primera pregunta: al ver a los tripulantes de la nave, abandonados a su suerte, y sin poder hacer nada para salvarlos, se genera ese deseo que no les haya pasado nada, y que hayan tenido destino más venturoso que los que pudieron proseguir el viaje. Con el paso del tiempo, se comenzó a asociar a estos naufragos con lo que varios años atrás dijo César.

La expedición del obispo de Plasencia fue la que terminó por asociar los naufragios con la creencia en los Césares, pero no quiere decir que fue el único. Cada cierto tiempo aparecían nuevos casos que hacían pensar en la ciudad, y en el fausto destino de los naufragos. Dijo Enrique de Gandía que los conquistadores corrían tras la sombra dejada por los naufragos⁵³. Esta frase permite explicar la importancia que el autor dio a los naufragios en el contexto de la ciudad, ignorando completamente el caso de los incas, igualmente importante a la hora de pensar en los orígenes de esta creencia.

A lo largo de los tres siglos coloniales, estas tres vertientes se harán una sola: los Césares fueron tanto españoles como indígenas, sin distinción, como si lo hubo en los inicios de la creencia.

2.3 Siglo XVII.

Durante el siglo XVII, se agregaron nuevas variantes a la búsqueda de la ciudad de los Césares, como fue el caso de la amenaza extranjera, principalmente ingleses y holandeses. Además, la destrucción de la ciudad de Osorno luego del levantamiento mapuche-huilliche en 1598, hizo pensar que sus habitantes huyeron y fueron a vivir a la ciudad de los Césares. También existieron, durante este siglo, misioneros jesuitas que fueron a buscar los Césares.

2.3.1 Amenaza de extranjeros.

La amenaza que resultaba la presencia extranjera en la América hispana fue una constante en el período colonial. El cruce del corsario inglés Francis Drake, en el año 1578, por el paso que luego llevaría su nombre, alertó a las autoridades sobre la posibilidad de ocupación extranjera del territorio patagónico, convirtiéndose en una potencial amenaza dadas las posibles alianzas con los indígenas no dominados, lo que llevaría a una conquista del Virreinato del Perú, con lo que España perdería las riquezas proporcionadas por Potosí.

Desde ese momento, y hasta la independencia de los países latinoamericanos, España se preocupó por cualquier noticia de ingleses -u holandeses- en los confines australes del territorio americano. Así, la corona decidió tomar cartas en el asunto con varios proyectos, muchos de los cuales no se lograron concretar en el tiempo. Tal es el caso, por ejemplo, de la expedición de Pedro Sarmiento de Gamboa, explorador español al que se le encomendó,

⁵³ De Gandía, Enrique, *Historia crítica de los mitos y leyendas de la conquista americana*, p. 265.

en 1580, poblar el Estrecho de Magallanes, lo que se concretaría en 1584. Luego de sufrir múltiples penurias, soportar los vientos, temporales y la deserción de parte de la flota, Sarmiento funda dos ciudades en el Estrecho: Nombre de Jesús, y Rey Don Felipe.

Los fuertes vientos, provocaron que Gamboa, en su ir y venir entre sus ciudades, fuera expulsado del Estrecho, sin posibilidad de volver a entrar. Ante esto, el explorador fue a Brasil a conseguir recursos, misión que no dio resultados, debiendo volver a España. Mientras viajaba, fue secuestrado por la armada de Sir. Walter Raleigh. En este período de tiempo, las colonias quedaron abandonadas a su suerte.

Tres años después de la fundación, el corsario inglés Thomas Cavendish cruzó el Estrecho y se encontró un grupo de sobrevivientes de la ciudad Rey Don Felipe, en un territorio al que bautizó como *Port Famine* (Puerto del Hambre) Uno de los sobrevivientes de esta experiencia, Tomé Hernández, quien viajó con Cavendish, relató su testimonio, y al preguntarle cómo se entendían con los indígenas, mencionó: “Que solo les oían decir: *Jesús; Santa María*, mirando al Cielo, y daban a entender, que la tierra adentro había otros hombres, diciendo así: *otros hombres con barbas; con botas; otros muchachos*, y enseñándoles los españoles, de los muchachos que llevaban consigo, dijeron que eran como aquellos”⁵⁴. Es decir, se estarían refiriendo a una población de españoles en la Patagonia, aunque no se menciona el origen de estos, ni son nombrados como los Césares. Si bien esta corresponde al siglo XVI (1584-1587), decidimos colocarla en este apartado, pues guarda directa relación con la preocupación de las autoridades españolas por la amenaza de extranjeros, que se fue desarrollando durante los siglos XVII y XVIII.

La experiencia nos habla, primero, de las dificultades que tuvieron los españoles para ocupar efectivamente el territorio, tarea jamás cumplida; segundo, la nula posibilidad de contacto entre los españoles en la Patagonia, y el resto; tercero, que no lograron su objetivo de impedir el paso a los extranjeros. Más aún, durante el siglo XVII, la ciudad de Valdivia fue brevemente ocupada por los holandeses en 1600, para luego ser recuperada por los españoles en 1643.

Lo anterior nos lleva a otro episodio de presencia inglesa: la expedición de John Narborough, del año 1670, que volvió a levantar las alertas españolas, permitiendo probar los nuevos sistemas de defensa ensayados por ellos. Ximena Urbina nos dice que: “Aunque la *Sweepstakes* (nave de Narborough) no hizo daño alguno en Valdivia, su presencia generó inmediatas consecuencias, por magnificarse la noticia con otra dada cuando aún no se marchaba la nave”. La nueva a la que la autora alude se trataba de lo dicho por una indígena de nombre Magdalena, quien afirmó que “antes de ser capturada en una *maloca* (...), cuando aún vivía con los suyos, llegó por tierra un cacique proveniente de la isla de Chiloé con la

⁵⁴ “Declaración que de orden del Virrey del Perú...”, p. 519

novedad de estar doce barcos de extranjeros frente al puerto, pero sin hacer daño aún”. Finalmente, se llegó a decir que había doce barcos atacando Valdivia⁵⁵.

Revuelo causaron las noticias dadas por el chono Cristóbal Talcapillán, en la que advertía sobre una población de extranjeros en la Patagonia. Se envió a Bartolomé Gallardo a investigar, y al no encontrar nada, Talcapillán afirmó decir solo lo que los españoles querían oír⁵⁶. La anécdota es bastante reveladora, pues deja ver que, al conocer mejor el territorio, el indígena era una fuente importante de información; a la vez que señala los grandes temores de las autoridades coloniales.

¿Por qué es relevante decir esto? Primero, porque nos habla de cómo circulaba la información en el período colonial, siendo los indígenas los principales informantes en los territorios australes del continente. Segundo, nos muestra la constante preocupación española por la ocupación del territorio por parte de alguna potencia extranjera, Inglaterra principalmente. Ya aclaramos que los confines australes americanos, es decir, la Patagonia, era hostil, y no facilitó el asentamiento europeo. Aun así, los españoles temían la colonización inglesa. Como excepción, fue el caso de John Byron, en 1741, que llegó a Chile producto de un naufragio, experiencia que mostró a las autoridades la imposibilidad que un europeo sobreviva por su cuenta, empero no puso fin a la preocupación española⁵⁷.

Sin embargo, y más allá de lo anteriormente dicho ¿qué preocupaba a los españoles? Una posible alianza con los pueblos indígenas, no sujetos al dominio español, y un ataque al virreinato del Perú. Además, detrás de esto, está la ciudad de los Césares, que, por sus riquezas, no podía terminar en manos de los enemigos de la corona. Asimismo, habría significado un enclave extranjero importante en territorio hispano.

2.3.2 Misiones evangelizadoras.

Si bien los españoles no lograron asentarse en la Patagonia, los misioneros -especialmente los jesuitas- hicieron grandes esfuerzos por llevar la religión católica a los indígenas. El proceso no estuvo exento de complicaciones, ya sea por las características de la región, por la resistencia indígena, o por las malocas efectuadas por los españoles, que devinieron en el rechazo de los naturales hacia cualquier europeo que entraba en su territorio. Al respecto, Enrique de Gandía nos dice que: “No sólo los conquistadores corrieron tras la sombra de los naufragos abandonados y de sus fantásticas ciudades; también los misioneros quisieron recordar a aquellos cristianos perdidos la palabra de Dios, y con este motivo no debemos

⁵⁵ Urbina, Ximena, “La expedición de John Narborough a Chile, 1670: la defensa de Valdivia, los rumores de indios, las informaciones de prisioneros y la creencia en la ciudad de los Césares”, *Magallania*, vol.45, N°2, 2017, pp. 11-36.

⁵⁶ Urbina, Ximena, “El chono Cristóbal Talcapillán y su información sobre colonias inglesas en la Patagonia insular, 1674, *Boletín de la Academia de Historia Naval y Marítima de Chile*, N°19, 2015, pp. 27-44.

⁵⁷ Idem.

olvidar los intentos del desgraciado P. Nicolás Mascardi”⁵⁸. Más adelante ahondaremos en Mascardi. Por ahora, nos centraremos en los jesuitas en líneas generales.

La frase de Gandía apunta al ámbito religioso de estos, llevar a estos náufragos la palabra de Dios, que posiblemente les hacía falta. Pero veamos más allá, ¿por qué creían en los Césares?; o, mejor dicho, ¿creían realmente en ellos? No podemos descartar que realmente hayan creído, pues estos no pueden desentenderse de su contexto, en el que esta ciudad realmente existía. Sin embargo, también está la posibilidad de que haya sido una excusa para ir a evangelizar. Después de todo, no debemos olvidar lo atractivo que era llegar a los Césares, llevando a los españoles a aventurarse por territorios relativamente desconocidos.

Para los jesuitas, lo principal era la evangelización, aunque no desechamos el deseo de encontrar la anhelada ciudad de los Césares, la cual, o bien estaba habitada por indígenas, que debían ser convertidos: o por españoles perdidos, a los que debía recordárseles su fe.

De cualquier forma, era una gran oportunidad para los jesuitas, quienes iban a aprovechar la ocasión para recorrer la Patagonia. Tal fue el caso de la misión en el lago Nahuelhuapi, liderada, primero, por el padre Mascardi, y luego por sus sucesores, padres Laguna y Guillermo. Esta misión fue destruida luego de la muerte de Mascardi, pero reconstruida por sus sucesores en 1703, la cual fue arrasada por alzamientos indígenas en 1717. Desde esta, los jesuitas intentaron evangelizar a los grupos indígenas, a la vez que buscaban los legendarios Césares.

2.3.3 Césares osornenses

Esta vertiente de la creencia en los Césares osornenses se escapa del marco temporal de este capítulo, y más bien, ocurre en paralelo con lo que analizaremos en los próximos dos capítulos. Nos dice Ximena Urbina, que: “A mediados del siglo XVIII surgió y tomó fuerza en Valdivia la idea de un poblado formado por los descendientes de los vecinos de Osorno que habían huido cuando la rebelión general de 1598-1604” tuvo lugar. Esta, nos dice la autora, se habría originado en Valdivia, producto de noticias de indígenas, una de ellas de 1758, en la que un indígena, “el cacique Marimán, “amistado con la plaza” (de Valdivia), había informado sobre “un pueblo de españoles en una isla que forman dos ríos o uno que se parte en dos, nombrado Canelec”. La segunda noticia, llega un año después, en 1759, durante la batalla de río Bueno, donde un junco, llamado Ancamilla, fue tomado prisionero y luego interrogado. Este habló de una población española más allá del río Bueno, que distingue de Chiloé o Buenos Aires⁵⁹.

En general, la ciudad era opulenta, no podían vivir de la caza y agricultura tal y como hacían pehuenches y huilliches, sino en una ciudad rica y cercada, en convivencia con indígenas amigos.

⁵⁸ De Gandía, Enrique, *Historia crítica de los mitos y leyendas de la conquista americana*, p. 265.

⁵⁹ Urbina, Ximena, *La frontera de arriba*, p. 173.

Cabe preguntarnos en este punto, ¿Por qué abordar en este capítulo a los Césares osornenses? Como dijimos en un principio, esta creencia se difundió a mediados del siglo XVIII. Sin embargo, consideramos pertinente abordarla en este capítulo, pues estos forman parte de la creencia. Y, si bien esta vertiente no se difundió hasta el XVIII, se origina a partir del despoblamiento de la ciudad de Osorno, ocurrido hacia fines del siglo XVI, e inicios del XVII. Nos muestra, además, la manera en que la creencia pervivió en el tiempo, siendo reactivada por ciertos hechos o noticias.

2.4 Algunos ejemplos

Algunos ejemplos de la búsqueda de la ciudad de los Césares son, en el siglo XVI, Diego de Rojas, entre los años 1543-1548; Juan Jufré, en 1563, en la que “(...) reclamaba desde la Concepción el descubrimiento de la provincia “de la Sal y por otro nombre de César”, que se encontraba al sur de Santiago del Estero, a las espaldas de Chile”⁶⁰ ; Juan Pérez Zurita, en 1565; Alonso de Sotomayor, en 1583; Alonso Rodríguez, cuyo año no es detallado. Del año 1578, está la expedición de Juan de Nodar, quien presentó “un memorial solicitando la conquista de Conlara (...) Esta tierra, de oro y plata, fertilísima y poblada de indios vestidos”, que es donde, afirma el piloto, habría estado César. Si bien este proyecto fue rechazado en un primer momento, volvería a intentarlo en 1580, bajo la premisa de la pacificación de Chile, pero el resultado fue el mismo⁶¹.

Más adelante, para el siglo XVII, tenemos la del ya mencionado padre Mascardi, entre 1671 y 1673, que desarrollaremos en el siguiente capítulo; también la de Hernando Arias de Saavedra, de 1604, salida desde Buenos Aires; Diego Flores de León en 1621, desde Chiloé; Gerónimo Luis de Cabrera en 1622, desde Córdoba; Rodrigo Navarro y el jesuita Jerónimo de Montemayor en 1641, desde Chiloé⁶². La experiencia de estos dos últimos, en lo que concierne a los Césares, fue mencionada en una carta anua, del padre Juan de Albiz, en 1659, en la que señaló que: “Son estos indios puelches de una lengua parecida a la de Mendoza, y corre hasta cerca del estrecho de Magallanes, [...] y entre ellos, a pocas jornadas, dicen que están los indios Césares descendientes de españoles”. Agrega también que: “entendemos que son aquellos indios como mestizos que descubrieron el capitán Rodrigo Navarro con el padre Jerónimo de Montemayor cuando con siete embarcaciones de soldados los fueron a descubrir por la parte de Chiloé y de los chonos, y no pudieron llegar a donde dicen que están los Césares, porque falta de mantenimiento los detuvo”⁶³.

Este último punto nos lleva a lo dicho por Ximena Urbina, en *La frontera de arriba*: “todas (las expediciones) regresaban con la convicción de haber estado a sólo un paso de hallarlos

⁶⁰ Gil, Juan, *Mitos y utopías del descubrimiento*. Tomo II, el Pacífico, p. 271.

⁶¹ *Ibid.* p. 272-273.

⁶² Todas estas expediciones, salvo la de Navarro, fueron mencionadas en Estellé, Patricio; Couyoumdjian, Ricardo, pp. 286-288; mientras que la última, aparece en Urbina, Ximena, *Fuentes para la historia de la Patagonia*, p. 104.

⁶³ Urbina, Ximena, *Fuentes para la historia de la Patagonia occidental en el período colonial. Primera parte: siglos XVI y XVII*, Valparaíso, Ediciones Universitarias, 2014, p. 104.

y con nuevos rumores sobre españoles perdidos”. Así persistía la creencia: las informaciones se iban acumulando sin descartar nada, “combinando referencias que aparecen siempre como versiones de terceros, testigos indirectos de una realidad en la que se reconocen elementos comunes: la Pampa y la Patagonia”⁶⁴. Entonces, eran las ilusiones entregadas por los expedicionarios las que mantuvieron viva la creencia. Ellos no encontraban nada, pero siempre estaba la esperanza de que estuviera más allá. Así, la creencia no era descartada del todo. La ciudad de los Césares estaba ahí, pero no había podido ser alcanzada.

Es la misma lógica que se repetía desde los mitos y leyendas del mundo antiguo, medieval y las expediciones al Nuevo Mundo, en que los imaginarios se iban desplazando a medida que se iban conociendo los nuevos territorios. El reino del Preste Juan, el Paraíso terrenal o las Amazonas no dejaban de existir a medida que los exploradores se adentraban en tierras antes desconocidas, sino que debían ser encontradas en territorios aún no explorados.

Llevándolo al plano local, Juan Gil nos dice que, ya desde Pedro de Valdivia, se pensaba en la Patagonia como un territorio de riquezas que debía ser encontrado. Una tierra en la que: “Se ocultaban, pues, ricos tesoros en el paso descubierta por Magallanes; también se presumía la existencia de grandísimas riquezas en el lejano Chile”⁶⁵. Se ve aquí reflejada la idea que esbozamos en el párrafo anterior: la riqueza se encuentra en los lugares lejanos, que no conocían aún, pero que llamaban la atención con sus quimeras de oro.

Este era el panorama de la búsqueda de la ciudad de los Césares durante los siglos XVI y XVII, en los que los principales motores de búsqueda eran el deseo de evangelización, los motivos estratégicos, esto es, ocupar efectivamente un territorio, y encontrar a los españoles perdidos en los naufragios. A continuación, nos centraremos en el caso específico de Silvestre Antonio Díaz de Rojas.

⁶⁴ Urbina, Ximena, *La frontera de arriba*, p. 158.

⁶⁵ Gil, Juan, *Mitos y utopías del descubrimiento*. Tomo II: El Pacífico, p. 264.

3. El Derrotero de Silvestre Antonio Díaz de Rojas.

3.1 La creencia en los Césares hacia 1715.

Ya para inicios del siglo XVIII, la creencia en la ciudad de los Césares se había debilitado. La expedición del P. Nicolás Mascardi suele abordarse en la historiografía como la última del siglo XVII. Ante esto, debemos preguntarnos, ¿por qué se debilitó esta creencia? Para poder responder a esta pregunta, analizaremos dos hechos concretos: la actividad misional del citado padre Mascardi, tomando en consideración su trágico desenlace; y la expedición de John Narborough a Chile. La primera ocurrió entre 1670-1673, mientras que la segunda entre 1669-1671. Tomaremos estos dos casos en cuanto tienen relación con la búsqueda de la ciudad.

Partiremos con el caso de Mascardi. Este jesuita, que fue a misionar al lago Nahuelhuapi, también buscaba la legendaria ciudad sin obtener éxito alguno. ¿Por qué buscaba los Césares? Y más particularmente, ¿Por qué en Nahuelhuapi? Rodrigo Moreno, en su libro *Misiones en Chile austral: Los jesuitas en Chiloé. 1608-1768*, dedica un subcapítulo a las “Malocas y Césares, que es contenido en un capítulo mayor, Chiloé y la Patagonia: Caminos a Nahuelhuapi”. En este, nos dice que: “La búsqueda de los Césares también se hizo por esta región de los canales en dirección a Magallanes, pero las dificultades que ocasionaba la vía marítima fueron transformando Nahuelhuapi en el paso más apropiado para atravesar al borde oriental patagónico e incursionar desde allí por vía terrestre a la periferia austral”⁶⁶. Así, este lago se convertía en camino idóneo para buscar los Césares, principalmente por ser menos infructuoso que el Estrecho.

De acuerdo con Walter Hanisch, Mascardi había recibido noticias de los Césares por parte de una mujer indígena, conocida como la Reina, que había sido previamente capturada en una maloca, siendo liberada por el padre jesuita. Esta, agradecida con él, le cuenta de una población de españoles que vivían hacia el sur, lo cual “encendió el espíritu misionero del padre para ir a convertirlos”⁶⁷. Según consigna una de las cartas de Mascardi, ella le dijo: “sabía que muy lejos de sus tierras habitan españoles en una isla grande y rasa, que ésta estaba vecina a la Mar del Norte, y que los dichos españoles comunicaban con los indios que están arrimados a esta cordillera [...] y que pasaban de ella en embarcaciones a labrar minas que tienen de oro, cuyos granos eran como pepitas de manzana [...], que el lago que ceñía aquella isla le comunicaba un brazo de mar que entraba de la del norte”⁶⁸.

⁶⁶ Moreno, Rodrigo, *Misiones jesuitas en Chile austral: Los jesuitas en Chiloé. 1608-1678*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Sevilla, 2007, p. 206.

⁶⁷ Hanisch, Walter, *La isla de Chiloé, capitana de rutas australes*, Academia Superior de Ciencias Pedagógicas de Santiago, Santiago, 1984, p.94.

⁶⁸ “Carta y relación que escribió el P. Mascardi a los PP. Bartolomé Camargo, rector de Chiloé, y Juan del Pozo y Esteban de Carvajal, de lo que sucedió en la entrada que hizo a los indios puelches y poyas siendo el dicho P. rector de Chiloé”, citado en Urbina, Ximena, “La creencia en la ciudad de los Césares desde Chiloé en los tiempos del jesuita Nicolás Mascardi, 1666-1673” (aceptado en *Magallania*)

Siguiendo la idea del mismo autor, esto lo habría motivado a ir a Nahuelhuapi, pues en dichas inmediaciones se encontraba la ciudad de españoles perdidos. Durante su primera etapa en la región, Mascardi sostuvo encuentros con caciques para traer indígenas a la misión. En estos, “el misionero creyó obtener pruebas importantes acerca de la existencia de la ciudad de los Césares, ya que recibió el testimonio de unos indios poyas (...) los cuales aseguraban haber conocido dos españoles en dicha región”⁶⁹. Esto lo determinó a seguir adentrándose en las regiones australes.

Según una de las cartas de Mascardi, fechada en 1670, este vio en los caciques poyas, la oportunidad de acceder al meridión⁷⁰. Durante su tiempo en la misión de Nahuelhuapi, Mascardi observó a un grupo de poyas portando armas y adornos españoles que, según averiguó de estos, los obtenían de unos españoles perdidos, que poblaron los territorios al sur. Cuando el propio padre les preguntó, estos afirmaron que sabían de las cartas que había enviado, pero que, un grupo de poyas, que comerciaban productos de estos españoles con otras tribus, no permitían el paso de estas cartas, pues así perderían su exclusividad de comercio⁷¹.

Los Césares que buscaba Mascardi, eran los sobrevivientes del naufragio de la nave capitana de la expedición de Francisco Camargo, financiada por el obispo de Plasencia, esto, según lo que pudo averiguar entre los poyas. En los siguientes años, siguió buscando a esta población de españoles perdidos, aunque sin obtener éxito alguno. Debemos hacer notar que, en 1670, Mascardi envió una carta a los Césares, con un grupo de poyas como mensajeros, quienes le dijeron que no tendría respuesta antes de dos años, los cuales decidió esperar antes de salir a buscar la ciudad, lo que da cuenta de importancia que el jesuita atribuía a la información proporcionada por los indígenas. En las distintas cartas que Mascardi escribió en su travesía, dio cuenta de esta ciudad perdida de españoles, a las que le fue sumando otros naufragios y ciudades españolas, como las de Sarmiento e Iñigo López de Ayala, sin nunca dejar de creer que los Césares eran los náufragos de Argüello.

Con respecto al desenlace de Mascardi, este fue asesinado durante su tercer viaje, según Rodrigo Moreno, por un grupo de poyas del sur, quienes no habrían aceptado que se les predicase el evangelio. Con este percance se pone fin a la misión en Nahuelhuapi, aunque sería retomada en 1703 por los padres Felipe Laguna y José Guillermo. Esta nueva experiencia terminaría igualmente mal: dos padres morirían, supuestamente envenenados por los indígenas, quienes no querían que se abriera el camino de Nahuelhuapi a Chiloé por el

⁶⁹Moreno, Rodrigo, *Misiones jesuitas en Chile austral*, p. 215.

⁷⁰ Carta y relación que escribió el P. Mascardi en octubre de 1670, citada en Urbina, Ximena, “La creencia en la ciudad de los Césares desde Chiloé en los tiempos del jesuita Nicolás Mascardi, 1666-1673” (aceptado en *Magallania*)

⁷¹ *Idem*.

recuerdo traumático de las malocas de los siglos XVI y XVII. Se pone punto final a esta misión, en el año 1717, cuando es incendiada por un grupo de indígenas.

Un factor muy relevante en la época fue “la preocupación de las autoridades coloniales que conectaron a ingleses u holandeses con los Césares dando la voz de alarma en repetidas ocasiones”⁷². Tenemos, para el caso de la amenaza extranjera, la expedición de John Narborough a Chile, entre los años 1669-1671. No tenemos del todo claro el objetivo de esta expedición, pero apuntamos a la información dada por un tal Carlos Enríquez Clerque, quien habló a la corona inglesa de las riquezas del estrecho de Magallanes, afirmación que la expedición comprobó ser falsa. Enríquez Clerque fue tomado preso por las autoridades de Valdivia y llevado a Lima para ser juzgado. Años más tarde, durante un interrogatorio, uno de los ingleses presos, dijo que habían venido a buscar una ciudad de oro, lo que terminó por alertar a las autoridades del inminente peligro de un asentamiento inglés en territorio español.⁷³

Las noticias de Enríquez, junto a las dadas por el chono Cristóbal Talcapillán sobre poblaciones blancas en la Patagonia, abrieron el camino a la expedición del Sargento Bartolomé Gallardo, enviada por el gobernador de Chiloé. Los pormenores de su viaje están relatados en su “Relación del sargento mayor don Bartolomé Gallardo hecha en Lima de [orden] de VE. sobre el viaje que hizo al reconocimiento de las poblaciones de los ingleses con todo lo sucedido en él y paraje donde llegó”. Utilizamos la versión contenida en el *Anuario Hidrográfico de la Marina de Chile*, del año 1886. Este viajó “desde la provincia de Chiloé, reyno de Chile, al estrecho de Magallanes, que está al polo del Sur, para coger noticias de si el enemigo de Europa estaba poblado en aquella costa”⁷⁴. Sabemos que finalmente no encontró a dichos ingleses, lo que no detuvo la búsqueda de estos. Las noticias del ya mencionado Talcapillán “(generaron) dos grandes expediciones salidas desde esa provincia (Chiloé) hacia el estrecho de Magallanes para buscar dos colonias inglesas que él había dicho que existían, (...) el primero fue al mando del sargento mayor de Castro, Bartolomé Gallardo, y el segundo, del piloto Antonio de Veá”⁷⁵. En ninguna de estas dos expediciones se hace mención de los Césares. Su misión era buscar poblaciones inglesas, no dicha ciudad. Sin embargo, llama la atención que no se hiciera siquiera una referencia a lo dicho por Clerque, lo que nos da cuenta que este ya había perdido toda credibilidad frente a las autoridades españolas.

⁷² Estellé, Patricio; Couyoumdjian, Ricardo, “La ciudad de los césares: origen y evolución”, p. 288.

⁷³ Gil, Juan, *Mitos y utopías del descubrimiento. Tomo II: El Pacífico*, pp. 258-314; Urbina, Ximena, “La expedición de John Narborough a Chile, 1670: la defensa de Valdivia, los rumores de indios, las informaciones de los prisioneros y la creencia en la ciudad de los Césares”, *Magallania*, vol.45, N°2, 2017, pp. 11-36.

⁷⁴ Gallardo, Bartolomé, “Relación del sargento mayor don Bartolomé Gallardo hecha en Lima de orden de V.E. sobre el viaje que hizo al reconocimiento de las poblaciones de los ingleses...” En *Anuario hidrográfico de la marina de Chile*, Año XI, 1886.

⁷⁵ Urbina, Ximena, “La expedición de John Narborough a Chile, 1670: la defensa de Valdivia, los rumores de indios, las informaciones de los prisioneros y la creencia en la ciudad de los Césares”, *Magallania*, vol. 45, N°2, pp. 21-22.

Con estos últimos antecedentes podemos apreciar que, ya hacia fines del siglo XVII, la creencia en la ciudad de los Césares se había debilitado. Desde el sur llegaban noticias de extranjeros que poblaban el territorio, pero no de la ciudad, cuyo recuerdo parecía desvanecerse tras las fallidas expediciones de búsqueda. Sin embargo, hacia el siglo XVIII el panorama va a cambiar, luego que llegasen nuevas noticias al Consejo de un español afirmando haber visitado la ciudad, entregando así nuevas posibilidades para su búsqueda.

3.2 El Derrotero.

En el año 1715, llegó a la corte de Madrid un Informe, presentado por Silvestre Antonio Díaz de Rojas, en que explica cómo llegar desde la ciudad de Buenos Aires hasta la ciudad de los Césares. Este tenía por nombre: *Derrotero, camino cierto y verdadero desde la ciudad de la Trinidad, puerto de Buenos Aires hasta la ciudad de los españoles, que vulgarmente llaman la Ciudad Encantada.*

Respecto a la fecha en que este fue enviado a España, el argentino Pedro de Angelis precisa que este fue presentado por primera vez en 1707, idea con la que estuvo de acuerdo Ciro Bayo, sin hacerse mayores preguntas al respecto. Esto recae también en el historiador argentino Enrique de Gandía, quien toma la recopilación hecha por Angelis como fuente a la hora de referirse a Silvestre Díaz. Lo mismo pasó con los historiadores Patricio Estellé y Ricardo Couyoumdjian; así como Jorge Magasich y Jean Marc de Beer, quienes repiten el ejercicio hecho por Gandía.

¿Qué se puede decir con respecto a la datación del Informe? El principal problema que podemos detectar es que Angelis no deja especificado de dónde copió el Derrotero, y es la única versión que hemos encontrado en que se hace alusión a ese año. Ciro Bayo es quien más se apega a la fecha dada por este. De acuerdo con este autor, el monarca borbón, Felipe V- quien gobernó entre 1700 y 1746- rechazó su proyecto en un primer momento, por lo que Rojas decidió partir a Chile a buscar suerte. En dicha instancia, tuvo una mayor acogida, siendo elevada su solicitud al virrey del Perú, para luego recibir la noticia de que su hijo había fallecido, heredándole su fortuna. Es en este punto que el referido Silvestre decide volver a España- ya en el año 1715- a intentar nuevamente convencer a la Corte de Madrid⁷⁶. Si bien no podemos descartar que todo eso haya sucedido realmente, no podemos tomarlo como verdadero, pues este libro carece de un aparato crítico, ergo, no sabemos de dónde sacó la información. Por lo tanto, nos inclinamos por el año 1715 como fecha de presentación al Rey, pues es la única que tiene sustento en las fuentes. Además, tampoco contamos con documentación que pruebe que se haya levantado una solicitud al Virrey del Perú para buscar los Césares de Rojas.

A continuación, analizaremos el contenido de este. La historiografía se ha concentrado en señalar los aspectos maravillosos del relato de Díaz de Rojas, como por ejemplo que, en la

⁷⁶ Bayo, Ciro, *Los Césares de la Patagonia: Leyenda Aurea del Nuevo Mundo*, pp. 197-198.

Encantada ciudad, la gente solo muere de vieja. Sin embargo, el contenido del mismo va más allá del simple relato de una ciudad fantástica. Se centra también en el recorrido, los elementos del paisaje y de las dos ciudades. Incluso, si obviamos el hecho de que habla de los Césares, su informe podría perfectamente ser un tratado de geográfico y etnográfico del territorio, aunque su contenido es bastante superficial. Ahora nos detendremos en estos puntos.

Díaz de Rojas comienza su informe explicando que había nacido en Sevilla, pasando a vivir a los pocos años a Buenos Aires. Pasa luego a declarar que fue secuestrado por los pehuenches, de los que llegó a ser cacique. Durante esos años habría visitado la ciudad de los Césares, pero finalmente se decidió por volver a España para mostrar al rey el derrotero a seguir hasta la ciudad. Una vez dicho eso, comienza relatando el camino hacia la ciudad de los Césares: “Llegando a la ciudad de la Santísima Trinidad Puerto de Santa María de Buenos Aires y provincia del Río de la Plata, saldrá de ella y caminará por el camino abierto [...], que es el que trajinan los de Buenos Aires a la Sierra de Tandil. Hay de esta Sierra en adelante indios, a los cuales llaman Pampas”. Agrega también que: “Caminando por esta misma Sierra para el sudeste, está otro cerro que llaman el volcán [...] en este paraje hay el mismo gentío de indios pampas, los cuales hablan con alguna diferencia de los pasados, a los que llaman indios serranos. Distante de esta sierra como cosa de ochenta leguas tirando hacia el poniente, se hallará otra sierra que llaman Guamini, la cual por un lado está cercana al mar, como cosa de dos leguas”.

Respecto a los indígenas, comienza diciéndonos que: “Esta sierra tiene por la parte del norte una laguna de aguas permanentes, muy grande, llamada Guamini, de donde toma el nombre la dicha sierra. En este paraje se suelen ajuntar 600 y 800 mil indios de diferentes naciones. Este cerro grande [haciendo referencia al Payen] tiene muchos cerros alrededor, los cuales son todos de metales de oro muy rico”. Y no sólo menciona el oro, sino que también alude a otras riquezas de la región: “Desde este monte se tirará el rumbo caminando al sur, y a cosa de 5 leguas se encuentra un río llamado Diamantino. Llamase así porque nace de un cerro negro, pasado de plata, y en el dicho cerro hay muchos diamantes”.

Menciona también a los pueblos indígenas de la región: “Hay de esta Sierra [del Tandil] en adelante indios, a los cuales llaman pampas, es gentío que corre todas las campañas y suelen hacer algunas hostilidades en la gente que sale a baquear[sic]”. Agrega también: “Desde esta laguna [Guamini] hasta pasar a la otra parte del monte [...] con la advertencia que en medio de este monte habitan otros indios llamados mujuluques, los cuales [...] son gente muy belicosa, doméstica y amigos de los españoles”; “[e]n este cerro [Payen] habitan los indios chiquillanes, son indios muy domésticos y familiares con los españoles”.

En su relato, Silvestre Antonio especifica que también hay indígenas que han sido evangelizados: “Entre estos dos ríos [Diamantino y San Pedro] habitan unos indios llamados diamantinos, gente los más de ellos son cristianos”.

Los pehuenches, grupo indígena que, según relata Rojas, lo habría secuestrado, ocupa un lugar importante en su informe, donde declara que estos mantenían comercio con los Césares: “Desde este riachuelo o Estero- llamado [según Rojas] los Ciegos- habitan muchísima multitud de indios, los cuales llaman pehuenches, y sus armas de estos son lanzas y alfanjes y todos los demás usan de las propias armas. Estos corren hasta la Cordillera nevada por la parte del poniente y por la parte del sur comercian con los césares o españoles”.

Aclara también, que hay indígenas que son aliados de los españoles, como es el caso de los Puelches, a quienes describe como “indios muy crecidos y corpulentos y tienen los ojos muy pequeños, son pocos en número [...] Son muy parciales y amigos de los españoles y desean mucho el tener tratos con ellos”. Menciona también la zona donde habitan: “Estos indios están a la boca de un valle muy grande, de donde sale un río muy caudaloso, llamado Río Hondo, el cual es criadero de oro”.

Respecto a la ciudad de los Césares, parte indicándonos el camino: “Prosiguiendo al mismo rumbo, como cosa de 30 leguas algo más está otro río grande muy ancho y muy apacible en sus corrientes, y dicho río adentro sale de la cordillera de un valle grande [...] en cuyo valle están y habitan los dichos Césares”. Respecto a sus habitantes, es claro al decir que: “Esta es gente muy crecida y agigantada tanto que por lo crecido del cuerpo no pueden ir a caballo y andan a pie. Estos indios son los verdaderos césares, que los que vulgarmente llaman césares no son sino españoles que dieron en aquella costa perdida”. Llama la atención que se refiera a estos como los “verdaderos césares”, elemento que abordaremos más adelante.

Además, se refiere a ellos como gente “mansa y pacífica”, que solo usan sus armas para cazar: “las armas que usan son flechas grandes o arpones con que se guarnecen y matan la caza, que son guanacos de aquellas tierras, que hay en abundancia. También usan de la honda, con que tiran una piedra con gran violencia”.

Para el caso de la ciudad de los españoles, nos señala que: “Esta ciudad está en la otra parte de este río grande y está poblada en un llano, y fabricada más a lo largo que en cuadro, y casi en la misma planta de Buenos Aires”. Esta es presentada de manera idílica: “Tiene hermosos edificios de templos y casas de piedra labrada y bien tejadas al uso de nuestra España. En las más de ellas tienen indios cristianos para la asistencia de sus casas y haciendas, que ellos con su educación han reducido a nuestra Santa Fe Católica”.

Nos describe también las riquezas de la zona: “Tiene dicha ciudad por la parte del poniente y del norte la Cordillera nevada, en la cual han abierto muchísimos minerales de oro y de cobre, y siempre están continuamente labrando en dichos metales ricos”. No se queda solo en los minerales: “por la parte sur dilatadas campañas, donde tienen sus estancias de ganados mayores y menores, que son muchísimos. También tienen sus heredades para sus recreos [...] en donde cogen muchísima cantidad de todos los géneros de granos y hortalizas”. Como podemos apreciar, la ciudad no solo es rica en minerales como el oro y la plata, sino que también en tierras y animales.

Silvestre Antonio nos muestra una ciudad idílica, que es prácticamente un paraíso: “es tierra tan sana que la gente muere de puro vieja, porque el clima de la tierra no consiente achaque ninguno por ser la tierra muy fresca”.

Finaliza su informe diciendo que: “Solo falta gente española para poblarla y desentrañar tanta riqueza como está oculta en aquellas sierras”. Y que “todo lo que aquí va referido no es ponderación ni exageración ninguna, sino sólo la pura verdad de lo que hay, y es como el que lo ha andado, visto y tocado por su mano”⁷⁷. Deja al descubierto sus intenciones: reclutar gente para ir a poblar esta ciudad.

Este es el contenido del informe de Silvestre Antonio. Como mencionamos en un principio, destacan las descripciones que presenta, tanto del territorio -y el recorrido- como de la ciudad, en la que distingue la de los españoles de la de los indígenas. Al respecto, Ciro Bayo, señala que: “Tiene el mérito de la brevedad porque todo él cabe en una página”⁷⁸, alabando así la capacidad de síntesis de Rojas.

3.3 Silvestre Antonio Díaz de Rojas.

Teniendo claridad sobre el informe, debemos preguntarnos ¿Quién era Silvestre Antonio Díaz de Rojas? Poco es lo que sabemos de él, excepto que -como él mismo explica en su informe- nació en Sevilla, y que fue a vivir a Buenos Aires, donde habría sido secuestrado por los pehuenches: “[...] habiendo discurrido todas, o casi, las más remotas y dilatadas provincias de aquellas regiones por haberme cautivado los indios infieles llamados pehuenches”⁷⁹. Un informe enviado desde Madrid al Presidente de la Audiencia de Chile en 1716 señala que: “Silvestre Antonio Díaz, al parecer de cuarenta años de edad, es natural de esta ciudad de Sevilla, i pasó a Indias como todos lo hacen, a tener fortuna”⁸⁰.

Esto ya nos da una pista importante: Silvestre Díaz buscaba fortuna en América, además de ofrecernos una confirmación respecto a su lugar de origen. Respecto a esta idea, Patricio Estellé y Ricardo Couyoumdjian nos indican que: “Son dos los cauces por donde se desarrolló la búsqueda de la misteriosa región en este siglo (XVIII); por un lado la continuación de la labor apostólica del Padre Mascardi, por el otro con motivos estratégicos y de lucro y aventura”⁸¹. Podemos decir que Rojas se fue a América movido por el deseo de

⁷⁷Díaz de Rojas, Silvestre Antonio. Derrotero, camino cierto y verdadero desde la ciudad de la Trinidad, puerto de Buenos Aires hasta la ciudad de los españoles, que vulgarmente llaman la Ciudad Encantada, Archivo General de Indias (en adelante, AGI), Chile, 153. Pudimos revisar estos documentos, gracias a que Ximena Urbina los copió del Archivo y nos los facilitó.

⁷⁸ Bayo, Ciro, *Los Césares de la Patagonia: leyenda Aurea del Nuevo Mundo*, p. 196.

⁷⁹Díaz de Rojas, Silvestre Antonio. Derrotero, camino cierto y verdadero desde la ciudad de la Trinidad, puerto de Buenos Aires hasta la ciudad de los españoles, que vulgarmente llaman la Ciudad Encantada, AGI, Chile, 153.

⁸⁰ Copia manuscrita y autorizada del derrotero y descripción de la ciudad de españoles o Césares hecha por Silvestre Antonio Díaz de Rojas-Madrid- mayo 18 de 1716, A.N, Fondo Sergio Fernández Larraín.

⁸¹ Estellé, Couyoumdjian, “La ciudad de los Césares: origen y evolución de una leyenda”, p. 288.

lucro, aunque no podemos descartar el deseo de aventura. Sin embargo, debemos preguntarnos, ¿por qué se dirigió específicamente a Buenos Aires?

Silvestre Díaz de Rojas es tenido por mentiroso por presentar un derrotero desde Buenos Aires hasta la ciudad de los Césares. El historiador decimonónico, anti hispanista, liberal y laico, Benjamín Vicuña Mackenna, dice que “tanto porfió i mintió en Madrid, que el rei, no escarmentado todavía con las malaventuras pasadas, espidió orden el 18 de mayo de 1716 para que se acometiera de nuevo desde Buenos Aires, la entrada a los Césares”⁸². La cita es bastante expresiva. Para su autor, el rey está siendo paciente con las patrañas de la ciudad, siendo que no ha obtenido ninguna respuesta positiva al respecto. Sobre Silvestre Díaz, Vicuña Mackenna tiene una opinión bastante tajante: “mayor embustero no había parido madre cristiana ni en España ni en las Indias”. A lo que agrega, “una vez consumado su engaño, i después de haber comido i bebido como César verdadero en la corte de Madrid i en Buenos Aires, se hizo humo o se fue escondido a los Césares, porque no se volvió a tener noticia de su paradero”⁸³. Como podemos evidenciar, su visión es bastante adecuada para un historiador del siglo XIX, pues ve la creencia en los Césares como un engaño, y a Rojas, quien afirmó haberla visto con sus propios ojos, como el mentiroso más grande que haya existido, que además se aprovechó de esta situación para vivir lo más cómodo posible.

Similar es la visión que nos presenta Ciro Bayo: “El autor del memorial pintaba el país de su descubrimiento al modo y manera que un agente de emigración en nuestros días, para reclutar incautos”⁸⁴. Si bien esta caracterización es menos dura que la anterior, no deja de ser negativa, pues nos está insinuando que Rojas era un embaucador, que buscaba captar a los más ingenuos para que se unieran a su proyecto.

Una vez dicho esto, debemos preguntarnos, ¿Era realmente Díaz de Rojas un mentiroso que buscaba timar a la gente con un cuento sobre una ciudad de oro? Lo primero que tenderíamos a responder es que efectivamente lo era. Sin embargo, debemos ser capaces de ver más allá de estos prejuicios. ¿Qué intentaba lograr enviando su informe a la Corona? Ya decíamos que durante el siglo XVIII uno de los motivos por los que se buscaba la ciudad era el afán de lucro y aventura, lo que podemos ver de manera clara -al menos el primero- en Díaz de Rojas. Sabemos que finalmente su proyecto fue rechazado, y que su *Derrotero* fue difundido por el Virreinato del Perú⁸⁵, que para ese momento abarcaba toda Sudamérica, lo que nos lleva a plantearnos una nueva interrogante: ¿por qué hacer público un hallazgo tan importante y por el que no consiguió permiso para conquistar? En este punto estamos más cerca de la interpretación hecha por Ciro Bayo, pues si difundió su informe era para captar la atención del público. No debemos olvidar que, en esa época, el porcentaje de personas que podía leer

⁸² Vicuña Mackenna, Benjamín, “La Ciudad Encantada de los Césares”, p. 37.

⁸³ Idem.

⁸⁴ Bayo, Ciro, *Los Césares de la Patagonia*, p. 197.

⁸⁵ Ciro Bayo afirmó que Silvestre Antonio imprimió y divulgó su informe, sin embargo, en el archivo, solo encontramos copias manuscritas del mismo. Bayo, Ciro, *Los Césares de la Patagonia*, p. 200.

y escribir era bastante bajo aprovechando así el conseguir un grupo de gente (incautos diría Bayo) para ir en busca de la ciudad.

Otra interpretación podría ser que realmente no le interesaba la fama y la fortuna, sino que integrar a los Césares a la cristiandad. Con ello podría verse cumplido un viejo anhelo de los tiempos colombinos, la obtención de oro y riquezas para la cristiandad occidental⁸⁶. Empero, para aceptar esta interpretación, primero debemos creer en “el ardiente celo con que como real vasallo que soy tengo- dice Silvestre Antonio- de que se dilate y extienda la Monarquía de V.M”⁸⁷. O bien, puede ser que Rojas no haya difundido su *Derrotero*, y simplemente haya circulado el informe enviado a la Audiencia chilena en 1716, como señaló José de Moraleda.

Tomando eso en consideración, ¿por qué, o para qué, fue a pedir licencia al rey? Sabemos que las tierras americanas, más allá de la línea de Tordesillas, eran del monarca, y que los conquistadores del siglo XVI, le pedían licencia, firmada a través de una capitulación, para emprender sus empresas de conquista, lo que demostraba la actitud legalista de estos, que, como nos plantea Morales Padrón, “es nota de todo español”⁸⁸. Sin embargo, debemos precisar, que, al firmar estas capitulaciones, los conquistadores partían desde España hacia tierras americanas, en cambio, Silvestre Antonio afirmaba ya haber estado en los Césares, ¿por qué no haberse quedado allí simplemente?, ¿quería acaso ser un nuevo Cortés o Pizarro? Esto último parece ser lo más factible, buscaba ser el “conquistador” de un territorio de grandes riquezas. Ocupamos la última palabra entre comillas, pues, como ya mencionamos, había ya una ciudad de españoles, que, según el propio Silvestre Antonio, no eran los “verdaderos Césares”. Esto nos lleva a una segunda interrogante, ¿cuál era su objetivo, conquistar los Césares? En su informe, no lo deja explícito, pero destaca que se necesita de gente para poblar la ciudad de españoles, y desentrañar sus riquezas. No descartamos del todo que haya un interés oculto de conquistar a los Césares, aunque no se apegaría a lo hecho por los conquistadores del siglo XVI, pues no queda estipulado que lo hará.

En resumidas cuentas, podemos ver en el informe de Rojas tanto un afán de riquezas como de ayudar a la Corona a expandirse a territorios que, si bien le pertenecían *por derecho*, no estaban efectivamente ocupados. Esto último nos lleva a repensar los calificativos dados por Vicuña Mackenna y otros autores: ya no lo estaríamos viendo como un mentiroso, sino como un hijo de su tiempo⁸⁹. Alguien que quería ser recordado por alcanzar -y más importante aún, conquistar- la Ciudad.

⁸⁶ Todorov, Tzvetan, *La conquista de América. El problema del otro*, Editorial Siglo XXI, 1982, p. 18.

⁸⁷ AGI, Chile, 153.

⁸⁸ Morales Padrón, Francisco, *Historia del descubrimiento y conquista de América*, p. 318.

⁸⁹“(Los conquistadores) (fueron hijos de su tiempo, representantes de una especial actitud, que recibieron de sus predecesores conceptos, instituciones, valoraciones, etc.” En Morales Padrón, Francisco, *Historia del descubrimiento y conquista de América*, p. 303. De acuerdo a esta frase, debemos tomar a Silvestre Antonio Díaz como representante de una tradición; él es parte de un período histórico en que la Ciudad de los Césares era real.

Con todo lo anterior dicho, debemos preguntarnos: ¿tuvo éxito Silvestre Antonio en su empresa de conquista de los Césares? Para ello, nos centraremos en la trayectoria del Derrotero en la Corte de Madrid y el Consejo.

3.4 Trayectoria del informe.

Una vez llegado a España, Rojas entró en contacto con el Marqués de Valhermoso. Poco es lo que sabemos acerca de este personaje. Sabemos que su nombre era Lorenzo Fernández Villavicencio, y que sirvió a la Corona ocupando cargos importantes en España y Canarias. Además, para efectos de nuestro análisis, fue el intermediario entre el monarca y Díaz de Rojas.

El Marqués remitió el informe al Consejo de Indias, afirmando que conversó con Rojas en persona, y que realmente había visto todo lo descrito. Este punto es sumamente importante, pues significa un primer apoyo al proyecto de Silvestre Antonio dentro de la burocracia imperial, lo que no deja de ser menor si consideramos la posición que tenía este marqués dentro del sistema administrativo. El hecho que ocupara cargos en Sevilla y en Canarias nos da una idea de la relevancia que tenía. Esto le significaba a Silvestre Antonio un soporte importante, quien podía usar sus influencias para llevar su informe a la Corte. Y así lo hizo: el informe fue enviado al rey, y luego despachado, en agosto de 1715, al Consejo de Indias. Luego, este último manda a reconocer “lo que hubiere en secretaría en razón de esto mismo y de todo se extraiga apuntamiento”⁹⁰. Podemos extraer de este fragmento que se van a buscar antecedentes sobre la búsqueda de la ciudad de los Césares, antes de dar respuesta a Díaz de Rojas.

El Consejo remitió al Padre jesuita Ignacio Alemán, así se le explica a Silvestre Antonio en una carta enviada a este por el Consejo a fines de 1715: “El consejo ha acordado que para efecto de tomarse providencia en lo que V. merced expresa en el papel que remitió a SM por manos del marqués de Valhermoso tocante al derrotero de Buenos Aires a la ciudad de los españoles, pase VM a verse y conferir sobre la materia con el Padre Ignacio Alemán, de la Cía, residente en esta ciudad [Sevilla], a quien para este efecto se remite copia del papel”⁹¹. Este vivió muchos años como procurador en Chile, entre otros cargos, por lo que su opinión iba a ser valiosa para el contexto del informe.

Sabemos que entre 1701 y 1713, Alemán participó junto al Padre Domingo Marini en misiones en *Nahuelhuapi*⁹². De esto tenemos como ejemplo una carta de este Padre solicitando, hacia 1705, 50 nuevos misioneros para ir a esta laguna, por “los nuevos descubrimientos de diferentes naciones en los términos de la dilatada laguna de Nahuelhuapi

⁹⁰ El Consejo, 12 de agosto de 1715, AGI, Chile, 153.

⁹¹ Carta que el Consejo remite a Silvestre Antonio, AGI, Chile, 153.

⁹² Moreno, Rodrigo, *Misiones en Chile austral*, p. 270.

y de los indios poyas, confinantes con el estrecho de Magallanes...”⁹³. La misión había sido fundada unos años antes, en 1703. Esta se acabaría hacia el año 1717, “porque cuatro misioneros (jesuitas) habían sacrificado sus vidas en ese puesto de avanzada hacia los Césares imposibles, sin perder la esperanza de volver a evangelizar a los difíciles indios de Nahuelhuapi”⁹⁴.

Confluían en esta misión el objetivo de evangelizar a los indígenas y de buscar los Césares. La cita de Hanisch da cuenta de lo problemática que se estaba volviendo la búsqueda de la ciudad. En este sentido, podríamos decir que abandonar la misión de Nahuelhuapi implicaba dejar también la idea de encontrar desde ahí los Césares. Se estaría descartando de manera tácita que la ciudad se encontrara en aquella región.

Tomando eso en consideración, ¿podía ser factible aún que los Césares se encontrara desde Buenos Aires? Según indican las fuentes, era más factible hacerlo desde Chile, idea con la que Fernando Casanueva está de acuerdo.

En una carta dirigida al Consejo de Indias, con fecha 9 de diciembre de 1715, se señala que se revisaron los antecedentes respecto a los Césares: “Habiéndose reconocido por secretaría los libros y papeles desde el año de 1680 hasta hoy no se halla haberse expedido la cédula que se cita en este papel haberse dado en tiempos [...] [de] Carlos II a los gobernadores de Buenos Aires y Chile sobre el descubrimiento de dicha ciudad”, cédula sobre la que no se aportan mayores detalles, pero que parece pudo haber sido relevante para el caso. La excepción era una carta del gobernador de Chile, Juan Andrés de Ustariz, con fecha 24 de noviembre de 1711, quien explicaba haber recibido noticias sobre una gran población de españoles cerca del estrecho de Magallanes, que eran llamados los Césares. Esta noticia la recibió de su maestro de Campo, Juan de Mayorga, a quien había enviado a las Pampas luego de una sublevación de indígenas. Estos españoles serían los sobrevivientes de la Armada del obispo de Plasencia. Dicho gobernador refiere que “las noticias de haber tales gentes tiene principio... de una memoria que escribió Pedro de Oviedo, natural del condado de Niebla y marinero del navío perdido, y Antonio de Cobas, carpintero de Ribera... porque mataron a alguien en su población y se fugaron, temiendo el castigo de Sebastián de Argüello [...] Cruzaron la cordillera...pasaron a Concepción”⁹⁵. En dicho punto hace referencia a los supuestos sobrevivientes de aquel naufragio, que llegaron a Concepción en el año 1567⁹⁶.

Finalmente, en el año 1712, el gobernador Ustariz, “participó que habiendo marchado más de 100 leguas dicho Don Juan de Mayorga con su gente, se desertó la mitad, y que la restante le representó no querer proseguir por ser poca y ser factible encontrar mayores fuerzas de

⁹³ Expediente sobre las misiones de los jesuitas en las provincias de puelches y poyas y pagos de sínodos: años de 1702 a 1713. AGI, Chile, 159. Citado en Urbina, Ximena, *La frontera de arriba*, pp. 120-122.

⁹⁴ Hanisch, Walter, *Historia de la Compañía de Jesús en Chile*, Editorial Francisco de Aguirre, Buenos Aires, 1974 p. 62

⁹⁵ Carta al Consejo, 9 de diciembre de 1715, AGI, Chile, 153.

⁹⁶ Estellé, Couyoumdjian, “La ciudad de los Césares: origen y evolución de una leyenda”, p.285.

los indios pampas y perecer”⁹⁷. Esto último nos da cuenta que la expedición ya no estaba tan segura de encontrar los Césares, además del temor que sentían hacia los pueblos de las pampas. Esta fallida experiencia habría ocurrido solo tres años antes que Silvestre Antonio enviase su *Derrotero* a España. El que haya sido autorizada nos indica que las autoridades confiaban en los testimonios entregados. Cabe destacar que, pese a que la expedición no diese los resultados esperados, el Consejo hallara más factible encontrar la ciudad de los Césares en esos parajes que en los descritos por Silvestre Díaz. Vemos que la creencia en los Césares seguía siendo factible para la Corte real, pero no se convencían del itinerario propuesto por Rojas.

Es así como se van conjugando distintas situaciones que finalmente derivan en el rechazo de la propuesta de Silvestre Antonio. El P. Alemán, en carta del día 30 de enero de 1716, informa que desestima el informe de Rojas, pues refiere “por menos los fundamentos que tiene [el *Derrotero* de Díaz de Rojas] para que no se de ascenso a lo que propone”⁹⁸. En otras palabras, el jesuita no cree en lo que presentó Díaz de Rojas, ya que no considera factible el fundamento del informe, es decir, que un cristiano se volviera cacique de una comunidad indígena. Sin embargo, el consejo remitió el informe al reino de Chile, para que ellos tomen la decisión.

De esta manera, el Rey envió una carta a la Real Audiencia de Chile, para que tomaran los antecedentes correspondientes al caso. Se les señala que el Consejo, solo encontró documentos relativos a lo señalado por Juan Andrés de Ustariz en el año de 1711. De esto, destacamos, la información entregada por su maestro de campo, Juan de Mayorga, quien señaló que “cerca del Estrecho de Magallanes ‘había una población grande de españoles que llaman los Césares, que se conservan incógnitos de los que escaparon de la almiranta que se perdió en tiempos de Carlos V’”⁹⁹, haciendo una clara referencia a los Césares de Argüello.

En este punto, nos surge la pregunta, ¿Por qué pedir a la Audiencia de Chile que averiguase sobre lo dicho por Rojas, siendo que este venía desde Buenos Aires? Creemos que la respuesta se encuentra en la misma documentación, particularmente en lo referido a Ustariz, última noticia sobre los Césares antes de Díaz de Rojas. Como mencionamos en el párrafo anterior, las noticias mencionadas por el maestro de campo del gobernador Ustariz, referían al naufragio de la nave capitana de la Armada del obispo de Plasencia, y, por lo tanto, al capitán Sebastián Argüello. Las noticias más cercanas sobre la existencia de estos Césares, fueron proporcionadas por Cobos y Oviedo, quienes habían huido de la ciudad, tras asesinar a un soldado, llegando hasta la ciudad de Concepción. Por esto, consideramos que, teniendo en cuenta dichos antecedentes, la Audiencia de Chile, era la adecuada para dar el visto bueno, o rechazar lo declarado por Díaz de Rojas, al contar con mayor información respecto al caso antes mencionado.

⁹⁷ Idem.

⁹⁸ Carta del P. Ignacio Alemán al rey, fechada en Sevilla el 30 de enero de 1716, en que dice que se entrevistará con Silvestre Antonio Díaz. AGI, Chile, 153.

⁹⁹ Carta del Rey a la Real Audiencia de Chile, 18 de junio de 1716, AGI, Chile, 153.

No tenemos la carta con la respuesta enviada desde Chile al Consejo, ni noticias de que se haya autorizado la expedición de Rojas. Tras esto, se pierde el rastro de Silvestre Antonio Díaz, no habiendo más noticias sobre su paradero. Sabemos que cuatro años después, en 1720, llegó a Buenos Aires un cacique puelche, llamado Racal, viniendo con noticias de la ciudad de los Césares, llevándoles unas cartas escritas por el oidor de la Audiencia, don Ignacio Antonio del Castillo. Dicho cacique afirmaba no haber podido pasar por impedírsele otros indígenas, sin dar mayor información al respecto: “Respondió [Racal] que los indios le habían embarazado el paso y que quería proveerse de caballos para continuar el viaje. Que también se le opusieron sus propios indios a 200 leguas de [Buenos Aires]”¹⁰⁰. El propio gobernador no les creyó, alegando que no volvían a Chile por “querer practicar sus acostumbradas falsedades en las noticias que fingen”. Si bien este episodio no está relacionado al *Derrotero* de Rojas, si nos permite evidenciar, en primer lugar, como circulaba la información de un lado a otro de la Cordillera; segundo, que Chile seguía empeñado en encontrar los Césares; tercero, Díaz de Rojas no aparece mencionado, lo que sugiere que la Audiencia de Chile no le dio el visto bueno a su proyecto. Sin embargo, nos abre una nueva interrogante, ¿por qué, si fueron enviados desde Chile, los indígenas de Racal estaban cerca de Buenos Aires, tendrá relación con el informe de Silvestre Antonio Díaz? La respuesta en este punto, no puede ser afirmativa pues, como ya dijimos, no se hace alusión a este, sin embargo, no deja de ser sugerente que pueda existir una relación entre las noticias de Racal y los Césares de Rojas, aunque no tengamos como probar que así sea.

¹⁰⁰ Carta enviada al Rey por el gobernador don Bruno Zavala, 20 de septiembre de 1720, AGI, Chile, 153.

4. Análisis del Derrotero.

4.1 Pretensión de verosimilitud.

Como ya habíamos mencionado, Silvestre Antonio Díaz buscaba presentarse ante la Corte como un testigo objetivo de los Césares, para convencerlos de su versión: ¡él conocía el camino verdadero! Por ello, intenta consignar la mayor cantidad de información posible, para mostrar al monarca que él realmente recorrió dichas tierras. Este ejercicio es sumamente interesante, ya que, como nos explica Carolina Martínez: “Los relatos que se editan y circulan a partir de una experiencia de viaje operan (...) como mecanismos de traducción de aquellas nuevas culturas y espacios geográficos que solo se vuelven asibles al lector en la medida en que existe entre este y el viajero-testigo ese ‘saber compartido’”¹⁰¹. Hoy sabemos que el viaje de Silvestre Antonio es falso, pero en su época no todos lo pensaban, por lo que debemos tener presente esta idea. A través de la descripción del territorio, Rojas está dialogando con la Corona, le señala una *verdad*, de la cual, supuestamente, fue testigo objetivo.

Debemos tener en cuenta también que “las representaciones que Europa realizó de los mundos y sociedades no europeas constituyó un proceso dinámico en el que las mismas fueron constantemente modificadas tanto por los contextos de producción como por los objetivos y las percepciones de los actores en juego”¹⁰². En este caso, evidenciamos un doble objetivo en Rojas: por un lado, presentarse como el verdadero descubridor de los Césares, a la vez que se muestra como un testigo objetivo, alguien que realmente estuvo ahí. Como podemos ver, ambos están conectados.

Nos surge aquí la pregunta, ¿El hecho que él indicase que estuvo ahí, lo convierte en un testigo fidedigno? Al respecto, Juan Pimentel, en su libro *Testigos del mundo. Ciencia, literatura y viajes en la Ilustración*, nos indica que: “cuando un viajero relata lo que ha visto, su experiencia, la distancia entre lo verdadero y lo ficticio resulta un producto, una consecuencia de otro recorrido, el que hay entre un falsario y un hombre digno de crédito”¹⁰³. Así lo podemos evidenciar en el *Derrotero*, pues la descripción del paisaje y los indígenas puede considerarse como verdadera, mientras que su representación de la ciudad es falsa.

Pimentel nos dice también que: “La historia de las relaciones de viajes y las exploraciones geográficas en el Setecientos es, (...) la historia de cómo el sentido común y la imaginación colectiva hubieron de reajustarse y acomodarse ante los nuevos hechos”¹⁰⁴. Si bien nuestra fuente es de inicios del XVIII, vemos que no escapa a este proceso. Así lo deja en claro Enrique de Gandía, al decirnos que: “Un tal Silvestre Antonio de Rojas (...) describía la

¹⁰¹ Martínez, Carolina, “Expansión ultramarina, literatura de viaje y representación del otro en la *Histoire d’un voyage faitaux iles Malouines* (1770) de Joseph Antoine Pernety”, *Diálogo Andino*, N°9, 2016-https://scielo.conicyt.cl/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0719-26812016000100033

¹⁰² *Idem.*

¹⁰³ Pimentel, Juan, *Testigos del mundo. Ciencia, literatura y viajes en la Ilustración*, Madrid, Marcial Pons, 2003, p. 30.

¹⁰⁴ *Ibid.* p. 31.

Ciudad de los Césares en términos verdaderamente fantásticos; pero las autoridades nunca le dieron crédito”¹⁰⁵. Se vuelve a repetir la misma idea: el relato es poco creíble a los ojos de las autoridades, por lo que no es tomada en cuenta. En este punto, debemos precisar que, pese al rechazo de la Corte real, el *Derrotero* de Rojas tuvo una amplia difusión¹⁰⁶.

Las descripciones hechas por Rojas no solo responden a la idea de dar veracidad a su relato, sino que también dar instrucciones precisas a quienes no habían estado en dicho territorio. Recordemos que los reyes no habían visitado el continente, por lo que su conocimiento del territorio se basa en la información que les es entregada.

Bajo dicha lógica, Arndt Brendecke nos habla sobre las prácticas de adquisición del saber (así denomina un capítulo de su libro *Imperio e información. Funciones del saber en el dominio colonial español*) por parte de la Corona. En este capítulo, el autor pondera el rol que tuvieron los viajeros y, particularmente, las expediciones científicas a la hora de obtener información respecto a un territorio. De estos últimos, nos señala que: “Dos atributos los autorizaban a ello: por un lado, estaban en el lugar y por lo tanto eran portadores del *local knowledge*; por otro, usualmente eran representantes de la corona, es decir, uno de sus “ojos” y “oídos” bajo juramento”¹⁰⁷. La metáfora es sumamente explicativa: los exploradores eran los ojos y oídos del monarca en América; deben ser lo más objetivos posible, para que así el Rey conozca de mejor manera la realidad del Nuevo Mundo. Si aplicamos este análisis a nuestra fuente, llegamos a la conclusión que solo uno de los dos puntos se cumple. Silvestre Antonio, al “haber estado en los Césares”, se convierte en portador del saber local, él conoce el territorio, la ciudad y sus gentes. Sin embargo, no debemos olvidar que no cumple el segundo atributo, pues no fue enviado como explorador, sino que fue “secuestrado por los pehuenches y llevado a la ciudad”. Por lo tanto, no se vuelve un testigo de la Corte en América.

Agrega Elena Altuna que “el viaje pone en marcha un mecanismo interno de readaptaciones y adquisiciones de pautas culturales, expone al sujeto a su propia incompreensión de lo desconocido, lo enfrenta a sus límites y al límite que le imponen otros”¹⁰⁸. De esta forma, la idea del autor del *Derrotero* es informar y preparar a quienes vayan a emprender la expedición a la ciudad de los Césares. Rojas intenta retratar los parajes patagónicos, para que así dejen de ser desconocidos para los futuros expedicionarios. ¿Buscaba evitarles el proceso de readaptación que menciona Altuna? La evidencia parece que indicarnos que sí. Recordemos que Silvestre Antonio afirmaba haber vivido varios años entre los pehuenches, de los que se volvió su cacique, lo que nos lleva a decir que tuvo un proceso de adaptación

¹⁰⁵ De Gandía, Enrique, *Historia crítica de los mitos y leyendas de la Conquista americana*, p. 267.

¹⁰⁶ Couyoumdjian, Ricardo, “Manuel José de Orejuela y la abortada expedición en busca de los Césares y extranjeros”, p. 81.

¹⁰⁷ Brendecke, Arndt, *Imperio e información. Funciones del saber en el dominio colonial español*, Madrid, Iberoamericana Vervuert, 2012, p. 367.

¹⁰⁸ Altuna, Elena, “Introducción: relaciones de viajes y viajeros coloniales en América”, *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, año 30, N°60, 2004, pp. 9-23.

bastante rápido (sólo si tomamos su historia como cierta). Sin embargo, debemos considerar que su principal objetivo era que el rey le autorice a emprender su expedición para ocupar los Césares.

Debemos tener también en consideración los desconocidos que eran los territorios patagónicos para la Corona. Para ejemplificar este punto, tomemos en cuenta la *Descripción de la Patagonia y de las partes contiguas de la América del sur* publicada por el jesuita Tomás Falkner -personaje que ahondaremos más adelante- en el año 1774, en el que: “(...) se propone describir un reino desconocido en Europa apoyándose en su contacto directo con el territorio, que recorrió ampliamente durante los 38 años de su residencia en Sudamérica como sacerdote jesuita”¹⁰⁹. Hemos escogido esta cita en particular, escrita por Álvaro Fernández Bravo, pues da cuenta que, hacia fines del siglo XVIII, los territorios patagónicos aún no eran bien conocidos. Por lo tanto, creemos que Silvestre Antonio decidió aprovechar esta situación al dar descripción –por muy breve que fuese– de dichas tierras, para así poder ser tomado en cuenta, en una época en que la creencia en la ciudad de los Césares estaba en plena decadencia.

En resumidas cuentas, Silvestre Antonio nos muestra un espacio “ajeno al dominio colonial”¹¹⁰, que está habitado –y dominado– por distintos grupos indígenas. Si bien los números que presenta pueden parecer exagerados, no debemos descartar que sea un intento por llamar la atención de su receptor, el monarca. Podemos suponer que la idea de Rojas es incentivar al Rey a enviar un grupo a ocupar estos territorios, con él a la cabeza, y así poder cristianizar a las numerosas poblaciones ahí presentes; así como obtener las riquezas que supuestamente habían.

4.2 Mapa adjunto al Derrotero.

El Derrotero presentado por Rojas no solo contenía el informe escrito, sino que también contenía un mapa adjunto¹¹¹, el cual no llegó hasta nuestros días. Consideramos importante destacar este punto, en cuanto a que la cartografía, en palabras de Olaya Sanfuentes, es portadora de un significado y simbolismo que dialoga con la palabra escrita en las crónicas¹¹². En este punto, debemos tener presente que la autora hace referencia a los inicios de la expansión europea hacia el Nuevo Mundo, esto es, siglos XV y XVI, pero de igual manera

¹⁰⁹ Fernández, Álvaro, “Catálogo, colección y colonialismo interno: Una lectura de la “Descripción de la Patagonia” de Thomas Falkner (1774)”, *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, año 30, N°60, 2004, pp. 229- 249.

¹¹⁰ Carina Lucaioli utiliza esa denominación al referirse a la frontera del Chaco: “Paralelamente a la construcción del Chaco como **espacio ajeno al dominio colonial**, tierra de indígenas no dominados”. Lucaioli, Carina, “Construcción de territorios: Percepciones del espacio e interacción indígena y colonial en el Chaco austral hasta mediados del siglo XVIII”, *Antípoda. Revista de Antropología y Arqueología*, N°8, 2009. http://www.scielo.org.co/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1900-54072009000100006

¹¹¹ Urbina, Ximena, *La frontera de arriba*, p. 167.

¹¹² “Al mismo tiempo, estas imágenes son portadoras de un significado y simbolismo que dialoga coherente o paralelamente al discurso escrito de las crónicas que las albergan”. En Sanfuentes, Olaya, *Develando el Nuevo Mundo. Imágenes de un proceso*, Santiago, Editorial Universitaria, 2009, p. 22.

nos será útil para analizar nuestra fuente. En este caso, Silvestre Antonio utiliza dicho mapa para complementar su descripción del camino a seguir hasta los Césares. Si bien es difícil poder trabajar este punto desde la abstracción, podemos suponer un complemento entre la palabra y la imagen. A través de este, Silvestre Antonio muestra a sus lectores la realidad geográfica americana, a la vez que los hace partícipes de esta.

El sentido de los mapas es ser una representación de un territorio. En este caso, no está simplemente mostrando una *realidad*, sino que está creando una *verdad*. Este puede llegar a ser un análisis complejo, considerando que el mapa diseñado por Díaz de Rojas no ha llegado hasta nuestros días. Empero, esto último no impide que podamos entregar una explicación al respecto. Para ello, debemos considerar dos puntos importantes que mencionamos anteriormente: la descripción que entrega Silvestre Antonio sobre el territorio, y que la cartografía complementa lo escrito.

Luis de Lasa y María Teresa Luiz nos dicen que: “El examen de los elementos privilegiados en las representaciones cartográficas permite demostrar que su contribución a la localización de los componentes físicos y sociales del territorio fue clave en el proceso de construcción del conocimiento espacial de la Patagonia y en su representación cartográfica”¹¹³. Si bien este estudio se centra en la cartografía jesuita, nos entrega una pista para poder hacer nuestra interpretación, la cual a su vez permite aproximarnos de mejor manera al mapa de Rojas.

Los autores continúan diciéndonos que “la información recabada en las misiones (jesuitas) y en los viajes de exploración guiados por indígenas experimentados y su sistematización en textos verbales (...) y no verbales (...) posibilita considerar a estos materiales como el primer corpus de conocimientos sobre la región”¹¹⁴. Esta cita nos será sumamente útil en el campo teórico sobre la cartografía, pues de esta manera el mapa de Díaz de Rojas viene a ser el reflejo de los conocimientos que tenía acerca del territorio, o bien, de lo que otros le habían comentado acerca de este; no solo podía dejar por escrito el camino a recorrer hasta los Césares, sino que también debía plasmarlo en un mapa, para así demostrar que conocía dichas tierras.

Una forma de ejemplificar la situación anteriormente descrita la vemos en el mapa del jesuita Tomás Falkner, del año 1774, contenido en su obra *A description of Patagonia and the adjoining parts of South America*. El objetivo de dicha obra era, como ya lo habíamos adelantado, presentar una descripción del territorio patagónico, poco conocido en aquel tiempo. El mapa contenido en la obra pretendía ilustrar lo dicho por Falkner. Fabián Arias destaca que: “Entre los diversos campos de información que ofrece el mapa de Falkner, es posible destacar la referida a los caminos indígenas como una de las de mayor relevancia. No

¹¹³ De Lasa, Luis; Luiz, María Teresa, “Representaciones del espacio patagónico. Una interpretación de la cartografía jesuítica de los siglos XVII y XVIII”, *Cuadernos de Historia*, N° 35, Santiago, 2011. https://scielo.conicyt.cl/scielo.php?pid=S0719-12432011000200001&script=sci_arttext

¹¹⁴ *Idem*.

hay cartografía de la época que realice una referencia de similar valor”¹¹⁵. Este autor, además, destaca que entre las distintas influencias que tuvo Falkner estaba Silvestre Antonio de Rojas, cuyo relato, afirma, era conocido entre los jesuitas. A partir de esto último, podemos llegar a suponer que el contenido del mapa de Rojas era similar al del padre Falkner, en cuanto a que debió dejar especificada la ubicación de los distintos grupos descritos, junto con las dos ciudades. El grado de influencia que ejerció en Falkner es meramente suposición, pero no por ello debemos descartarlo del todo.

En este punto nos resulta menester realizar el nexo con la idea de verosimilitud mencionada en el apartado anterior, pues el mapa de Falkner apuntaba justamente a dar a conocer de mejor manera un territorio. De acuerdo con Fabián Arias, el jesuita se valió –cuando no podía penetrar en el territorio – de las noticias entregadas por indígenas y cautivos españoles. Así, estos se convertían en su fuente de información. En este punto no debemos obviar que: “En 1760, el P. Tomás Falkner publicaba un ‘Derrotero desde la ciudad de Buenos Aires hasta la de los Césares, (...)’ describiendo la ciudad casi con las mismas palabras que Silvestre Antonio de Rojas”¹¹⁶. Tenemos entonces, un primer acercamiento hacia la circulación del Derrotero, situación que abordaremos en detalle más adelante.

Cuando Arias habla del estudio hecho por el jesuita, menciona que: “Las parcialidades indígenas se ordenan según esta gran referencia que significan los Andes (...) Las parcialidades humanas se ordenarán según ese modelo geográfico determinante en pampeanos o pampas (...); cordilleranos o pehuenches; ribereños o (...) leuvuche; y los habitantes de Patagonia (...)”¹¹⁷. La frase es precisa al señalarnos el metódico trabajo hecho por Falkner para clasificar los pueblos de la región patagónica. Así, si comparamos este último punto con lo escrito por Díaz de Rojas, podemos llegar a suponer que en su mapa estaban igualmente señalados los pueblos indígenas que se encargó de describir. Sin embargo, consideramos que el mapa de Rojas debió ser menos detallado que el hecho por Falkner, pues como veníamos diciendo, el mapa de este último tenía un rigor científico, mientras que Silvestre Antonio Díaz nos dejó solamente un informe poco detallado sobre el camino a seguir a los Césares.

4.3 Buenos Aires y la Pampa.

El punto de partida del Derrotero es la ciudad de Buenos Aires. Su elección no es azarosa, pues sabemos que Díaz de Rojas vivió en ella. Aun así, cabe preguntarse ¿por qué podía ser factible llegar a los Césares desde dicha ciudad? Al respecto, debemos considerar el carácter marginal que dicha ciudad tenía dentro del Imperio español. Lockhart y Schwartz nos dicen que los márgenes eran aquellos territorios “caracterizados por (...) ausencia de indios

¹¹⁵ Arias, Fabián, “El mapa de Tomás Falkner, SJ, y su representación de la red de rastrilladas indígenas de la región de las Pampas y Patagonia (mediados del siglo XVIII)”, *Coordenadas, revista de Historia local y regional*, Año 1, N°1, 2014, p. 18.

¹¹⁶ De Gandía, Enrique, *Historia crítica de los mitos y leyendas de la conquista americana*, p. 269.

¹¹⁷ Arias, Fabián, “El mapa de Tomás Falkner”, p. 18.

sedentarios, de plata, de inmigración masiva, desarrollo tardío y gradual”. Asimismo, también nos aclaran que: “Hacia 1560 o 1570 (...) México y Perú eran el núcleo, y todo lo demás, (...) eran los márgenes”¹¹⁸.

Este cuadro se presenta bastante general, pues con él, prácticamente toda la América española estaba compuesta por márgenes, contando así solo con dos centros prósperos. Para el caso de Buenos Aires, Lockhart y Schwartz nos plantean que, a fines del siglo XVI e inicios del XVII, el puerto de esta ciudad sirvió para el comercio de la plata proveniente desde Potosí, lo que nos da a entender que tenía cierta importancia. Sin embargo, nos destacan que estaba habitado mayoritariamente por comerciantes portugueses, lo que viene a reforzar el carácter marginal que le dan a la ciudad de Buenos Aires.

En este punto debemos considerar que los márgenes “no eran un desierto permanente desprovisto de potencialidades, sino la porción del hemisferio en la que los ibéricos no estaban interesados en un momento dado”¹¹⁹. En este caso, estos territorios irán adquiriendo importancia a medida que llegan noticias de los Césares.

No debemos olvidar que los españoles llegaron a América buscando oro, el que encontraron en los dos grandes imperios del continente, Azteca e Inca. Entonces, ¿por qué no podría haber oro en otras partes del continente? La respuesta más evidente para los españoles era que sí, especialmente en territorios que aún les eran desconocidos, en los que, si bien no se había hallado oro, tampoco era del todo descartable que sí hubiese. Esto último hace que sea factible lo que asevera Rojas.

A lo largo de sus descripciones, Silvestre Antonio hace alusión al oro. El objetivo es claro: si no logra convencer a la Corona de ir a conquistar la ciudad, al menos podrá persuadirlos para ir a buscar el oro en dichos territorios. De cualquier forma, se está asegurando de centrar la atención del monarca en aquellas tierras. Esto no hace más que reforzar lo dicho por Patricio Estellé y Ricardo Couyoumdjian respecto a que el lucro fue uno de los motivos para la búsqueda de la ciudad de los Césares en el siglo XVIII. Los metales preciosos no son ajenos al imaginario de Díaz de Rojas. Este intuye que el interés material y la ocasión del lucro pueden despertar la atención de la Corte de Madrid. Además, Rojas da a entender que, aunque no lleguen a la ciudad, su empresa no sería un fracaso, pues pueden obtener oro de las tribus indígenas aledañas de la región misma.

En este punto nos cabe recordar que la ciudad de los Césares nace como una leyenda áurea. De acuerdo con Enrique de Gandía, “César y sus compañeros debieron oír de los indios de las Pampas de San Luis y Mendoza, la historia del Inca y de los pueblos peruanos, ricos en oro y plata”¹²⁰. Al respecto, podemos decir que la leyenda de los Césares y el ansia de riquezas – sean oro, plata o ambas – van de la mano. Esta idea nos lleva a aseverar que Díaz

¹¹⁸ Lockhart, James; Schwartz, Stuart, *América Latina en la Edad Moderna*, p. 237.

¹¹⁹ *Ibid.* p. 239.

¹²⁰ De Gandía, Enrique, *Historia crítica de los mitos y leyendas de la conquista americana*, pp. 251-252.

de Rojas no solo utiliza las “riquezas de la región” como un recurso para llamar la atención de sus lectores, sino que también lo hace para acercarse a la tradición de la creencia.

Cómo podemos apreciar, el oro aparece asociado a los Césares. Entonces, ¿Por qué situarlo en una zona que carece de oro? Desde luego, debemos precisar que para los españoles existía la posibilidad de encontrar oro. La Pampa era un territorio de frontera, en el que “sitúa el hombre todos sus anhelos y también todos sus miedos”¹²¹. Tomando la idea de Juan Gil, los territorios de frontera eran aquellos en que el hombre situaba sus sueños y esperanzas, es decir, la posibilidad de encontrar riquezas, pero al mismo tiempo están los miedos presentes. En este caso, el temor estaba constituido por la presencia de indígenas no domados y el peligro de asentamientos de potencias extranjeras, en un territorio inhóspito y que no estaba ocupado por el Imperio español.

En efecto, el fresco recuerdo de las riquezas de los dos grandes imperios del continente alimentaba las ansias por repetir dichas experiencias. Surge entonces la pregunta, ¿No podía estar el oro en aquellos territorios desconocidos? Para los españoles era perfectamente posible, en cuanto a que habían fijado dicho anhelo en aquel territorio. Respecto a esto último, Enrique de Gandía nos dice que: “Quienes se engañaban eran los mismos españoles: en cualquier noticia que daban los indios, ellos veían los Césares”¹²². Para los españoles y su imaginario, los Césares eran factibles en la Patagonia: no podían aceptar inverosimilitud.

4.4 Puelches y pehuenches.

Como pudimos apreciar en el acápite anterior, Rojas nos presenta en un primer momento a indígenas peligrosos, que suelen atacar a quienes pasen por sus territorios. Esto no es algo azaroso, pues el mismo Silvestre – según su propio relato – fue atacado y secuestrado por un grupo de pehuenches mientras se encontraba “haciendo una vaquería con Juan Ladrón de Guevara”. Así, podemos indicar que Rojas está advirtiendo a la Corte de la existencia de este grupo indígena, el cual podía ser hostil, pudiendo representar así un problema para ellos.

Sin embargo, podemos evidenciar que no todos los indígenas de la zona representaban un peligro para los españoles. De hecho, muchos naturales estaban dispuestos a colaborar con ellos. Incluso, en algunos casos, podemos apreciar una clara dualidad, como es el caso de los mujuluques, a quienes muestra como belicosos, pero amigables a la vez, la perfecta combinación para poder avanzar tranquilos por territorios hostiles. Mientras que, para el caso de los indígenas pacíficos, nos muestra a los chiquillanes, quienes serían una tribu tranquila y dócil. ¿Podríamos concluir al respecto que la descripción está pensada para dejar tranquilos a sus lectores en vista de posibles costos adicionales relacionados con la belicosidad de los habitantes de dicho territorio?

¹²¹ Gil, Juan, “De los mitos de las Indias”, en Bernard, Carmen (compiladora), *Descubrimiento, conquista y colonización de América a quinientos años*, México, FCE, 1994, p. 266.

¹²² De Gandía, Enrique, *Historia crítica de los mitos y leyendas de la conquista americana*, p. 267.

Es también destacable la mención que hace de indígenas cristianos. La idea es señalar que existen nativos civilizados, los cuales aceptan y adoptan el cristianismo como fe. Esta distinción no es algo casual, pues deja en claro, primero, que la actividad misionera en la región estaba dando frutos, y segundo, que aquella labor debía continuar. Por lo tanto, se desprende que llevar adelante la empresa de conquista de los Césares es también el punto de partida para llevar la palabra de Cristo a aquellos indígenas. Recordemos también que, en paralelo, se estaban llevando a cabo las misiones en el lago Nahuelhuapi, por lo que no era de extrañar que hubiese tribus indígenas evangelizadas.

En el informe de Rojas podemos ver una clara separación entre indígenas cristianos y paganos. Esta corresponde a una concepción propia del mundo medieval, en que el *Orbis Cristianus* era separado del *Orbis Paganus*. El primero era el mundo racional, de los seres humanos, mientras que el segundo era el de los monstruos¹²³. Pese a lo anterior, debemos resaltar que, en primer lugar, en este caso no hay seres sobrenaturales, sino que son seres humanos, y que, en segundo lugar, la mayoría de los indígenas se presentan como pacíficos. Sin embargo, debemos hacer notar que se presenta como belicosos a aquellos que no son cristianos, lo que da cuenta de la supervivencia – al menos en parte – de aquella tradición. España no dejó de ser un país católico, por lo que no es de sorprender que dicha mentalidad se mantenga aún *ad portas* del llamado *Siglo de las luces*.

De acuerdo con Guillermo Wilde, los jesuitas de Paraguay – caso que él trabaja – hicieron una distinción similar a la descrita anteriormente, distinguiendo a los indígenas cristianos de aquellos que no lo era. ¿Cuál era el objetivo de esto? Para este autor, “la ‘República Jesuítica del Paraguay’ fue imaginada desde sus inicios como un espacio cristiano prístino representado por una obediente observancia ritual y laboral, que contrastaba radicalmente con un exterior caótico (...) Por definición, los llamados ‘indios infieles’, (...) debían perturbar de manera constante y sistemática el orden social de las reducciones”¹²⁴. Si bien aquí se aborda un caso de Paraguay, nos es útil para explicar la distinción hecha por Silvestre Antonio, en cuanto a que los indígenas cristianos son amigos de los españoles, mientras que los que no lo son representan un peligro. De cualquier manera, es necesario precisar que no todos los naturales sin evangelizar eran peligrosos: algunos podían llegar a ser potenciales aliados.

Volviendo sobre los indígenas, resulta menester hacer mención de un grupo particular: los pehuenches. Respecto a estos, Silvestre Antonio nos presenta una descripción bastante detallada, pues nos habla de las armas que usan, con la intención de mostrarlos como un pueblo belicoso. Además, nos entrega un elemento central: estos indígenas mantienen comercio con la ciudad de los Césares, buscando dar así mayor sustento a su relato.

¹²³Rojas Donat, Luis, *España y Portugal ante los otros*, Talcahuano, Ed. Biobio, 2002, p. 35.

¹²⁴ Wilde, Guillermo, “De las crónicas jesuíticas a las etnografías estatales: realidades y ficciones del orden misional en las fronteras ibéricas”, en *Nuevo mundo, mundos nuevos*, Debates, 2011.

De acuerdo a lo expuesto por Sergio Villalobos, en su libro *Los pehuenches en la vida fronteriza*, después de los primeros años de conquista, hubo una relación pacífica entre españoles y pehuenches, en la que predominó el entendimiento. No obstante, el autor nos aclara también que este entendimiento era precario, y que no pocas veces se rompió. Incluso podía darse el caso que combatieran entre ellos mismos, por lo que no es de extrañar su carácter bélico. Se dedicaban también al pillaje, y en algunas ocasiones, se aliaban con los puelches para saquear las ciudades de Buenos Aires y Cuyo¹²⁵.

Siguiendo a Alfred Tapson, es posible atribuir a los pehuenches una importancia histórica, pues controlaban los pasos por los cuales los araucanos entraban a las planicies del otro lado de la Cordillera¹²⁶. El mismo autor nos explica también sobre cómo estos fueron un aliado importante para la ciudad de Mendoza, ayudándolos a frenar a otros grupos de indígenas¹²⁷. Así, podemos apreciar que la descripción presentada por Silvestre Antonio no está tan alejada de la realidad. Su idea es mostrar a estos naturales no como un grupo unificado, sino más bien fragmentado, quienes en algunos casos podían ser un aliado importante, mientras que, en otros, eran un enemigo peligroso.

Por otro lado, Rojas nos habla que los puelches son “indios muy crecidos y corpulentos y tienen los ojos muy pequeñitos, son pocos en número [...] Son muy parciales y amigos de los españoles y desean mucho el tener tratos con ellos”. Esta descripción es totalmente distinta a la anterior, pues, a diferencia de los Pehuenches, estos últimos no son un grupo numeroso ni agresivo. Sin embargo, ambos tienen un elemento en común, que es el comercio con los españoles, con la salvedad del comercio pehuenche con los Césares. Respecto a esto último, Lidia Nacuzzi nos habla de los cambios políticos, económicos y sociales que se dieron en el mundo de frontera durante el siglo XVIII, destacando que: “Los grupos indígenas fueron protagonistas muy activos: adoptaron y/o adaptaron diversos bienes, negociaron, intercambiaron, brindaron y exigieron servicios a ‘los blancos’ en una relación bastante igualitaria, lo que los transformó en protagonistas no secundarios de ese contacto”¹²⁸. Esto nos indica la importancia que van adquiriendo los indígenas como informantes en el período, a la vez que da pie para una explicación a la descripción hecha por Rojas sobre los distintos pueblos nativos de la región, en la que es viable que esté intentando convencer a la Corona del potencial comercial de los pueblos de aquellas regiones. No obstante, en este caso nos inclinamos a pensar que la intención de Rojas es posicionarse como un testigo objetivo de

¹²⁵ Villalobos, Sergio, *Pehuenches en la vida fronteriza*, Santiago, Ediciones Universidad Católica de Chile, 1989, pp. 43-59

¹²⁶ “The Pehuenches, of historical importance because they controlled the passes through which the Araucanians of Chile entered the plains, occupied a small zone in the Andean foothills” Tapson, Alfred, “Indian warfare on the Pampa during the colonial period”, *The Hispanic American Historical Review*, Vol.42, N° 1, 1962, pp. 1-28.

¹²⁷ *Ibid.* p. 25.

¹²⁸ Nacuzzi, Lidia, “Los grupos nómades de la Patagonia y el Chaco en el siglo XVIII: Identidades, espacios, movimientos y recursos económicos ante la situación de contacto. Una reflexión comparativa”, *Chungara*, Vol. 39, N°2, 2007. https://scielo.conicyt.cl/scielo.php?pid=S0717-73562007000200005&script=sci_arttext

dichos territorios. Sin embargo, no podemos dejar de mencionar que, a lo largo de su relato, Silvestre Antonio nos presenta a una serie de indígenas que no aparecen en ninguna otra fuente que conozcamos, ni en la bibliografía revisada, tales como los Mujuluques o los Pichiguiles. ¿Por qué lo habrá hecho? Quizás, lo hizo para exagerar el número de indígenas presentes en la región, y así resaltar las dificultades que había para llegar hasta la ciudad de los Césares. Esto, teniendo presente que el objetivo de Rojas es conseguir más gente para ir a la ciudad de españoles.

Los puelches serían el último grupo retratado por Silvestre Antonio antes de presentarnos la Ciudad de los Césares. Respecto a esta, es destacable que presenta en su relato las ciudades de españoles e indígenas como dos realidades no excluyentes entre sí. A continuación, analizaremos las descripciones de sus gentes.

4.5 Las dos ciudades: indígenas y españoles.

La descripción de los “césares indios”, en la que Rojas destaca, y exagera la altura de estos, nos recuerda a los relatos sobre gigantes, tan comunes desde los primeros años de la conquista americana, como cuando fueron descritos por Antonio Pigafetta durante el viaje de Magallanes y Elcano¹²⁹. La existencia de gigantes fue una creencia generalizada, tanto en el mundo medieval como en el ya referido período de Conquista y período colonial¹³⁰. Esto es un claro indicador de cuánto puede llegar a pervivir una creencia. Además, es un claro ejemplo de los conceptos de *verdad* y *realidad* planteados por Isabel Soler. La tradición, es decir, la *verdad*, dictaba que debían ser gigantes, por su descomunal altura, mientras que la *realidad* nos señala que eran más altos, mas no para ser los gigantes de las mitologías europeas.

La referencia a los gigantes patagones se había vuelto ya un tópico recurrente en las descripciones acerca de ese territorio. Silvestre Antonio no hace más que reproducir esta antigua tradición. Al respecto, Marisa Gonzáles nos cuenta que existía una disputa acerca de la existencia de los gigantes, “hasta el punto de que también se había hecho clásica la recopilación de autores a favor y en contra de la existencia de los gigantes”¹³¹. Tomando esto en cuenta, debemos clasificar a Rojas dentro de los autores que están a favor de la existencia de estos seres fantásticos. Lo interesante es que, en su relato, no realiza la clásica comparación entre indígenas gigantes y españoles, sino que simplemente asevera que: “son muy grandes para andar a caballo”. Pareciera ser que intenta alejarse – al menos en parte – de ese tipo de relatos, para ofrecer algo menos fantástico.

¹²⁹ “Fue sin embargo Pigafetta (...) el primer y principal artífice de la divulgación de la leyenda”. En Montero, Marisa Gonzáles, *La ilustración y el hombre americano: descripciones etnológicas de la expedición Malaspina*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 1992, p. 61.

¹³⁰ De Gandía, Enrique, *Historia crítica de los mitos y leyendas de la conquista americana*, pp. 27- 32.

¹³¹ Gonzáles, Marisa, *La ilustración y el hombre americano*, p. 63.

Estos gigantes mantenían en general, buenas relaciones con los europeos. Jean Favier describe de manera clara los primeros contactos de la expedición de Magallanes con los pueblos patagónicos: “Después de haber encontrado caníbales en Brasil, he aquí que encuentran ahora gigantes de habla gutural. Unos y otros hacen buena compañía a los marinos”. Con ambos grupos hubo intercambio de regalos, pieles en el caso de los patagones. Incluso, bautizaron a uno de ellos¹³².

Si bien esto último se escapa del marco temporal de nuestro análisis, nos sirve para comprender que existía una buena relación entre ambos grupos. Por lo mismo es que Silvestre Antonio indica que “dichos indios Césares es gente mansa y apacible”. Una vez más, el informe de Rojas se adapta a la tradición existente respecto a los territorios australes del continente y sus gentes.

Es destacable que trate a los indios como los “verdaderos Césares”, aclarando que, para él, los españoles no son sino náufragos – o bien exploradores perdidos – que dieron con aquella ciudad: “Llámanlos así porque están y habitan junto al río que sale del valle adonde habitan los indios Césares”. En este punto, no solo confluye una tradición – como lo es la existencia de Césares españoles e indígenas – sino que la está cuestionando, al mismo tiempo que se inclina por una de ellas. Si bien no podemos ofrecer una respuesta única y certera de esta elección, podemos aproximarnos a una explicación a partir del contenido mismo del *Derrotero*.

La Patagonia es un territorio que durante el período colonial no fue efectivamente poblado por españoles. Aunque hubo intentos de poblar los territorios, estos no prosperaron, como fue el caso de las dos colonias fundadas por Pedro Sarmiento de Gamboa en el estrecho de Magallanes, en el año 1584. El clima del territorio era bastante hostil, y algunas naves naufragaron en el Estrecho. Tal es el caso de la Armada del obispo de Plasencia. Sin extendernos mayormente en este episodio, Gutierre de Carvajal, el ya nombrado obispo, “envió una escuadra de tres naves para poblar el Estrecho, tarea encomendada a frey Francisco de Ribera. Ya dentro de él, en medio de una tormenta, una de las naves logró volver al Atlántico y regresó a España; otra salió al Pacífico y no se supo más de ella; y una tercera naufragó, dejando abandonadas en la orilla norte del Estrecho a 150 personas”¹³³. Justamente, este naufragio es considerado uno de los antecedentes de la creencia en la ciudad de los Césares. Esto último lo explican claramente Patricio Estellé y Ricardo Couyoumdjian, quienes comentan que “la versión más repetida decía que se habían internado por la zona cordillerana hasta llegar a una gran laguna y que luego de tener serios encuentros con los

¹³² Favier, Jean, *Los grandes descubrimientos. De Alejandro a Magallanes*, Fondo de Cultura Económica, México, 1995, p. 433.

¹³³ Urbina, Ximena, “El significado del Estrecho de Magallanes entre los siglos XVI y XVIII y su efecto en la prefiguración de Aysén”, *Aysenología*, 5, 2018, pp. 43-50.

naturales habían concluido por mezclarse con ellos”¹³⁴. Entendemos, gracias a esta cita, que esta creencia había sido difundida.

¿Podemos, a partir de lo anterior, intuir que, en realidad, los “verdaderos Césares” eran los indígenas? La palabra misma es de carácter ambigua, pues solo podemos dotarle un grado de veracidad a partir de los testimonios entregados por los supuestos náufragos. Siguiendo con esta idea, Estellé y Couyoumdjian nos cuentan que, en el año 1563¹³⁵, sobrevivientes de la nave capitana llegaron a Concepción, afirmando haberse ido a vivir con un grupo de incas. Dan cuenta en este punto de los tesoros que poseían en la ciudad¹³⁶. A esto debemos sumarle los otros dos antecedentes, es decir, lo visto por César, y la expedición de Diego de Almagro.

Estos tres episodios nos dan cuenta de una ciudad de oro, que es habitada por indígenas. Si se coloca en dichos términos, no parece tan descabellado que Silvestre Díaz considere a estos como los “verdaderos Césares”, mientras que los españoles se habrían llegado a asentar en el territorio. No obstante, Rojas no hace mención del origen de estos náufragos, solo explica que “dieron con esta costa perdida”, sin dejar explícito si eran estos náufragos, pues era más lógico que los indígenas tuvieran el oro a que los náufragos lo hayan conseguido. Por consiguiente, la respuesta a la pregunta planteada en el párrafo anterior sería sí, los indígenas serían los “verdaderos Césares”, pues los náufragos españoles llegaron a asentarse en su territorio, asociándose con ellos.

Consideramos pertinente explicar que los indígenas que describe Rojas no son incas como se había pensado producto de un grupo que habría huido al sur ante la avanzada de la hueste de Diego de Almagro hacia Chile. Antes, parecen ser nativos del territorio. Ya habíamos mencionado que se asemejaban a los gigantes, a los cuales, desde Pigafetta, se les relaciona a aquellos parajes patagónicos. En este punto, debemos tomar en consideración lo dicho por el antropólogo James Clifford, quien nos presenta de manera clara el panorama vivido por los patagones. Según este autor, antes de la llegada de los españoles, estos grupos eran cazadores, subsistiendo de la caza de guanacos y ñandús. Esto cambió con la llegada de los españoles, quienes introdujeron especies propias de su mundo, tales como el caballo, el ganado vacuno y bobino. Esto modificó radicalmente el estilo de vida de las poblaciones nativas. Así, por ejemplo, ya no se dedicaban a cazar a pie, sino que lo hacían a caballo. Además, con la introducción del ganado europeo, estos grupos dejaron su estilo de vida nómada, pues ya no era necesario perseguir a sus presas de acuerdo con las estaciones del año¹³⁷.

¹³⁴ Estellé, Couyoumdjian, “La ciudad de los Césares: orígenes y evolución de la leyenda”, pp. 283-309.

¹³⁵ Ellos dataron en ese año la llegada de Cobos y Oviedo a Concepción. Sin embargo, la fuente recopilada por Medina, dice que fue en el año 1567.

¹³⁶ *Ídem*.

¹³⁷ Clifford, James, “Salvajes y españoles: las transformaciones de los nativos”, en Weber, David, *Los españoles y sus salvajes en la era de la Ilustración*, Editorial Crítica, Barcelona, 2007, p. 101.

Jorge Hidalgo también nos habla sobre el estilo de vida nómada de los indígenas de la Pampa y Patagonia. Este autor enfatiza que: “En términos de organización económica, pueden distinguirse dos tipos principales: el ona y el tehuelche. Este último adoptó el caballo pronto después de la llegada de los españoles y de ahí se generalizó la caza colectiva mayor empleando boleadoras y lanzas. El modelo de subsistencia tipo-onas enfatizaba más la caza menor y la pesca”. Nos aclara también que: “Los onas habitaban la isla principal de Tierra del Fuego; el continente era la región natural de los tehuelches o patagones”¹³⁸. Así, tanto Clifford como Hidalgo nos presentan una imagen clara del estilo de vida de los pueblos del sur del continente, donde la llegada del español – y la consecuente introducción del caballo – cambiaron los modos de vida de dichos pueblos, siendo la excepción, siguiendo a Hidalgo, el grupo de los onas, el cual mantuvo su forma de vida nómada.

La descripción hecha por Díaz de Rojas se adecua bastante al panorama trazado por James Clifford e Hidalgo. Así, para Rojas, los indios Césares son un grupo sedentario, que vive de la caza del guanaco, bastante abundante en la zona. Esta descripción nos muestra la imagen de un pueblo cuyo modo de vida no ha sido del todo alterado por la introducción de los modos de vida hispanos, pues si bien viven en ciudades, aún mantienen la caza de animales autóctonos de la región. Por ende, podríamos situar a estos “indios Césares” en una posición intermedia dentro de los grupos descritos por Hidalgo, pues su estilo de vida fue alterado, pero de manera relativa. Creemos que Rojas lo hizo deliberadamente así, con la idea de convencer al monarca de incorporar a sus territorios a estos indígenas que aún mantienen modos de vida “bárbaros”. En este fragmento no se menciona el culto de estos, por lo que no podemos saber si mantenían aún su antigua religión, o si el cristianismo penetró en su comunidad. De manera preliminar podemos suponer que sí, considerando la cercanía de estos con la población de españoles, pues si estos evangelizaron indígenas de la zona, ¿Por qué no se habrían dado el tiempo de evangelizar los Césares? Empero, y sin mayores antecedentes, este punto deberá quedar en mera suposición.

Por otro lado, Rojas nos presenta la ciudad de españoles, que se halla frente a la ciudad de indígenas. De acuerdo a lo ya mencionado, estos no serían “Césares”, sino un grupo de españoles que llegaron hasta esos territorios. Su descripción ha sido abordada previamente por la historiografía, haciendo énfasis en que Rojas presenta una ciudad ideal, en donde la gente solo muere de vieja¹³⁹.

Analizar las descripciones de la ciudad de españoles, presentadas por Díaz de Rojas, es un ejercicio sumamente interesante. Nadie más ha estado en esta ciudad, por lo que Silvestre Antonio hace la comparación con la ya conocida Buenos Aires. Si tomásemos en este punto los preceptos urbanos presentados por Richard Morse, veríamos aquí una ciudad que se

¹³⁸ Hidalgo, Jorge, “Los indios de América del Sur meridional a mediados del siglo XVI”, en Bethell, Leslie (ed), *Historia de América Latina, Tomo I: América Latina colonial: La América precolombina y la conquista*, Editorial Crítica, Barcelona, 1990, p. 96.

¹³⁹ Bayo, Ciro, *Los césares de la Patagonia*, p. 197.

construyó de manera pragmática, dado que se adapta a la realidad geográfica¹⁴⁰. Creemos que con esto busca demostrar que el territorio no es del todo inhóspito, y que una futura expedición de conquista podría acomodarse a las inclemencias de dichas tierras.

Este modelo de ciudad representa el ideal buscado desde los inicios de la Conquista ¡Han logrado reducir y convertir a los indígenas! Este sería el escenario ideal para cualquier español: desde el monarca, que vería en esta ciudad su sueño realizado de indígenas dóciles y civilizados, hasta un misionero, cuya aspiración de llevar a las “pobres almas” indígenas a la gloria de Cristo estaría siendo realizado en este lejano lugar.

En la idoneidad de la descripción de Rojas también se incluyen los posibles intereses de otros españoles, pues destaca también que: “Tiene dicha ciudad por la parte del poniente y del norte la Cordillera Nevada, en la cual han abierto muchísimos minerales de oro y de cobre, y siempre están continuamente labrando en dichos metales ricos”. Alude aquí a aquellos que buscan obtener grandes fortunas.

A grandes rasgos, la descripción de la “ciudad de españoles” resulta idílica. En ella, el autor del *Derrotero* plasma lo que debiese ser una ciudad ideal, empero se adapta a la realidad propia de los territorios patagónicos, para así no perder su posición como testigo objetivo. Richard Morse afirma que: “La unidad urbana era un microcosmos donde se reproducía el orden imperial eclesiástico más amplio, y en el cual la responsabilidad de su buen funcionamiento no pesaba sobre las conciencias individuales, sino sobre el arbitrio de las élites burocráticas, latifundistas y eclesiásticas”¹⁴¹. De acuerdo con esta cita, el objetivo de la ciudad hispanoamericana sería replicar, en una escala más pequeña, el orden imperial. Si aplicamos este modelo a nuestro caso, notaríamos la necesidad de considerar a la ciudad descrita por Rojas como una excepcionalidad, pues esta no forma parte- al menos no de manera oficial- del Imperio español. Aun así, nos es posible dilucidar un “buen arbitrio” de las autoridades eclesiásticas, quienes, siguiendo el relato de Rojas, lograron evangelizar un grupo de indígenas, creando así una suerte de armonía en la comunidad.

Además de las descripciones anteriores, podemos notar en el *Derrotero* un ideal de abundancia, pues parece que nada falta a los grandes propietarios de tierras aledañas a los Césares. Silvestre Antonio asemeja esto a un Paraíso terrenal, lo que no deja de ser sugestivo, pues este último ya no sería este un lugar lejano e inaccesible, sino un territorio ubicado en plena Patagonia, y más importante aún: ha sido alcanzado por los españoles. Llama la atención que este no es el Paraíso terrenal al que estamos acostumbrados, aquel tan mencionado en la literatura medieval, sino que es una ciudad española, hecha por manos humanas, que funciona gracias a la armonía de sus partes. Luego de compararla con el paraíso

¹⁴⁰ Morse, Richard, “El desarrollo urbano de la Hispanoamérica colonial”, en Bethell, Leslie (ed.) *Historia de América Latina Vol. 3: América Latina colonial*, Editorial Crítica, Barcelona, 1990, p. 17.

¹⁴¹ *Ibid.* p. 19.

terrenal, procede a nombrar los distintos árboles que ahí crecen. Este punto no es tan alejado de las antiguas ideas sobre el Paraíso.

Cabe aquí preguntarnos: ¿por qué relacionar los Césares al Paraíso? Sabemos que este último apareció en la cartografía medieval asociado al lejano oriente, lugar poco accesible para Occidente durante dicha época. Caso similar ocurría con la Patagonia en el período colonial, cuya accesibilidad era más que limitada. Empero, en aquel entonces, la Patagonia no era vista como un lugar idílico. De hecho, se presentaba como inhóspito, especialmente si consideramos los naufragios. Volviendo a las descripciones de Rojas, en ellas no observamos la inclemencia y peligrosidad. Se nos presenta un espacio ameno para vivir, con abundancia de recursos y buen clima. ¿Será esto parte de la tradición de este tipo de leyendas?

Hacia el final de su relato, Rojas deja establecido su propósito: conseguir autorización para ir a ocupar estas ciudades y aprovechar las vastas riquezas y la vida idílica que ofrece, características sobre las cuales no exagera, pues las presenció en persona.

4.6 Circulación del Derrotero:

Nos centraremos ahora en la difusión que tuvo el Derrotero de Silvestre Antonio, principalmente en el continente americano. Nos detendremos en el informe anónimo publicado en 1740, la carta del padre jesuita José Cardiel dirigida al gobernador de Buenos Aires, de 1746, el Derrotero a los Césares escrito por Tomás Falkner en 1760, y el diario del explorador José de Moraleda, del año 1796, así como las alusiones a Díaz de Rojas en crónicas e informes oficiales del Reino de Chile. Salvo ciertas menciones, no se ha abordado la relación que tienen con lo dicho por Díaz de Rojas. Nuestra intención es analizar estos documentos con el objetivo de encontrar influencias del ya mencionado informe de Silvestre Antonio de Rojas.

En este punto nos tomaremos de las ideas presentadas por Roger Chartier, en su libro *El orden de los libros*. Este autor nos señala, tomando lo dicho por Michel de Certeau, que “un texto solo existe porque hay lectores que le dan un sentido”¹⁴². Siguiendo la línea argumental de Chartier, debemos considerar que existe una relación autor-libro-lector, en la que establecen canales de comunicación entre la intencionalidad del autor y la interpretación del lector. Son estos dos puntos los que dan importancia al libro.

Lo esencial, dice Chartier, es entender que “el mismo texto puede ser aprehendido, manipulado y comprendido, de diferentes maneras”¹⁴³. Cobran aquí una mayor importancia los lectores, ya que ellos son los que dan distintas interpretaciones a lo que leen.

¹⁴² La frase en inglés dice: “(...) a text exists only because there is a reader to give it meaning”, en Chartier, Roger, *The order of books. Readers, authors and libraries in Europe between the fourteenth and eighteenth centuries*, Stanford, Stanford University Press, 1994, p. 2. Traducción propia.

¹⁴³ “What is essential is thus to understand how the same texts can be differently apprehended, manipulated and comprehended”, *Ibid.* p. 8. Traducción propia.

A continuación, nos proponemos a analizar a quienes leyeron, o bien, conocieron el *Derrotero* de Rojas. Si reflexionamos sobre esto, a partir de los postulados previamente mencionamos, debemos considerar a los distintos lectores de dicho informe y cómo se posicionaban en torno a él. La respuesta puede llegar a ser bastante amplia, tomando en cuenta los distintos actores a analizar, además de su marco temporal, abarcando prácticamente toda la segunda mitad del siglo XVIII. Siempre valoramos que la historia no es estática, y las formas de pensamiento fueron cambiando en dicho período de tiempo.

4.6.1 El informe anónimo (1740)

Nos detendremos, en primer lugar, en un informe impreso en el año 1740. De acuerdo con Patricio Estellé y Ricardo Couyoumdjian, probablemente fue fechado en el ya mencionado año, en la ciudad de Buenos Aires, lo que sugiere que el *Derrotero* tuvo una buena acogida en dicha ciudad. Casi nada se menciona acerca de este informe: solo sabemos que es anónimo, y que Ángelis lo incluyó en su *Colección de obras y documentos relativos a la Historia Antigua y Moderna de las provincias del Río de la Plata*. Tomo primero, en 1836, junto al *Derrotero* de Rojas; además que, según Estellé y Couyoumdjian: “Este informe comenta el derrotero de Silvestre Díaz de Rojas y las objeciones hechas a él, considerando las noticias allí consignadas como posibles”¹⁴⁴. Esto nos indica que su autor conocía bien el *Derrotero*, así como las diversas opiniones que se generaron en torno a este.

¿Por qué su autor habrá decidido ocultar su identidad?; ¿Habrá sido para evitar que se supiera que él creía en los Césares? No podemos saberlo, aunque descartamos que haya sido para evitar dar a conocer su creencia en los Césares, pues esto era común en la época. ¿Lo habrá hecho para que nadie supiera que daba por cierto lo dicho por Silvestre Antonio? En este punto, tenemos más preguntas que respuestas. Para entender de mejor manera este informe, procederemos a analizarlo.

Respecto al *Derrotero*, afirma que: “Los más tienen por falso lo que contiene dicho informe. No me empeño en justificarlo; pero me inclino á [sic] que es cierto lo principal, de haber tal ciudad de españoles, mas hácia [sic] Buenos Aires, ó [sic] el Estrecho de Magallanes”¹⁴⁵. Aquí declara que, para él, lo dicho por Díaz de Rojas es cierto, aunque a la vez presenta ciertas dudas respecto al mismo. Ante esto nos surge la pregunta: ¿Qué es lo que no “justifica”? La respuesta no es sencilla, pues ya afirmó que lo dicho por él es verdad, por lo tanto, no estaría engañando a nadie. No sabemos si conocía la respuesta dada por el jesuita Ignacio Alemán, en la que tenía por menos los fundamentos de Rojas.

Resulta curiosa esta declaración inicial, siendo que más adelante afirma que: “Silvestre Antonio de Roxas no es nombre supuesto; porque D. Gaspar Izquierdo afirma que lo conoció en Cádiz, en tiempo que le comunicó en substancia lo mismo; y se lamentaba del poco caso

¹⁴⁴ Estellé, Couyoumdjian, “La ciudad de los Césares: origen y evolución de una leyenda”, p. 291.

¹⁴⁵ Informe anónimo 1740, en Angelis, Pedro, *Colección de obras y documentos relativos a la historia antigua y moderna de las provincias del Río de la Plata*, Tomo primero, Buenos Aires, Imprenta del Estado, 1836 p. 5.

que se había hecho de materia tan importante”¹⁴⁶. Esto nos permite complementar lo ya dicho por Estellé y Couyoumdjian, respecto a que el ya citado autor anónimo presenta los puntos a favor y en contra del Derrotero, pero se muestra favorable al mismo.

El autor agrega también que, en el año 1719, fue enviada una carta a estos supuestos Césares, cuya entrega fue encargada a un indígena, pero que este jamás volvió con una respuesta. Es notable que lo primero que pensó al respecto fue que dicho indígena los había engañado: “Que el dicho indio fuese embustero, es posible; pero D. Nicolás del Puerto cree que lo mataron los indios puelches”. Cualquiera de las dos opciones era posible, empero se descarta la posibilidad de los Césares como entelequia. Incluso, el mismo Nicolás del Puerto – afirma nuestro autor –, le habría comentado que años atrás, en el estrecho de Magallanes, un indígena “le comunicó, con gran encargo del secreto, que por esta parte de la cordillera había un pueblo de españoles; pero que los indios no querían que se supiera”. Además, afirma que lo contado por estos indígenas concordaría con lo descrito por Silvestre Díaz de Rojas.

En el informe se comenta también la noticia de un indígena llamado Francisco, quién habría sido tomado esclavo muy pequeño por los “indios Césares”. Este vendría a confirmar lo dicho por Díaz de Rojas: “preguntando si cerca de su tierra está la de los indios que llaman Césares; respondió, que estaban cerca de ahí; pero más cerca de Buenos Aires”. Nuestro autor declara que confía en su palabra, pues ya había le había servido previamente en un viaje a Chiloé. De esto último se deriva que le crea a Silvestre Díaz, pues “ni este, si fuese tan embustero, que hubiese en su fantasía fabricado su relación tan adecuada [sic]á las tradiciones y [a] la razón que [da] el dicho indio Francisco”.

Dicho esto, el autor procede a comentar las críticas que se le hacen al *Derrotero*, tales como que no especifica la forma de cristianismo que se practica en la ciudad de españoles. En este punto sale a la defensa de Rojas, argumentando que “dicho Roxas entraría por algún acaso [sic]á la tierra y ciudad de los Césares, como indio pehuenche, disimulado de los otros indios, y atendió solo [sic]á lo visible, sin detenerse en tales particularidades”. Sigue siendo factible, para su autor, que Antonio de Rojas haya estado en la Ciudad Encantada. Incluso argumenta que, si la ciudad no ha sido encontrada, es porque los indígenas impiden el paso hacia estos, o porque simplemente no quieren ser encontrados.

4.6.2 Misiones jesuitas.

Los jesuitas misionaban los territorios de frontera, donde la corona española no había podido instalarse por medio de la Conquista armada. Para el caso de Chile, los jesuitas se encargaron de evangelizar a puelches y poyas, mientras que los franciscanos hicieron lo propio con los pehuenches.

Los ignacianos tenían sus medios particulares para evangelizar a los indígenas: aislaban las misiones de los españoles, aprendían el idioma local, utilizaban la música como medio de

¹⁴⁶ *Idem.*

enseñanza y mantenían – al menos de manera nominal – las estructuras de poder indígena¹⁴⁷. Esto les ayudó a mantener un mayor contacto con grupos indígenas, lo cual resulta central para nuestro tema si ponderamos la importancia que tuvieron las “noticias de indios” en la mantención y circulación de la creencia en los Césares.

Por ello, no es de sorprender que los jesuitas hayan tenido un rol en la búsqueda de la ciudad. Su objetivo era, o evangelizar a sus habitantes, en el caso que fuera una ciudad indígena, o bien recordar a sus habitantes la fe verdadera, si estos eran españoles.

Al respecto, debemos preguntarnos, ¿por qué creían en los Césares? Los jesuitas eran hombres religiosos: su misión era llevar la palabra de Cristo a todas las culturas, así como misionar en los lugares más recónditos para convertir a sus habitantes al catolicismo. En este sentido, la ciudad de los Césares cobraba importancia para los jesuitas. ¿Era posible que usaran esta creencia como excusa para emprender expediciones a los territorios patagónicos? La experiencia de Nicolás Mascardi en Nahuelhuapi parece ser un buen ejemplo de esto, en cuanto a que, en su incesante búsqueda de la ciudad, logró abrirse camino por la zona de dicho lago, e incluso fundó una misión que, si bien fue destruida en un primer momento, fue reconstruida por los sucesores de Mascardi, Laguna y Guillelmo, la cual fue nuevamente arrasada hacia 1717.

A continuación, analizaremos las experiencias de dos jesuitas: José Cardiel y Tomás Falkner, dado que ambos dejaron escritos sobre los Césares haciendo alusión al informe de Silvestre Antonio. ¿Qué debemos tener en cuenta respecto a estos misioneros? Primero, que ambos participaron de la fundación de la reducción de Nuestra Señora del Pilar, en territorio patagónico, destinada a los grupos que ocupaban la región serrana del sudoeste de Buenos Aires hasta el Río Negro¹⁴⁸, que luego fue abandonada en el año 1751¹⁴⁹. Asimismo, ambos se dedicaron a explorar la Patagonia. En este último punto es importante destacar la labor cartográfica de ambos jesuitas, la cual abordamos para el caso de Falkner. Ahora, ¿qué sentido tenía esto? La representación de un territorio, y no solamente desde la visión propiamente europea, la cual estaba presente, sino que también desde la cosmovisión indígena. Luis de Lasa y María Teresa Luiz afirman que la cartografía jesuítica es la primera en integrar explícitamente la información espacial comunicada por los indígenas. Por lo tanto, si bien los jesuitas estaban influenciados por su cultura europea – especialmente en los aspectos prácticos de sus mapas, tales como ubicación, localización y distancias, condiciones de habitabilidad, recursos, ocupación del territorio, sitios estratégicos, rutas y fronteras; es

¹⁴⁷ *Idem*.

¹⁴⁸ De Lasa, Luis; Luiz, María Teresa, “Representaciones del espacio patagónico. Una interpretación de la cartografía jesuítica de los siglos XVII y XVIII”, Cuadernos de Historia, N°35, 2011. https://scielo.conicyt.cl/scielo.php?pid=S0719-12432011000200001&script=sci_arttext

¹⁴⁹ Couyoumdjian, Ricardo, “Manuel José de Orejuela y la abortada expedición en busca de los Césares y extranjeros”, p. 67.

decir, lo que a los europeos les interesaba saber – también tenían influencia indígena, pues era a través de ellos que conocían los espacios patagónicos¹⁵⁰.

Lo anterior no significaba, en absoluto, que sus mapas fuesen falsos. Simplemente están condicionados tanto por los intereses europeos como por las representaciones indígenas. Bajo esta lógica, no serían extrañas las referencias a los Césares, pues por un lado los españoles esperan que ahí esté, y por otro, los indígenas la mencionan en algunas ocasiones, o pareciera que lo hacen. Debemos destacar que, si bien Cardiel creía en los Césares, Falkner no lo hacía. José Cardiel, en 1746, escribió una carta al gobernador de Buenos Aires, *Sobre los descubrimientos de las tierras patagónicas, en lo que toca a los Césares*. Dicha misiva fue recopilada por Pedro de Angelis en su *Colección de obras y documentos...* del año 1836. El caso de Tomás Falkner es aún más emblemático, pues en 1760 escribió su *Derrotero. Desde la ciudad de Buenos Aires hasta la de los Césares, que por otro nombre llaman la Ciudad Encantada, por el P. Tomás Falkner, jesuita*, en el que describe el camino a seguir desde Buenos Aires hasta los Césares, en las mismas palabras que hiciera Silvestre Antonio casi medio siglo atrás. Para este último caso también utilizaremos la recopilación hecha por Angelis.

4.6.2.1 José Cardiel (1746): Referencia a un cristiano que llegó a los Césares.

Lo primero que debemos preguntarnos es, ¿quién fue José Cardiel? Fue un jesuita, que llegó a Buenos Aires hacia 1729, participando de varias misiones en Sudamérica, como por ejemplo las de Paraguay y en la Patagonia, donde fundó la ya mencionada misión junto a Tomás Falkner, a quien abordaremos más adelante. Este padre tuvo una importante labor cartográfica: “Desde las misiones del Río de la Plata, José Cardiel y Thomas Falkner continuaron la labor cartográfica iniciada por los jesuitas de la Provincia de Chile, ampliando significativamente el conocimiento del interior patagónico a partir de la integración de la información espacial comunicada por los habitantes del territorio”¹⁵¹. Esto nos indica que conocía el territorio, ya sea por sus expediciones en el mismo, o por la información otorgada por los indígenas. De acuerdo con María Paula Irurtia, José Cardiel realizó entre 1745 y 1748, una expedición al Río Negro, “en donde describe la geografía, distancia, caminos y algunos tratos con los indios”. Además, efectúa “interesantes observaciones acerca de los grupos indígenas”¹⁵², algo bastante común entre los jesuitas durante el período colonial.

Hacia el año 1746, envía una carta al provincial sobre sus viajes por la Patagonia, de acuerdo a otra misiva enviada al gobernador de Buenos Aires, Domingo Ortiz de Rozas. Si bien no conocemos dicha carta, podemos llegar a aproximarnos a su contenido a través de la que

¹⁵⁰ De Lasa, Luis; Luíz, María Teresa, “Representaciones del espacio patagónico” https://scielo.conicyt.cl/scielo.php?pid=S0719-12432011000200001&script=sci_arttext.

¹⁵¹ *Idem*.

¹⁵² Irurtia, María Paula, “Intercambio, novedad y estrategia: las misiones jesuíticas del sur desde la perspectiva indígena” http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1851-16942007000200006

envió a Rozas. Aparentemente, da cuenta de los pueblos que allí vivían, además de dar información respecto a la Ciudad de los Césares.

En la carta al gobernador principia por agradecerle su apoyo: “he recibido respuesta de mi Provincial a la carta que le escribí recién llegado del viage [sic] del mar, enviándole el diario del viage, y pidiéndole que informase al Consejo Real sobre el celoso y eficaz porte de V.S acerca de dicho viaje”. Continúa después hablando sobre los pormenores de su expedición. Le pide también al gobernador que detalle los gastos hechos por los tres padres viajeros, los cuales no deja especificados, aunque se deduce, además del mismo Cardiel, Falkner y Quiroga.

Una vez dicho lo anterior, deja en claro el objetivo de sus expediciones: “para ver si allí hay forma y [sic] parage á propósito para formar un pueblo de indios serranos, que los Padres del de los Pampas tienen apalabrados; y penetrar desde allí [sic] á los célebres Patagones y Césares, hasta el Estrecho de Magallanes”. Resalta que en esta ocasión hará su expedición por tierra firme, por lo peligrosas que resultaban las costas.

Por otro lado, Cardiel alude en su carta a la labor apostólica de la monarquía española, que viene de los tiempos de la Bula Intercaetera de 1493: “Sabido es que el Papa, como Vicario de Cristo en la tierra, entregó al Rey Católico la América con sus islas, haciéndole tutor de todos sus habitantes[sic], para que como tal procurase su reducción al cristianismo, con su poder, y con el [ejemplo] de sus vasallos”. Esta labor, señala Cardiel, no se ha dejado de cumplir por tres siglos, y que ahora se debe extender a las poblaciones patagónicas, e incluso a los Césares. Respecto a esto último, destaca que: “Acerca de estas tierras de Magallanes, ha puesto Su Magestad[sic] especial empeño; pues habrá poco más de cuarenta años, que envió una misión entera para estas tierras, y en ella venían padres escogidos, de tierras frias, para que mejor pudiesen aguantar los [fríos] de [hacia] el Estrecho”. Sin embargo, agrega que: “Hasta ahora han estado todas esas miserables naciones en manos del demonio, cayendo cada día al infierno. ¿Qué corazón cristiano lo podría sufrir, y siendo próximos nuestros redimidos con la sangre de un mismo Rey y Señor?” El problema expuesto aquí es claro: pese a los intentos, tanto de la Corona como de virreyes o gobernadores, los españoles no han logrado una presencia estable en la zona, lo que se traduce en que dichas “pobres almas” no han podido recibir el mensaje de Cristo y, por ende, la salvación.

Pero Cardiel no solo da motivos religiosos para emprender expediciones a la Patagonia, pues también utiliza argumentos de tipo “temporal”, como él mismo los cataloga. Alude aquí no solamente a la posibilidad de conseguir mano de obra, sino también a la ciudad de los Césares: “Además de esto digo, que hay graves fundamentos para creer que hay también poblaciones de españoles, y quizás con algunas minas de oro y plata, lo cual ha dado motivo [a] la decantada ciudad de los Césares”.

Dicho esto, el jesuita prosigue relatando los orígenes de la ciudad, el cual atribuye a los náufragos. También da importancia a las frustradas colonias fundadas por Pedro Sarmiento

de Gamboa en 1584. Destaca también que, para él, los motivos para decir que los Césares son falsos, no “tienen fuerza”, argumentando que el inclemente clima patagónico haría difícil la comunicación de estos con el resto del continente, sumado a la complejidad de cruzar entre grupos indígenas belicosos. Esto se traduce, según el propio Cardiel, en que, dada la falta de contacto con otros españoles, los habitantes de los Césares hayan perdido su lengua, conservando solamente la de los indígenas.

Entre sus referentes para decir que los Césares son reales, se encuentra el padre Nicolás Mascardi, además de “un cristiano español [o] mixto, hizo una relación, que anda por Buenos Aires, en que dice en suma, que llevándole cautivo, [o] de otra forma, llegó [a] una de estas ciudades, de que cuenta grandezas y que en cierto [sic] parage antes de llegar, había un cerro de diamantes, y otro en otro [sic] parage de oro”. Esta es una clara referencia a lo dicho por Díaz de Rojas. De este modo, es claro que Cardiel conocía el *Derrotero*. Es interesante que, de lo expuesto por Rojas, destaque los cerros de oro y diamante. ¿Será que intentaba señalar lo que se podía ganar en términos materiales con esta expedición? Tampoco podemos descartar que haya escuchado esto de una noticia dada por los indígenas.

Añade también a sus argumentos la noticia de una indígena cautiva, “que llevada [a] muy distantes tierras, hacia el sud-oeste, encontró unas casas, y en ellas gente blanca y rubia”. En esta versión, los Césares parecen ser extranjeros antes que españoles: “y que estando ella muy alegre, juzgando ser gente española, se le ahogó todo el contento, viendo que no les entendía palabra”.

Asimismo, agrega las noticias dadas por otros indígenas, los cuales dicen “que hay tales poblaciones, y muchos de ellos convienen en que, en medio de una gran laguna hay una gran isla, y en ella desde la orilla se [ve] una gran población, en la cual descuella mucho una casa muy grande, que piensan ser iglesia [...] y dicen que desde el volcán [...] hay solamente seis días de camino”. ¿A qué volcán estará haciendo referencia?, ¿será el mismo al que Silvestre Antonio se refiere como “el volcán” (un cerro que, afirma, es llamado así por ser un volcán)? Al no dar un nombre concreto, nos inclinamos a pensar que se trataría del mismo.

Cardiel continúa diciendo que: “Este descubrimiento se podrá hacer con 300 paisanos de esta gente estanciera, sin gastos reales”. Es decir, que se debe llevar a cabo esta expedición, pues tiene mucho que ganar, a la vez que, si fracasa, no estaría perdiendo. Incluso, llega a expresar que: “Si yo, que soy conocido por estas partes, viniera [a] cada partido, y juntándome cada sargento mayor su gente, les hiciera una exhortación, animándolos [a] la empresa, poniéndoles delante los grandes bienes que de ella se seguirían al servicio de Dios, del Rey, y aun el suyo propio, por lo que se podría hallar de preciosidades [a] trueque de cuentas de vidrio y otros abalorios, como las lograron los que descubrieron [a] [sic] Mético y al Perú”. Aquí se advierte nuevamente que la expedición traería grandes beneficios, ahora no solo al gobernador, sino a quienes participen de ella. ¡Tienen la posibilidad de obtener riquezas tan grandes como Cortés y Pizarro!

Cardiel finaliza su carta dando detalles de la duración de su expedición: “Habría de durar seis [a] ocho meses, si se [registrara] bien todo”. El jesuita busca, además, entregar seguridad al gobernador, pues aprobar dicha expedición es lo correcto: “todo se conseguiría, y V.S., además del [premio] que se le guardaría para la otra vida, lo tendría grande del Rey Nuestro SR”. Además, clarifica que: “Nosotros acá no buscamos sino la honra y servicio de Dios, de aquel gran Señor, [a] quien no correspondemos, sino haciendo mucho por Su Magestad[sic], y con solo su honra y gloria estamos contentos”. Aquí, Cardiel está declarando que no busca riquezas, sino cumplir con el designio que Dios encomendó a los españoles desde 1492.

Por último, agrega: “Si [a] V.S no le agrada este proyecto, [o] si no tuviere efecto el juntar la gente de este modo, puede V.S discurrir otro con gastos reales, [o a] costa de particulares, que quieran estar en la empresa”¹⁵³. Esto demuestra lo importante que era para Cardiel que se llevara a cabo esta empresa.

En resumen, Cardiel busca convencer al gobernador de autorizarlo a emprender una expedición para encontrar la ciudad de los Césares. Para ello, da sus razones para creer que esta ciudad existe, destacando la posibilidad que, dadas las condiciones climáticas de la Patagonia, sumado a la “belicosidad indígena”, existiera una población aislada de españoles, que haya perdido contacto con el resto del Imperio. Esto podría traducirse en una buena oportunidad para el gobernador: puede volver a unir a esta “cristiandad escindida” al resto de los dominios hispanoamericanos, además de tener la posibilidad de evangelizar – y, por tanto, civilizar – a estos indígenas, tarea que recae sobre el autor de la carta.

Dentro de los referentes de Cardiel se encuentra Pedro Sarmiento de Gamboa, aunque demuestra que no conoce mucho su historia, pues no especifica el año en que funda sus colonias en el Estrecho. Por otro lado, presume que los sobrevivientes de estas colonias se mezclaron con pueblos indígenas, tal como declararon Tomé Hernández, y Oviedo y Cobos durante el siglo XVI. Los hechos ocurrieron el año 1584, cuando el Rey Felipe II encomendó a Gamboa la colonización del estrecho de Magallanes, para evitar que barcos extranjeros, como había hecho Francis Drake años atrás, pasaran por allí. Al llegar al Estrecho, fundó la ciudad Nombre de Jesús, en la zona oriental. Teniendo suficientes colonos, ordena fundar otra ciudad, Rey don Felipe (hechos conocidos por Cardiel). Mientras viajaba de una ciudad a otra, fue expulsado del Estrecho por el viento, y no pudo volver a entrar en él, por las condiciones climáticas adversas, encallando los dos barcos que llevaba, perdiéndose todos sus recursos. Al volver a España, es capturado por la Armada de Walter Raleigh, para ser liberado un tiempo después. En este tramo, los colonos empezaron a morir de hambre.

Tres años después de la fundación de dichas colonias, el corsario inglés Thomas Cavendish cruza el Estrecho, encontrándose con un pequeño grupo de famélicos sobrevivientes, y

¹⁵³ Carta del Padre Jesuita José Cardiel, escrita al Señor Gobernador y Capitan General de Buenos Aires, sobre los descubrimientos de las tierras patagónicas, en lo que toca á los Césares (11 de agosto de 1746), en De Angelis, Pedro, Colección de obras y documentos relativos a la historia antigua y moderna de las provincias del Río de la Plata, Tomo primero, Buenos Aires, Imprenta del Estado, 1836.

bautizando el sitio como Puerto del Hambre (*Port Famine*), hechos no mencionados por el jesuita.

Cardiel también ignora las rebeliones que se sucedieron, tanto en Rey Don Felipe como en Nombre de Jesús, así como la muerte de sus pobladores por inanición. En cambio, asegura que estos se fueron a vivir con indígenas, posiblemente a la ciudad de los Césares, aunque no lo dice explícitamente. Si bien no podemos descartar que no conocía la verdadera historia de las colonias de Gamboa, creemos que omite estos episodios para así poder convencer al gobernador de la factibilidad de su empresa. Probablemente, el jesuita esté al tanto que, conociendo este antecedente, el gobernador podría desechar la opción de colonizar.

A pesar de las omisiones ya señaladas, Cardiel sí hace mención del clima hostil, pues le sirve para sustentar su hipótesis de que no han podido establecer contacto con los Césares por las dificultades que este presenta a aquellos que se internen por la Patagonia.

Continúa relatando el caso del padre Nicolás Mascardi, cuya situación ya abordamos previamente. Aquí da énfasis a la traición perpetuada por los indígenas contra el jesuita. Alega que fue asesinado por “indios bárbaros” mientras se adentraba en la búsqueda de la ciudad. No descarta entonces que no existan estos Césares, sino que los indígenas “traidores” impidieron a Mascardi alcanzarla.

Lo central de nuestro análisis es la referencia que hace a un cristiano, español o mestizo, que siendo secuestrado (no menciona por quiénes) fue llevado a los Césares, y dejó una relación de lo que allí presencié. Creemos que se trata de Silvestre Antonio Díaz, primero, porque menciona que su informe circula por la ciudad de Buenos Aires, en la que Rojas vivía. Segundo, dice que este personaje fue llevado a una de las dos ciudades, creemos las mismas a las que Rojas refirió en su *Derrotero*. En tercer lugar, dice que antes de llegar a la ciudad hay un cerro de diamante y otro de oro. Las escasas referencias que hace nos llevan a pensar que Cardiel no había leído el *Derrotero*, pero que sí lo conocía. Incluso, no hace mención alguna al autor de este, ni a la información contenida, más allá de datos generales. Por lo que suponemos, algún tercero debió haberle contado sobre esta relación, posiblemente algún compañero de misión, o la habrá oído en la misma ciudad.

En su escrito, Cardiel también alude a las noticias dadas por una cautiva, de la que tampoco da mayores detalles, pues ni siquiera deja claro si se trata de una española o indígena. Sencillamente, arguye que dicha cautiva se sorprendió al saber que estos pobladores – de la ciudad de los Césares – no hablaban español. Llama la atención que, en esta versión, los habitantes fueran extranjeros, lo que podría significar un peligro para la Corona. Es posible que detrás estuviera la intención de alertar a las autoridades para que autoricen rápidamente esta expedición.

Cardiel también aclara que su Provincial le dijo que debía partir su expedición desde el volcán. ¿Por qué específicamente este punto? Si nos remitimos al informe de Díaz de Rojas, podemos ver otra referencia a este, en cuanto a que este cerro, llamado “Volcán”, es el

primero al que hace referencia en su Derrotero, una vez salidos de la ciudad de Buenos Aires. Por ende, existe una alta posibilidad que dicho Provincial esté intentando seguir el camino trazado por Rojas.

4.6.2.2 Tomás Falkner (1760): ¿una copia del Derrotero de Rojas?

Abordaremos ahora el caso de Tomás Falkner, jesuita inglés que recorrió la Patagonia junto a José Cardiel y José Quiroga. Como ya habíamos mencionado, fue autor de *A description of Patagonia and the adjoining parts of South America*, obra publicada en el año 1774, siete años después que la Orden fue expulsada de los territorios del Imperio español. En ella, nos explica Fabián Arias, Falkner “apunta a una descripción pormenorizada de la región en el contexto geográfico, biológico y humano de América del Sur”¹⁵⁴. De acuerdo al mismo autor, la obra de Falkner es de carácter científico.

Fabián Arias hace un estudio de la obra de Falkner, en el que destaca la labor que cumplió este último junto a su compañero, José Cardiel, en la elaboración de una cartografía que permitió mejorar el conocimiento de la Patagonia. El mismo autor indica que: “Cardiel con los datos etnográficos y toponímicos que asienta en su mapa de 1747 (en este punto debemos hacer notar que estos datos habrían sido publicados un año después de mandar su carta en la que pide ir a buscar los Césares), tanto como Falkner con la inclusión de la información geográfica vinculada a la cordillera, los cursos hídricos, las extensiones de las masas de tierras y los detalles de las costas oceánicas posibilitan realizar un avance del conocimiento geográfico de la región que iniciará una nueva época”¹⁵⁵. Esta información nos permitiría dar prueba que, al menos para el caso de Cardiel, la búsqueda de la ciudad de los Césares le permitió recorrer la región patagónica y tener un mejor conocimiento de la misma. O bien, que fuese al revés, que los recorridos que hizo, lo llevaron a creer en los Césares, por la información que, presumiblemente, le entregaron los indígenas.

Centrándonos en el caso de Falkner, vemos que su mapa (el cual abordamos previamente) junto a su obra, permitieron conocer mejor el territorio, influenciando posteriormente a otros exploradores, como fue el caso de Alejandro Malaspina. Incluso, “el mapa del Jesuita inglés se constituirá en un documento analizado y reproducido largamente por los cartógrafos del siglo XIX, situación que se mantendrá al menos hasta las grandes exploraciones iniciadas en la década de 1870”¹⁵⁶. Esta cita nos demuestra lo influyente que terminó siendo Falkner, llegando a ser considerado un referente hasta un siglo después de haber publicado su mapa.

Ahora, ¿qué hay detrás de esto? Primero, que Falkner realizó un trabajo meticuloso de exploración y recolección de información, así como de ejemplares autóctonos de la región. Nos referimos con esto último a la flora y fauna de la Patagonia. Mary Louise Pratt denomina a este proceso como de “conciencia planetaria”, en el que Europa toma discernimiento del

¹⁵⁴ Arias, Fabián, “El mapa de Tomás Falkner”, p.7.

¹⁵⁵ *Idem.*

¹⁵⁶ *Idem.*

mundo que le rodea, y quiere conocerlo a toda costa. Para esta autora, “la exploración científica, sería un foco de intenso interés público y la fuente de algunos de los más poderosos aparatos de ideas y de ideología, por medio de los cuales las ciudadanías europeas se relacionarían con otras partes del mundo”¹⁵⁷. En este sentido, las exploraciones científicas no serían ajenas al interés europeo de expandir sus imperios a territorios transoceánicos, sino que responden a una lógica de conocer los territorios para así poder gobernarlos de mejor manera.

Para Guillermo Furlong: “No es menor la gloria que circunda la frente del insigne jesuita Padre Tomás Falkner. (...) conviene hacer notar que, al publicarse en 1774 la *Descripción de la Patagonia*, (...) se inicia una evolución sensible (de la etnografía), pues la obra referida, discreta y bien informada, y en la que se describen sobriamente los pueblos que habitaban en aquel entonces las llanuras, la Patagonia y los archipiélagos magallánicos, resume observaciones personales realizadas por un espíritu cultivado y durante largo espacio de tiempo”¹⁵⁸. Como ya habíamos mencionado, Furlong fue un jesuita, por lo que a lo largo de su obra tiende a resaltar la labor de estos – a momentos, de manera exagerada –. Esto no significa que la obra de Falkner no haya sido importante en su tiempo, lo que ya fue demostrado por Fabián Arias.

Pero, ¿quién era Tomás Falkner? Sabemos que en su juventud estudió medicina, y que al terminar sus estudios formó parte de la Compañía del Mar del Sur, compañía inglesa que después de Utrech había obtenido de la corona de Castilla el asiento de negros. Llegó a la ciudad de Buenos Aires el año 1730, donde cayó enfermo. Al recuperarse, se convirtió al catolicismo, e ingresó a la Compañía de Jesús en el año 1732. En el discurso preliminar a la traducción castellana de la *Descripción de la Patagonia*, hecho por Pedro de Angelis en 1836, este afirmó, de manera poco precisa, que Falkner, fue: “Encargado por el gobierno español de reconocer las costas del virreinato de Buenos Aires [se refiere erróneamente al virreinato de la plata, fundado en 1776-1777, cuando Falkner, junto al resto de los jesuitas, ya había sido expulsado de territorios españoles]”¹⁵⁹.

Con este encargo, en 1744 se encaminó a la Sierra del Volcán con el objetivo de fundar ahí una reducción, la cual no logró concretar. Realizó ese mismo año un viaje al interior de la Patagonia. Dos años después, emprendió un viaje junto a José Cardiel, que culminó en la fundación de la misión de Nuestra Señora del Pilar en el año 1748, a orillas de la laguna de Las Cabrillas, hoy laguna de los Padres, en la Pampa argentina, esta misión fue abandonada

¹⁵⁷ Pratt, Mary Louise, *Ojos imperiales: literatura de viajes y transculturación*, Fondo de Cultura económica, México, 2010, p. 57.

¹⁵⁸ Furlong, Guillermo, *Los jesuitas y la cultura rioplatense*, Ediciones Universitarias del Salvador, Buenos Aires, 1984, p. 59.

¹⁵⁹ Discurso preliminar a la “Descripción de la Patagonia...”, en Angelis, *Colección de obras y documentos*, p. III.

en el año 1751. Luego de esto pasó a vivir a Buenos Aires, y posteriormente a Córdoba, donde se encontraría al momento de la expulsión de la Orden¹⁶⁰.

La biografía de Falkner nos permite evidenciar que pasó gran parte de su vida explorando la Patagonia, cuyos resultados se plasmaron en la ya abordada obra del jesuita. Esto nos lleva a preguntarnos, ¿creía en la ciudad de los Césares? Ciro Bayo nos indica que no, idea con la que discute el argentino Enrique de Gandía, quien en una nota al pie de página indica que este jesuita sí creía en los Césares, argumentando que en su *Descripción* de la Patagonia sí los menciona, destacando que estos serían descendientes de náufragos. Esto no es de extrañar, pues conoce los territorios, y sabe que los naufragios son factibles.

Al respecto, ¿Qué podemos concluir al recurrir a la obra de Falkner? Que Gandía se equivoca: ¡Falkner no creía en los Césares! El jesuita es categórico en afirmar que: “La noticia de que hay una nación en estas partes, descendientes de europeos, [o] del resto de los que naufragaron, es como ciertamente creo, falsísima, y sin el menor fundamento, causada de no entender la razón que dan los indios”¹⁶¹. De esta frase debemos hacer notar que, para Falkner, los Césares no son un engaño indígena, sino que son los españoles quienes escuchan lo que quieren, y no lo que realmente les intentan comunicar los nativos. Gandía comete otro error, pues Falkner no afirma que los Césares son descendientes de náufragos, sino que eso es lo que es lo que comúnmente dicen los españoles en la región.

El jesuita agrega también que: “Lo que hace más increíble haber esta colonia de los Césares, es la misma imposibilidad moral, de que 200, [a] 300 europeos, casi todos hombres, pudiesen sin tener comunicación alguna con un país civilizado, penetrar por medio de tantas naciones belicosas, y mantenerse como una república separada en un país que no produce cosa alguna, y donde los moradores subsisten solo con la caza, y todo esto por espacio de 200 años”¹⁶².

Teniendo esto presente, llama la atención el informe publicado por Falkner en 1760, al que aludimos previamente. En el mismo, describe el camino a seguir desde la ciudad de Buenos Aires hasta la ciudad de los Césares. Al respecto, observamos que la historiografía no se ha centrado en el contenido del mismo, salvo para mencionar que está escrito de la misma manera que hiciera Silvestre Antonio Díaz de Rojas. ¿Será tan parecido como se ha afirmado, o tendrá diferencias? A continuación, analizaremos el contenido de Falkner de 1760, buscando similitudes y diferencias con las descripciones de Díaz de Rojas.

El documento lleva por nombre: “Derrotero. Desde la ciudad de Buenos Aires hasta la de los Césares, que por otro nombre llaman la Ciudad Encantada, por el P. Tomás Falkner, jesuita”, y fue también recopilado por Angelis. Falkner comienza explicando que: “Llegando [a] la

¹⁶⁰ Datos biográficos proporcionados por Ricardo Couyoumdjian, quien los consiguió de Guillermo Furlong y Trelles Manuel Ricardo. En Couyoumdjian, Ricardo, “Manuel José de Orejuela...” p. 67

¹⁶¹ Falkner, Tomás, “Descripción de la Patagonia y de las partes adyacentes de la América meridional...”, en Angelis, Pedro, *Colección de obras y documentos relativos a la historia antigua y moderna de las provincias del Río de la plata. Tomo primero*, Buenos Aires, Imprenta del Estado, 1836, p. 45.

¹⁶² *Idem*.

ciudad de la Santísima Trinidad, puerto de Santa María de Buenos Aires, provincia del Río de la Plata, se saldrá de ella, y se caminará por el camino abierto que hay de las carreteras, que es el que traganan [sic] los de Buenos Aires [a] la sierra del Tandil”. Continua: “Hay de esta sierra en adelante indios que llaman pampas: es un gentío que corre todas las campañas, los cuales suelen hacer algunas hostilidades en las gentes que salen [a] los campos [a] vaquear, y hacer faenas de sebo y grasa”.

En este punto nos cabe mencionar que el informe comienza de la misma manera que el relato de Silvestre Antonio Díaz. Sin embargo, a diferencia de este, no hace mención del cerro “El Volcán”. Respecto a la sierra de “Guamini”, y su población indígena, los describe con las mismas palabras: Distante de esta sierra, como cosa de 80 leguas [...] se hallará otra sierra que llaman Guamini, que está por un lado distante del mar cosa de dos leguas”. De los indígenas, menciona que: “En esta laguna [que da el nombre a la sierra] se suelen juntar hasta seiscientos y ochocientos indios Pampas, de diferentes naciones, y solamente en el tiempo de cosecha de la algarroba, para hacer sus paces unos con otros”.

El relato prosigue igual al de Rojas, excepto cuando habla de los indígenas llamados diamantinos: “Entre estos dos ríos, esto es, entre el Diamante y el de San Pedro, habitan unos indios llamados Diamantinos, gente de que los más de ellos son cristianos, que se huyeron de los pueblos españoles, por las violencias de los encomenderos. Son estos indios muy labradores”. Resaltamos aquí el problema de los encomenderos, y el carácter trabajador que el jesuita le otorga a estos indígenas, elementos no abordados por Silvestre Antonio.

Con respecto a la ciudad de los Césares, Falkner realiza la misma distinción entre la ciudad de indígenas y españoles. Empero, para el segundo caso, elabora una descripción más detallada de las tierras que rodean esta ciudad, destacando los cultivos que estos hacen, y la carencia de viñedos, esenciales para hacer vino: “También tiene esta ciudad, por la parte del sur hasta el oriente, dilatadas campañas, donde tienen los vecinos y habitantes, sus estancias de ganados mayores y menores, que son muchísimos; y heredades para su recreo, con mucha abundancia de todo género de granos y hortalizas [...] Solo carecen de viñas y olivares, por no tener sarmientos para plantarlos”. También comenta de la pesca de mariscos, para poder abastecerse en invierno. Al respecto, podemos argüir que esta población es capaz de sustentarse en los helados páramos patagónicos, sin contacto alguno con otros españoles; idea totalmente contraria a lo que declaró en su *Descripción de la Patagonia*.

Por otro lado, en su informe, Falkner deja plasmada su visión de la ciudad como un paraíso terrenal: “Y finalmente, [...] digo que es el mejor temperamento, y más benévolo que se halla en toda la América, porque parece un segundo paraíso terrenal, según la abundancia de sus arboledas, [...] y abundancia de diferentes frutas muy sabrosa: y es tierra tan sana que la gente muere de puro vieja, y no de enfermedades, porque el clima de aquella tierra no consiente achaque ninguno, por ser la tierra muy fresca, por la vecindad que tiene de las sierras nevadas”. Esta idea, salvo con ciertos matices, es común respecto con Díaz de Rojas.

En esta ocasión, ya no hablamos de los Césares como “el paraíso”, sino como un “segundo paraíso”, aludiendo al Reino de los Cielos como el primero.

Falkner termina su informe de la misma manera que hace Silvestre Antonio: “Solo falta gente española para poblarla, y desentrañar tanta riqueza, que está oculta en aquel país; por lo que ninguno se admire de cuantos [a] sus manos llegase [sic] este manifiesto, porque todo lo que aquí [va] referido no es ponderación, ni exageración alguna, sino la pura verdad de lo que hay y es como que yo mismo lo he andado, lo he visto y tocado por mis manos”¹⁶³. El contraste radica en que Falkner es consciente que su escrito va a circular entre la gente. A diferencia de Rojas, el jesuita no está pensado ser leído por el Consejo, sino para que su informe sea difundido, al menos entre los miembros de su Orden.

Como pudimos apreciar, gran parte del contenido de este informe es igual al *Derrotero* de Rojas, lo que nos lleva a pensar que, a diferencia del padre Cardiel, Tomás Falkner leyó dicho informe. Ahora debemos preguntarnos: si este jesuita no creía en los Césares, ¿Por qué se dio el tiempo de leer y copiar lo dicho por Silvestre Antonio? Probablemente, se estaba apoyando en una creencia que estaba difundida para poder conseguir recursos y gente para sus misiones; o bien, para el momento en que redactó su informe, el jesuita sí creía en la ciudad de los Césares. Si tomamos esto último como cierto, debemos suponer que, durante sus viajes a la Patagonia, buscó la ciudad sin tener éxito, por lo que terminó por descartar su existencia.

De todas formas, nos llama la atención que haya tomado el *Derrotero* de Rojas como referente, siendo que José Cardiel, quien fuera su compañero de viaje en algunas ocasiones, tomó varios otros ejemplos, incluidos los naufragos, a quienes Falkner hará referencia en su *Descripción de la Patagonia*, pero no en este informe. ¿Lo consideró por haber estado en la ciudad? Esto nos remite nuevamente a la idea del viajero como testigo objetivo. Si se buscaba el ejemplo ideal a la hora de afirmar que realmente había una ciudad de españoles perdidos en la Patagonia, ese era el *Derrotero* de Rojas.

En la *Descripción de la Patagonia*, Falkner deja en claro que una de las causas por la que los españoles tomaban por cierta esta creencia, era que no entendían lo que los indígenas decían: “porque si se les pregunta en Chile, concerniente [a] alguna colonia interior de españoles, responden que hay villas, y gente blanca, entendiendo por esto Buenos Aires [...] y así vice versa, sin tener la menor idea de los moradores de estos dos países distantes, sean conocidos los unos de otros”¹⁶⁴. Este problema no se encuentra presente en el informe de Díaz de Rojas, pues según su relato, él vivía entre los pehuenches. Posiblemente, esto hizo al jesuita

¹⁶³ Derrotero. Desde la ciudad de Buenos Aires hasta la de los Césares, que por otro nombre llaman la Ciudad Encantada, por el P. Tomas Falkner, jesuita (1760) en Angelis, Pedro, Colección de obras y documentos relativos a la historia antigua y moderna de las provincias del Río de la Plata, Tomo primero, Buenos Aires, Imprenta del Estado, 1836

¹⁶⁴ Falkner, Tomás, “Descripción de la Patagonia...”, p. 45.

inclinarse por copiar lo afirmado por Rojas, decepcionándose al no encontrar nada en el camino indicado.

El mismo Falkner comprobó personalmente que el problema era que los españoles no entendían a los indígenas: “Haciendo yo [a] los indios alguna pregunta sobre esta parte [referente a los Césares], [vi] que mi [conjetura] era cierta, pues reconocieron, nombrándoles Chiloé, Valdivia [...], que estos [parajes] eran los que ellos entendían bajo la descripción de colonias europeas”¹⁶⁵. Esto nos indica el grado de cercanía que tenía el jesuita con los indígenas de la región.

Un detalle que no debemos olvidar es que Falkner escribió su *Descripción de la Patagonia* estando ya en Inglaterra, luego de la expulsión de la Orden de los territorios españoles, en el año 1767, siendo esta obra pensada para un público diferente al del Imperio español. En dicho contexto, esta obra nos hace mayor sentido si la analizamos a la luz del concepto, ya utilizado previamente, de “conciencia planetaria”, pues en la obra observamos “una orientación hacia la exploración interior y la construcción de significado en escala global, a través de aparatos descriptivos de la historia natural”¹⁶⁶. Este análisis es respaldado teniendo en consideración los aportes a la herbolaria de Falkner, ya destacados por Fabián Arias.

Si insertamos el informe de Falkner dentro de esta conciencia planetaria, este adquiriría un rol predominantemente científico, pues lo importante era explorar y conocer de manera empírica el mundo, especialmente los territorios del interior, hasta entonces poco explorados. Es el caso de la ciudad de los Césares, la cual era ubicada al interior de la Patagonia, al menos durante el siglo XVIII. En este ámbito, creemos que Falkner hace esa alusión a los Césares a modo de crítica hacia los españoles, quienes no estaban en concordancia con estos nuevos conocimientos, ¿Será este otro episodio de la famosa Leyenda Negra?

En cualquier caso, el objetivo de la *Descripción de la Patagonia* es distinto al de su informe de 1760. Así, en el primero se destaca el afán científico de poder conocer y explicar el territorio en el que estuvieron inmersos durante tantos años misionando. Por otro lado, en el segundo, la descripción forma parte del contexto colonial español, en donde era posible descubrir en América todas estas maravillas en territorios poco explorados.

4.6.3 José de Moraleda (1796)

José de Moraleda fue un explorador español de fines del siglo XVIII. Se inició muy joven en la carrera marítima, entrando en la Real Escuela de Navegación de Cádiz, desarrollando gran parte de su carrera en el mar del sur, especialmente en las costas del Virreinato del Perú, territorio que exploró y del cual recopiló información que luego plasmaría en sus diarios de viaje. Realizó un total de tres expediciones hidrográficas a la Isla de Chiloé, entre los años

¹⁶⁵ *Idem*

¹⁶⁶ Pratt, Marie Louise, *Ojos imperiales*, p. 44.

1786 y 1795¹⁶⁷, en las que le acompañaron informantes chonos. Estas fueron encargadas por el Virrey del Perú, Teodoro de Croix, cuyo origen está en la petición del gobernador de Chiloé Francisco Hurtado, quien buscaba conocer de mejor manera el territorio para poder levantar mapas generales, dando cuenta de las bahías, puertos, entre otros, para “formar el pleno conocimiento, que interesa a los más importantes objetivos del servicio de Su Majestad”¹⁶⁸.

Esto último no es casual, pues durante el siglo XVIII, y por motivos estratégicos, la defensa de Chiloé adquirió una mayor importancia luego las incursiones inglesas durante la Guerra del Asiento (1739-1744), por lo que pasó a depender directamente del Virreinato del Perú.

Para Walter Hanisch, José de Moraleda fue “un conocedor de Chiloé como hay pocos. Recorrió todas sus costas, tanto de la isla grande como de la tierra firme, como se llamaba entonces al continente, y su exploración es la más notable de Chile austral en el siglo XVIII”¹⁶⁹. Esto nos da cuenta de la profunda y meticulosa labor que realizó este explorador. Por otra parte, Rodrigo Moreno nos indica que la labor de Moraleda no fue siempre del todo minuciosa, pues a menudo confunde, por ejemplo, ríos con esteros o canales. Pese a esto, el autor destaca la labor hecha por Moraleda en la exploración de la región.

Su obra quedó plasmada en las *Exploraciones jeográficas e hidrográficas de José de Moraleda I Montero*, prologada por Diego Barros Arana en el año 1888, versión que utilizaremos para nuestro análisis. La obra original se encuentra en el Museo naval de Madrid.

Volviendo a las expediciones de José de Moraleda, podemos destacar como motivante el interés que tenía la corona española por conocer mejor sus territorios americanos. Jorge Cañizares Esguerra nos explica que, para el siglo XVIII, los intelectuales europeos no confiaban en las fuentes españolas de los siglos XVI y XVII, en cuanto a que estaban condicionadas por el pensamiento maravilloso, propio de los inicios de la expansión europea hacia territorios ultramarinos. En este contexto, durante el año 1735 hubo un acercamiento hacia una expedición científica autorizada por la Corona española, se trató de la excursión del francés Maupertuis, cuyo objetivo era comprobar si la Tierra era esférica – tal como afirmaba la cartografía cartesiana – o bien achatada en los polos, como certificaba Isaac Newton.

Así, la expedición se dividió en dos grupos. El primero, liderado por el propio Maupertuis, viajó al norte, mientras el segundo, al mando de Louis Godin, viajó hacia Quito. Este último fue detenido por las autoridades españolas, pues desconfiaban de ellos pensando que eran

¹⁶⁷ Sagredo, Rafael, “El piloto Moraleda y la exploración del Pacífico austral”, en Sagredo, Rafael; Moreno, Rodrigo, *El mar del sur en la historia. Ciencia, expansión, representación y poder en el Pacífico*, Santiago, Dibam, 2014, pp. 403-475.

¹⁶⁸ Hanisch, Walter, *La isla de Chiloé*, p. 174.

¹⁶⁹ *Ibid.* p. 89.

espías de la Corona francesa. Esto llevó al fracaso de la expedición, y pasarían años antes que sus miembros volviesen a su país, siendo el más recordado La Condamine.

¿Por qué abordamos este caso? Por dos elementos claves: el primero resulta de la desconfianza y recelo que sentía España por los territorios americanos, al punto de sospechar incluso de las expediciones científicas hechas por otras potencias. Esto nos permite entender la preocupación por el territorio chilote, en cuanto a su ponderación como punto estratégico en la zona austral, el cual no podía caer en manos de países enemigos. Esto nos lleva al segundo punto: el desprecio por parte de otras potencias – como franceses e ingleses – hacia los españoles. Y es que, tomando en cuenta el caso de la “expedición de La Condamine”, ¿Cómo no iban a mirar en menos a los españoles? En este punto, la Leyenda negra – aquel relato, cuyo origen se remonta al siglo XVI, que describe las crueldades perpetradas por los españoles contra los pueblos indígenas – contribuía a la imagen deplorable de España.

Si llevásemos esta idea al plano de la ciudad de los Césares, podríamos decir que, mientras los franceses mandan una expedición para probar si la Tierra era redonda o achatada en los polos, los españoles aún se esmeraban en encontrar una ciudad de oro, que nadie había podido alcanzar desde hace dos siglos. Sin embargo, no podemos afirmar que, por el mero hecho de buscar los Césares en el siglo XVIII, los españoles hayan sido más bárbaros, o bien, hayan estado más atrasados que el resto de los europeos. Respecto a esto último, Juan Pimentel defiende que los españoles sí tuvieron un desarrollo científico, aunque fue visto en menos durante la Ilustración, e incluso por la Historia de la ciencia.

Así, para el autor: “América, en última instancia, también fue el escenario del mayor esfuerzo científico del período (siglo XVIII), el referido a la cartografía náutica. (...) Decenas de reconocimientos hidrográficos levantaron el perfil de las costas americanas y el Pacífico, singularmente en sus confines septentrionales y meridionales y en el Seno mexicano”¹⁷⁰. El sentido de esta frase es reconocer la labor científica desarrollada por los españoles en la era de la Ilustración, especialmente en lo referido a la exploración del Continente: “Si América (...) era la parte principal de la Monarquía, la Marina fue el instrumento modernizado para racionalizar el dominio y levantar (...) una “imagen cabal de América”. Había que reorientar el papel de América en el conjunto de la Monarquía y reescribir la historia de España en el Nuevo Mundo, dos necesidades vinculadas y muy presentes en la Ilustración española”¹⁷¹.

En este contexto cobra importancia el trabajo de José de Moraleda, en cuanto realiza una expedición para poder conocer mejor un territorio que, como ya explicamos, había cobrado una mayor relevancia para España como punto estratégico en el Mar del Sur.

¹⁷⁰ Pimentel, Juan, “El peso del aire y las disciplinas invisibles. La polémica de la ciencia española como narrativa de una modernidad elusiva”, en Villaerda Rico, María José; Castilla Urbano, Francisco (directores), *La sombra de la leyenda negra*, Madrid, Editorial Tecnos, 2016, p. 432.

¹⁷¹ *Ibid.* pp. 432-433.

Con respecto a la información, no deja de ser interesante que el Virrey: “Le ordena llevar un diario donde se consignen todos los datos que expresa. Tanto del diario como de los planos debe trabajar un solo ejemplar que debe entregar al Virrey. Y no debe manifestar a nadie documento alguno de lo que haya trabajado en virtud de la comisión que se le ha dado”¹⁷². Esto nos indica que la misión debía llevarse en secreto, para que nadie ajeno a la burocracia imperial española se enterara de lo que hay en Chiloé, lo que nos remite a la idea de la desconfianza y recelo de estos con sus territorios ultramarinos. Y es que la información que recopiló podía llegar a ser muy valiosa para los enemigos de España.

A modo de ejemplo, Hanisch destaca que: “En cada uno de los estuarios importantes (que visitó): Aisén, Palena, Tictoc, Palvidad, y Comau (...) lleva, además de las observaciones del diario, un resumen o breve descripción, en que pone en forma crítica la historia de ese lugar geográfico”¹⁷³. ¡Esta era información que no podía caer en manos enemigas!

Desde luego, no podemos olvidar que, en este contexto, seguía presente la creencia en los Césares, pues si bien Moraleda demuestra no creer en la legendaria ciudad, las autoridades seguían pensando que existía: “Repetidas veces insiste en que no cree en las leyendas de poblaciones perdidas, y hasta hace un tratado sobre los Césares y sus expediciones para probar que no existen, al describir el Palena (...) ¿Qué puede hacer Moraleda? Sólo él no cree, pero en contra de él hay Virreyes, Gobernadores, religiosos misioneros, gente de las islas. Es casi oponerse al consentimiento universal, que dicen que es criterio universal”¹⁷⁴. De ello, podemos intuir que la búsqueda de los Césares era objetivo de las autoridades, tanto gubernamentales como religiosas. A partir de esto, cuando le piden a Moraleda mantener en secreto sus descripciones, ¿estaban pensando en ocultar la ubicación de los Césares para que sus enemigos no la encuentren?

Con respecto a los Césares, Moraleda destaca, al hablarnos del Palena, que “su estero [y] río han sido [y] aún son [...] famoso objeto de las conversaciones misteriosas de los más de los habitantes de la provincia de Chiloé [y] de la cuidadosa indagación de algunos de ellos [...] con la vana solicitud de hallar la incógnita ciudad nombrada de los Césares”¹⁷⁵. Si tomásemos por verdad dicha creencia, esto podría indicarnos un posible punto de partida en la búsqueda de los Césares.

A continuación, se mencionan algunas expediciones que buscaron la ciudad, como los casos de los padres José García y Juan Vicuña (jesuitas), en el año 1762; la segunda, del año 1778, a cargo de los franciscanos Norberto Fernández y Felipe Sánchez. Una vez abordadas, Moraleda se pregunta qué los motivaba a perseguir tal quimera. Y es que se trataba de una

¹⁷² Hanisch, Walter, *La isla de Chiloé*, p. 152.

¹⁷³ *Idem*.

¹⁷⁴ *Ibid.* p. 153.

¹⁷⁵ Moraleda, José, *Exploraciones jeográficas e hidrográficas*, Santiago, Imprenta nacional, 1888, p. 424.

relación manuscrita que circula en las manos de varios chilotes: el informe de Silvestre Antonio Díaz de Rojas, el cual transcribe en su diario.

Lo primero que debemos preguntarnos, es ¿Por qué transcribir el *Derrotero* de Rojas? El hecho mismo nos habla de la importancia de este. El propio Moraleda indica que: “Prescindiendo de la [fe] que deba darse [...] a esta relación [y] de si es o no apócrifa, ello es cierto que, siguiendo su mal circunstanciada derrota, viene a establecer la opulenta ciudad cerca de esta cordillera de los Andes, entre los 42 [y] 43 grados de latitud, a consecuencia en la inmediación de Nahuelhuapi [y] por consiguiente de la jurisdicción de la provincia de Chiloé”¹⁷⁶.

Para José de Moraleda, no se debía dar fe al informe de Silvestre Díaz, sin embargo, menciona que este era leído por los habitantes de Chiloé, y que les servía de guía para salir a buscar la ciudad desde la isla, en cuanto establece que la ciudad se ubicaba en la jurisdicción de la misma, aunque no especifica si fueron a buscarla. Es curioso que mencione a Nahuelhuapi y Chiloé, siendo que ninguno de los dos topónimos aparece en el *Derrotero* de Rojas. Así, vemos que el informe de Rojas se aleja de Buenos Aires, acercándose a Chiloé.

Moraleda transcribe el informe de Silvestre Antonio Díaz en los mismos términos que el presentado en 1715 al Consejo, aunque aclara que utilizó la copia enviada al presidente de la Audiencia de Chile, en marzo de 1716, que es la que posiblemente estaba circulando en el Reino de Chile. Creemos que transcribió el documento para dar cuenta al Virrey del estado de la búsqueda de la ciudad de los Césares. ¿Lo habrá hecho a pedido del mismo?; ¿o, fue por recopilar la mayor cantidad de información posible? No podemos descartar ninguna de las dos alternativas. Incluso, ambos escenarios podrían estar conectados entre sí, pues la recopilación y circulación de información en el período colonial no puede entenderse sin la necesidad de las autoridades por saber lo que pasaba en sus territorios.

Volviendo sobre la circulación, Moraleda dice que: “[y] también lo es en mi sentir [origen] de las inquisiciones de los moradores de dicha provincia en solicitud de aquella, a lo que han contribuido mucho los acaecimientos [extraordinarios] que cuentan los que han viajado [y] viajan a la pesca en dicho estero [Palena] [y] Tictoc, ya diciendo que [hay] muchos canales que se internan grande distancia al este [y] que las corrientes impiden reconocerlos”. Esta debe ser la explicación entregada por los chilotes que han salido a buscar los Césares, sin obtener éxito alguno. Se logra apreciar que, para ellos, Silvestre Antonio no mentía, sino que, dado el ruido de las corrientes, no han podido escuchar bien los sonidos de las campanas de la ciudad, que muchas veces se convertían en guía para encontrarla: “ya que se oyen tiros de cañón [y] de fusil algunos días, que se ven veredas como de caminos trillados por los montes, que se ha visto una embarcación pequeña en vela latina navegando entre las islas de Palena,

¹⁷⁶ *Ibid.* p. 433.

[y] otras cosas a este tenor, que ratifican en sus ideas a cuantos tienen una [imaginación] dispuesta a toda novedad, con tanta falta de principios como sobra de sencilla credulidad”.

Para José de Moraleda, se necesita de una imaginación activa y un alto grado de credibilidad para seguir viendo los Césares en cada señal. Para Moraleda, aún y cuando a todas luces la ciudad no está, los crédulos atribuyen a causas naturales, como el sonido de las corrientes, el no poder escuchar los ruidos provenientes de la ciudad.

Sin embargo, la culpa la atribuye no solo a la excesiva credibilidad de los chilotes, sino también al *Derrotero* de Rojas: “Es, pues, constante que los citados vieron la pequeña embarcación discurrir por entre las islas de Palena [y] ocultarse en una de ellas o en la tierra firme. Pero, ¿qué se deduce de aquí? Que era una de las de las que Silvestre Díaz de Rojas dice tiene los Césares para navegar su caudaloso río”. ¿Qué podemos decir de esto? Que el informe de Silvestre Díaz despertaba la imaginación de los chilotes, en lo que a los Césares se refiere.

José de Moraleda va refutando la leyenda de los Césares, “para decir al fin que para que cupieran las distancias que supone la leyenda, América meridional debería tener el doble del ancho que tiene realmente y que las noticias que dan los míseros indios con aire misterioso y en países pobres como Valdivia y Chiloé, los españoles se las creen y todos lucran en dichas expediciones, y se utilizan a proporción de su estado y miras particulares”¹⁷⁷. Su visión es totalmente negativa respecto a la creencia, tanto hacia los indígenas que dan noticias falsas sobre la ciudad como hacia aquellos que lucran con las mismas para obtener beneficios personales. Son ellos quienes engañan a la gente con historias sobre la ciudad de los Césares, aunque destaca también que los chilotes son lo suficientemente crédulos para tomar por ciertas estas historias.

No sabemos si después de los comentarios de Moraleda sobre Díaz de Rojas este último se haya dejado de leer, pero sabemos que la creencia en la ciudad de los Césares se mantendría por un par de décadas más, hasta que las exploraciones a la Patagonia durante el siglo XIX, de carácter científico, terminaron por descartar la existencia de una ciudad perdida en dicho territorio.

De cualquier manera, lo dicho por Moraleda nos muestra cuán profundo había calado la creencia en los Césares. Más aún, nos muestra lo difundido que era el *Derrotero* de Rojas, al cual atribuye ser el origen de dos expediciones que buscaron la ciudad, lo que nos lleva a pensar en un resurgimiento de la creencia a partir de lo escrito por Díaz de Rojas. ¿No hubo algún otro expediente de búsqueda que calara de la misma manera? La evidencia sugiere que no, pues el *Derrotero* fue difundido por el Virreinato incluso a lugares tan alejados como lo era Chiloé.

¹⁷⁷ Hanisch, Walter, *La isla de Chiloé*, p. 146.

4.6.4 Referencias a Díaz de Rojas en crónicas: Pedro Isauro Martínez, Vicente Carvalho y Javier Ramírez.

El primer caso a abordar en este apartado, es la Relación hecha en 1782 por Pedro Isauro Martínez de Bernabé. Oriundo de Aragón, de origen noble (hidalgo), fue capitán de la quinta compañía de infantería de Valdivia. Para nuestro análisis, utilizaremos la recopilación realizada por Nicolás Anrique en 1898, a quien, por lo demás, debemos los datos biográficos de Martínez. El título de dicha relación es *La verdad en campaña. Relación histórica de la plaza, puerto i presidio de Valdivia*. De dicha obra, pocas copias se conservan: “las cuatro o cinco que de él se conservan, dos existen en Europa i las restantes en Chile i se encuentran en manos de particulares”¹⁷⁸. Anrique dice haber copiado esta de una de las copias perteneciente a uno de los descendientes de Martínez.

Esta Relación fue dirigida al gobernador de Chile, Ambrosio Benavides, con el objetivo de presentarle a él la *verdad* de cuanto pudo ver y oír siendo capitán de la compañía de infantería de Valdivia: “Dígnese US. de admitir este pequeño escrito, pues para cumplir en él mi lealtad, obligación i celo por los intereses del soberano, procuro llegue a la real [inteligencia] con la verdad i crédito necesario cuanto [expongo]”¹⁷⁹. Retomamos aquí la idea del testigo objetivo y fidedigno, que busca probar la veracidad de su relato. Él recorrió esos territorios, por ende, su relato es confiable. Por supuesto, su objetivo es diametralmente distinto al de Díaz de Rojas. Mientras que este último buscaba probar la veracidad de los Césares, Martínez busca comprobar que no existe.

Y justamente, es por eso que lo hemos incluido en nuestro análisis. Uno de los capítulos de dicha Relación, se titula: “Razones que se oponen a tal existencia”. En el que declara, que los Césares son noticias que han pasado de padre a hijo, abultándose, es decir, que han ido adquiriendo distintas características de acuerdo a las nuevas generaciones: “como el estilo de la [fe] humana es creer lo que dicen los hombres, i como esta credulidad ha sido en unos sencilla i en otros maliciosa”. De esta manera, dice que los Césares han sido buscado desde distintos caminos, sin dar mayor detalle de estos, “se han formado ideales terrenos de esta situación, i cuyas distancias de unos a otros manifiestas, o que [hay] muchos Césares o que no [hay] ninguno”, declarando que a “todos se les aplica este nominativo”. Es decir, se asociaba a cualquier expedición o naufragio en la Patagonia, con los Césares.

Agrega que varios derroteros se han escrito sobre esta ciudad, declarando que: “Andan varios papelones a este objeto, i el más especificado es el de un tal Rojas, que hace más de cincuenta años que publicó una relación de Césares asegurando su conocimiento por haber estado de cacique entre los Pehuenches”. Dicho esto, se dedica a argumentar porque considera falso el informe de Silvestre Díaz: “pues siendo el tal español i cautivo [...] mal pudo llegar al

¹⁷⁸ Isauro Martínez, Pedro, “La verdad en campaña: relación histórica de la plaza, puerto i presidio de Valdivia”, en Anrique, Nicolás, *Biblioteca jeográfico-hidrográfica de Chile*. Segunda serie, Santiago, Imprenta Elzeviriana, 1898, p. 42.

¹⁷⁹ *Ibid.* p. 44.

cacicazgo i entre los pehuenches”. Su argumentación se torna aún más crítico contra Díaz de Rojas: “I si tuvo su dominio, cómo en tantos años se refiere lo poseyó, no derogó la [ley] de los insultos contra su patria? Cómo se mantuvo en la esclavitud? I cómo en tal cargo, siendo español i cristiano, no procuró algún logro de su mando, siquiera para satisfacerse de aquellas poblaciones”¹⁸⁰. Respecto a esto, en primer lugar, debemos decir que, nota haber conocido y leído el *Derrotero* de Rojas, aunque no detalla la fecha de publicación del mismo, limitándose a mencionar que fue hace “más de cincuenta años”.

Lo más destacable de esta crítica, es que la hace a partir de la vida de Rojas entre los pehuenches, elemento que, como mencionamos previamente, le daba un carácter de testigo de la ciudad. Para Martínez, si Rojas realmente hubiera vivido de prisionero, le hubiera sido muy difícil llegar a ser cacique de la comunidad. Y en caso de haberlo sido, ¿por qué no intentó cambiar el estilo de vida de estos?, ¿por qué no intentó que fueran más cercanos a los españoles? De esta manera, Silvestre Antonio perdió toda la credibilidad frente a Martínez, pues no concebía a un español como cacique pehuenche, ¡que ni siquiera intentó civilizar a dichos indígenas!

Del año 1796, encontramos referencias a Silvestre Antonio Díaz de Rojas en la *Descripción histórico-geográfica del Reino de Chile*, del cronista y militar valdiviano, Vicente Carvalho Goyeneche. En esta oportunidad, el autor demuestra saber un poco más sobre Díaz de Rojas que sus predecesores, mencionando que es “natural de las pampas de Buenos Aires, que tuvo la desgracia que, siendo niño, le cautivasen los indios pehuenches en el último cuadrante del siglo anterior”¹⁸¹. Si bien la información aportada es errónea, pues Rojas era natural de Sevilla, no de Buenos Aires, ha sido, junto al autor del informe de 1740, el único que refiere a datos biográficos del autor del *Derrotero*. Dicho esto, continúa dando una breve referencia al contenido del mismo, más bien, refiere solamente a algunos topónimos mencionados por Díaz de Rojas, como el Tandil, el Payen o el Diamantino. E incluso, nos ofrece una explicación a que el *Derrotero* haya sido enviado a la Audiencia de Chile y no a la de Buenos Aires: “La verdadera dirección para el Payen i los demás montes de que hemos hablado [el Tandil, el Diamantino], es por la ciudad de Mendoza, i acaso por [esto] se remitió a Chile el citado memorial, porque esta ciudad dependía entonces de aquel gobierno, que a la sazón no se hallaba en estado de hacer el importante descubrimiento que se le ordenaba”¹⁸². La explicación no es del todo satisfactoria, pues no deja en claro por qué no podía ser encomendada a la Audiencia de Buenos Aires, limitando su explicación a que el camino a los montes mencionados por Rojas, era por Mendoza. De ser esto completamente cierto, ¿no

¹⁸⁰ *Ibid.* p. 171.

¹⁸¹ Carvalho Goyeneche, Vicente, “Descripción histórico-geográfica del Reino de Chile”, *Colección de historiadores de Chile y documentos relativos a la historia nacional*, Tomo X, Santiago, Imprenta El Mercurio, 1876, p. 132.

¹⁸² *Idem.*

habría sido más factible para Díaz de Rojas, partir su *Derrotero* desde Mendoza en vez de Buenos Aires?

La segunda referencia hecha por Carvalho Goyeneche sobre Silvestre Antonio, trata sobre la historia de la “Imajinaria colonia de los Césares” (como titula al capítulo). En esta oportunidad, la referencia a Rojas es sumamente vaga, lo que no le resta valor como evidencia de la circulación del *Derrotero*. ¿En qué contexto lo cita? Al iniciar el referido capítulo sobre los Césares, el propio Vicente Carvalho clamó no creer en los Césares, alegando no creer que “unos miserables náufragos pudiesen haber establecido en poco tiempo una colonia, no [menos] rica que poderosa, en el centro de la misma barbarie”¹⁸³. De esta manera, clamó que la ciudad de los Césares, eran patrañas de los indígenas, y decidió no seguir “averiguando la verdad” sobre esta. Sin embargo, dice que en 1780- aunque no especifica el motivo (posiblemente relacionado con la expedición de Manuel José de Orejuela, que comenzaba ese año), decidió volver a revisar expedientes, que “hiciesen probable la existencia de la colonia”. Es ahí donde apareció Silvestre Antonio Díaz.

Entonces, esta segunda mención, nos permite comprobar la validez que tenía Díaz de Rojas como testigo objetivo de la ciudad. Además, nos demuestra que el *Derrotero* circuló en Chile. En esta oportunidad, Carvalho Goyeneche no hace referencia alguna al contenido del informe, simplemente menciona que llegó a los Césares. Sin embargo, en su tercera referencia, nos entrega un elemento clave, al señalar que: “La incidencia que hace Silvestre Antonio Díaz de Rojas, en la descripción que hace en su citado memorial [...] tiene algo de verosimilitud para persuadirnos de alguna población formal de oriundos de una población europea”¹⁸⁴. Lo que da cuenta del valor que tuvo el *Derrotero* de Rojas en el siglo XVIII.

La última referencia que encontramos a Díaz de Rojas es en el *Cronicón sacro-imperial de Chile*, del padre franciscano Francisco Javier Ramírez, terminado en el año 1805, aunque escrito en su mayor parte durante el siglo XVIII. Este fue escrito en dos volúmenes, de los cuales solo se conserva uno (el primero), que refiere a hechos misceláneos entre los siglos XVI-XVIII¹⁸⁵. José Anadón nos explica que “Ramírez capta la fascinación que ejerció el mito (de los Césares) durante el siglo XVIII (...) y a la vez la incredulidad típica de la época. Da breve historia de ello y alude a actividades contemporáneas para ubicar la escurridiza ciudad”¹⁸⁶. Entre estos, Ramírez menciona a Ignacio Pinuer, Fray Francisco Menéndez, y Silvestre Antonio de Rojas, entre otros.

Pero, ¿quién era Francisco Javier Ramírez? José Anadón, en su artículo “Un testimonio ilustrado sobre ‘La ciudad de los Césares’”, nos señala que, a lo largo de su vida, Ramírez

¹⁸³ *Ibid.* p. 190.

¹⁸⁴ *Ibid.* p. 200.

¹⁸⁵ Anadón, José, “Un testimonio ilustrado sobre ‘La ciudad de los Césares’”, p. 320.

¹⁸⁶ *Ibid.* p. 321. Queremos aclarar en este punto, que no estamos de acuerdo con la denominación de “mito de los Césares”, sino que más bien, lo consideramos una leyenda, que descansa sobre hechos reales.

fue: “misionero entre los araucanos, educador- don Ambrosio O’Higgins lo nombró preceptor de su hijo Bernardo (...) y, cronista de su orden (los franciscanos)”¹⁸⁷. Es decir, tuvo una larga experiencia recorriendo los territorios de frontera, donde probablemente escuchó noticias sobre los Césares de boca de algunos indígenas.

Respecto a los Césares, Ramírez no tiene claridad respecto a su origen, o siquiera si son españoles o indígenas (salvajes o civilizados precisa el autor del *Cronicón*). A Silvestre Antonio dedica unas pocas líneas, en las que se limita a hablar de la real cédula emitida en mayo de 1716 al presidente de Chile. Además, agrega que el proyecto de Rojas no prosperó: “En atención a estas noticias, y las suministradas por Silvestre Antonio de Rojas y otros viajeros, a fin de averiguar la verdad y comprender en una expedición católica universal todas las situaciones mencionadas, se sirvió la Majestad del Señor Felipe V, por su real cédula del año pasado 1716 [...] mandar a su presidente de Chile, [...] que inmediatamente se procediese a la averiguación y descubrimiento de todas las naciones de este continente de Chile, sujetándola como era debido a la Real Corona y tratando de su conversión al cristianismo”. A esto, agrega que: “No tuvo efecto lo mandado por entonces, ni en el gobierno de su sucesor [...] que llegó a Chile con un cuerpo de cinco mil hombres, en la situación crítica de estar sublevados todos los indios fronterizos”¹⁸⁸.

En líneas generales, Ramírez plantea que el proyecto de Rojas fue acogido por la corona, pero finalmente no fue posible de realizar, debido al alzamiento de grupos indígenas en Chile. Vemos que, a diferencia de Moraleda, no habla de la circulación que tuvo el *Derrotero*, aunque destaca que fue importante, al menos lo suficiente para que el rey expidiera una cédula ordenando que se corrobore lo expresado en él.

Debemos destacar las palabras utilizadas al inicio del párrafo: “Silvestre Antonio de Rojas y otros viajeros”. Creemos que, con esto, le da más peso a Díaz de Rojas, empero no profundiza mayormente en su informe. De esta manera, y en consideración que no aborda su contenido, podemos suponer que Ramírez no lo leyó, pero si había oído hablar de él.

Luego de esta breve referencia a Silvestre Antonio, continúa refiriéndose a las noticias entregadas por los indígenas respecto a la ciudad de los Césares, donde aclara que el problema era la falta de comunicación entre las ciudades españolas de un lado y el otro de la cordillera: “En una palabra, los indios tienen por *muruches*, o extranjeros, a las gentes del gobierno de Buenos Aires, a lo que ha contribuido la ninguna comunicación ni comercio con ellos por aquellos lados, y el no tener conexión en sus operaciones con el de Chile”.

Para Ramírez, la casi nula comunicación entre las distintas gobernaciones españolas de ambos lados de la cordillera causaba la confusión en los indígenas, que llegaban con noticias sobre poblaciones desconocidas – y presumiblemente extranjeras – a las distintas ciudades. Es el mismo escenario sufrido por Díaz de Rojas: los alzamientos indígenas, que

¹⁸⁷ *Ibid.* p. 320.

¹⁸⁸ *Ibid.* p. 323

interrumpieron el contacto con Mendoza, impidieron que se llevase adelante su proyecto de incorporar los Césares a la corona española.

Esto último puede parecer bastante contradictorio: por un lado, la creencia en los Césares sería el producto de una mala comunicación, causando confusión entre los indígenas; pero por otro, Silvestre Antonio no logró cumplir su cometido a causa de un alzamiento indígena, aunque la falta de comunicación vuelve a hacerse patente. ¿Considera el padre Ramírez verdadero el Derrotero de Rojas? José Anadón apunta a que Ramírez creía en los Césares, cosa que el franciscano deja claro en su escrito, pues lo dedica en una postdata crítica llamada “los decantados Césares”. Aun así, no emite declaraciones sobre Díaz de Rojas llamándolo mentiroso o farsante, y simplemente se limita a explicar que lo mandado por Felipe V en la Real Cédula no tuvo efecto por las rebeliones indígenas.

Menciona también que los Césares habrían sido más fáciles de encontrar desde la ciudad de Mendoza que desde Chile, principalmente por razones geográficas: “Por Mendoza era más fácil, trivial y expedita la empresa, sin tener que montar las cordilleras, recorriendo con 500 hombres todas sus faldas [hace alusión a la empresa de Pinuer] y todos sus valles orientales hasta los 50 grados al Sur, poco más o menos, donde se unen los Andes con la costa del Oriente, cruzando sus meridianos y paralelos, o su altura y longitud con poca diferencia”. Es aquí donde aparece la visión crítica del padre franciscano, al declarar que las expediciones hacia los Césares eran mal planificadas, lo que se suma a la argumentación previamente presentada sobre el problema indígena. En otras palabras, faltaba información sobre su ubicación.

Así, observamos que, hacia inicios del siglo XIX, la creencia en la ciudad de los Césares sigue presente y se mantiene con fuerza. Con respecto a Silvestre Díaz de Rojas, ya indicamos que Ramírez no emitió mayor juicio sobre él. ¿Por qué? No podemos dar una respuesta certera a esta pregunta. Primero, porque estamos trabajando con una recopilación hecha por José Anadón, por lo que no disponemos de la fuente completa, y segundo, pues sería forzoso decir que hay una relación entre lo escrito por Moraleda sobre Rojas, y las escasas referencias hechas por Javier Ramírez sobre el mismo.

5. Apreciaciones sobre el Derrotero.

Hasta ahora, hemos estudiado el contenido del Derrotero de Rojas, a su autor, su contexto y su circulación, por lo que ahora nos centraremos en nuestras apreciaciones respecto a esta fuente, considerando para ello el valor que tiene para su época.

Como habíamos desarrollado previamente, el Derrotero presenta ciertas novedades en relación a la búsqueda de los Césares, como la descripción del territorio y de las dos ciudades, considerándolas como dos realidades no excluyentes entre sí, aunque destaca que, para él, los verdaderos Césares son indígenas, y los españoles no son sino náufragos que llegaron hasta allí y se asentaron al lado de estos. Esta idea estuvo también presente en la relación de Cobos y Oviedos, aunque en dicha ocasión, eran los supuestos incas que habían huido hacia el sur, en cambio, en Díaz de Rojas, eran nativos de la región, lo que constituye una novedad respecto a estos. Además, Rojas no hizo alusión a Sebastián Argüello, a diferencia de Cobos y Oviedo, quienes clamaban venir de la ciudad fundada por este.

El informe presentado por Díaz de Rojas, si bien muestra una descripción del recorrido, pueblos indígenas, y de las dos ciudades, no es del todo detallado, pues solo entrega datos de carácter superficial. Un ejemplo de esto, lo vemos en el informe anónimo de 1740, cuando su autor clama que, una de las críticas que se le puede hacer a Silvestre Antonio, es que no especifica la religión que profesan los indígenas.

Esto último puede parecer poco relevante, pero demuestra que Silvestre Díaz no fue tan detallado en su escrito. Además, no debemos olvidar que, en el Imperio español, la religión era fundamental, tal y como explica Fernando Casanueva: “La propagación de la fe católica entre los indios insumisos fue entonces para la Corona, no sólo un acto religioso, de caridad, o “civilizador”- tan propio de la concepción providencialista y confesional del Estado español que no concebía la conquista militar y política de un territorio sin imponerles a sus habitantes la “religión verdadera”- sino a la vez, un acto político”¹⁸⁹. De esto se desprende la importancia que tenía la religión como un acto político para los españoles. Por lo mismo, resultaba primordial conocer la religión indígena, pues, en caso que los naturales aún mantuvieran sus cultos paganos¹⁹⁰, era imperante que el monarca lo supiera y enviara una misión para evangelizarlos, pues era su deber. Así: “La política de evangelización de las sociedades indígenas, tanto en América como en Chile, estuvo siempre estrechamente ligada a la política expansionista española y fue considerada por la corona no sólo como un elemento ideológico justificatorio de su presencia y acción en el Nuevo Mundo, sino como uno de los ejes centrales de la misma existencia y funcionamiento de su Imperio ultramarino”¹⁹¹.

¹⁸⁹ Casanueva, Fernando, “La evangelización periférica en el reino de Chile, 1667-1796, *Nueva Historia*, año 2, N°5, 1982, pp. 5-6.

¹⁹⁰ Utilizamos el concepto en los términos presentados por Luis Rojas Donat: aquellos que no son cristianos, porque no conocen la palabra de cristo. En Rojas Donat, Luis, *España y Portugal frente a los otros*, p. 59.

¹⁹¹ Casanueva, Fernando, “La evangelización periférica en el reino de Chile”, p. 6.

Si tomamos en cuenta este nexo entre política y evangelización, la empresa de Díaz de Rojas de conquistar los Césares no solo implicaba incorporarlos al Imperio Español, sino también a la cristiandad. En otras palabras, si no practicaban ya la “religión verdadera”, era necesario llevar misioneros para predicar la palabra de Cristo. De esta forma, notamos que Silvestre Antonio omite un elemento de suma importancia para sus contemporáneos: la religión. Sin embargo, el autor del mismo informe se empeña en justificar esto, argumentando que Rojas iba a la ciudad como un cacique indígena, y que, por ello, no logró percatarse de lo anterior.

¿Por qué Silvestre Antonio omitió este detalle? ¿Por qué el autor del informe anónimo se empeña en justificarlo? No podemos ofrecer respuestas a ninguna de estas preguntas. Sin embargo, podemos suponer que el autor del informe anónimo justificaba el *Derrotero* de Rojas, pues para él Silvestre Antonio decía la verdad, ¿debía haber una explicación razonable para dicha omisión! No podía ser que inventara todo lo escrito. Antes, era una posibilidad que fuesen los indígenas quienes estuvieran mintiendo, mas no Rojas. Nunca Rojas

No deja de ser interesante la credibilidad que tuvo el *Derrotero*, siendo que no se llegó a realizar una expedición para comprobar la veracidad de su contenido. Como mencionamos en el párrafo anterior, era más probable que un indígena mintiera, antes que Silvestre Antonio lo hiciera... y así sucedió. En un capítulo anterior abordamos el episodio del indígena al cual según se relata en el informe de 1740- encargaron la entrega de una carta a los supuestos Césares. Como explicaron, lo enviaron donde Díaz de Rojas dijo estaba la ciudad, pero este nunca volvió con una respuesta. ¿La explicación? Que dicho indígena se había escapado y no entregó la carta. Pero los Césares debían estar allí, eran reales.

La utilización de indígenas como informantes fue bastante común en el período colonial, en especial si consideramos que ellos eran quienes conocían la geografía del continente. Frente a esto, no era de extrañarse que fuese un indígena quien entregase dicha carta, pues era quien mejor conocía el camino. Además, el informe deja claro que la ubicación debía mantenerse en secreto, lo cual permitía dar una explicación a que no hayan podido dar con los Césares tras dos siglos de búsqueda, sumado a que permitiría corroborar que lo dicho por Silvestre Antonio era cierto, pues fue llevado allí por los pehuenches.

Ahora bien, este escenario derivó en dos explicaciones posibles: el indígena fue asesinado, o engañó a todos y escapó, descartando así que Rojas haya inventado todo. Otro resultado posible pudo ser el mismo desenlace que las informaciones del chono Cristóbal Talcapillán, donde el aludido confesó haber dicho lo que los españoles querían escuchar. De haberse dado esto, ¿habría significado que se haya dejado de creer en los Césares de Rojas? Es posible, pues se hubiese probado que no había una población de españoles en el sur, pero como no fue este el caso, las posibilidades seguían latentes. Aún no podía descartarse la existencia de los Césares de Díaz de Rojas.

No obstante, el autor del informe de 1740 no fue el único que pensaba así. Los jesuitas José Cardiel y Tomás Falkner tomaron a Silvestre Antonio como referente a la hora de justificar

sus viajes por el territorio patagónico, diciendo que iban a buscar la ciudad de los Césares. Incluso, para fines del siglo XVIII, José de Moraleda prueba que el escrito de Silvestre Díaz seguía circulando, al menos entre la población de la isla de Chiloé. Misma situación aplica para Vicente Carvalho Goyeneche, quien nos permitió probar la vigencia que tenía el informe de Rojas en el reino de Chile.

Entonces, el *Derrotero* circuló por ambos lados del continente, Chile y Argentina, siendo tomado por verdadero, incluso *ad portas* del siglo XIX, cuando se comprueba que no hay una ciudad perdida en la Patagonia. No sabemos de otro expediente de búsqueda que haya calado tan profundamente en el imaginario colectivo, manteniéndose por casi un siglo. Incluso, si nos detenemos en el hecho que el *Cronicón sacro-imperial* fue terminado hacia 1805, podemos decir que el *Derrotero* de Rojas trascendió hasta el siglo XIX.

La historiografía ha hecho hincapié en aquellos que, siendo preguntados sobre la ciudad de los Césares, hablan del “informe de un fulano Rojas”, que llegó a la ciudad de los Césares. Aparentemente, como persona era poco conocido – son pocos los datos que sobre él tenemos, más allá de lo que dijo sobre sí mismo –, pero su informe estaba ampliamente difundido. Así, mientras resulta poco probable que la gran mayoría haya leído el informe, es muy posible que dicha mayoría haya oído hablar de él. Por ejemplo, el jesuita José Cardiel no ahonda en la figura de Rojas más allá de presentarlo escuetamente como un “cristiano que, siendo secuestrado, estuvo en los Césares”. No se entregan nombres, fechas o siquiera una pincelada de su contenido. Por otro lado, Falkner no da créditos a Silvestre Antonio, pese a haber usado sus mismas palabras para escribir un informe sobre cómo llegar a los Césares. Es decir, hubo un público receptor para el *Derrotero*.

Moraleda explica poco sobre el autor del *Derrotero*, pese a que transcribe el documento en su diario de una copia que llegó a Chile en 1716. Tampoco le da crédito al relato de Rojas. Esto se debe a que, a diferencia de las autoridades, Moraleda no creía en los Césares. Respecto a esto último, parece ser que ellos tampoco tenían pleno conocimiento del estado de la búsqueda de la ciudad, ni del *Derrotero*. Hacemos esta última suposición, debido a que Moraleda transcribió el informe en su diario, aunque no aclara si lo hizo a pedido, o simplemente por lo difundido que estaba el *Derrotero*.

De todas maneras, Silvestre Antonio se había convertido en un referente implícito para la población chilota, en lo relativo a los Césares, en cuanto a que su informe era conocido, pero poco se sabía sobre el propio Díaz de Rojas. Esto no deja de llamar la atención dado que el origen de su informe fue Buenos Aires: ¿cómo llegó a convertirse en un referente en Chiloé? Sabemos que el padre Alemán mandó que el presidente de Chile evaluase lo dicho por Silvestre Antonio, y que dicha carta, en la que se transcribe el *Derrotero*, fue la que Moraleda encontró estaba circulando. Esto nos permite ver el nivel de circulación que el informe de Rojas tuvo por territorio chileno.

Sin embargo, aún no hay una relación clara entre lo descrito en el informe y las búsquedas surgidas desde la isla. ¿En qué punto se empezó a relacionar las caracterizaciones de Rojas con los topónimos de las cercanías de Chiloé? No podemos ofrecer una respuesta clara, pero parece ser que la imaginación de sus habitantes, sumado al desconocimiento de los territorios – Moraleda los recorrió hacia fines del XVIII – hicieron que éstos vieran los Césares de Rojas en lugares totalmente alejados de su punto de origen. Y es que, aparentemente, era la referencia más clara que tenían de la ciudad. Además, la expedición de Silvestre Antonio jamás se realizó, por ende, no hubo oportunidad de desmentir sus dichos. Así, resulta similar al caso ocurrido con Manuel José de Orejuela, cuyo caso abordó Ricardo Couyoumdjian, y que tuvo entre sus referentes, a Díaz de Rojas.

Al caso de Manuel José de Orejuela, Couyoumdjian le dedicó un artículo llamado “Manuel José de Orejuela y la abortada expedición en busca de los Césares y extranjeros, 1780-1783”¹⁹². Respecto a esta, nos dice que se originó en el temor de una posible ocupación inglesa del territorio – volvemos sobre el mismo temor que existía hacia el siglo XVII –, pero que finalmente no se llevó a cabo por la desconfianza de las autoridades hacia el propio Orejuela. El autor no hace hincapié en la influencia que tuvo la expedición de Orejuela, como sí lo hace respecto a la de Pinuer (la cual menciona como antecedente de esta).

De esta forma, tenemos un informe cuya veracidad no había sido comprobada, pero que tampoco se había desmentido del todo, o al menos así lo parecía. Sabemos que gente como Moraleda buscaba desmentir esta creencia, objetivo que no había sido cumplido. Empero, salvo las críticas de Pedro Isauro Martínez, no hemos encontrado más pruebas de que Rojas haya sido considerado un mentiroso. Incluso Falkner, quien, en su *Descripción de la Patagonia*, negaba creer en los Césares, copió el Derrotero de Silvestre Díaz, aunque sus motivantes para aquello no son claros. Quizás lo hizo para usar esto como pretexto para ir a evangelizar a los indígenas, aunque parece poco probable, considerando que fue escrito casi veinte años después de haber hecho sus misiones junto a José Cardiel y José Quiroga. Lo que aquí resulta relevante es que Falkner está contribuyendo a mantener viva la creencia, aunque no la comparta, usando lo ya descrito por Rojas.

Aunque parezca contradictorio, no deja de ser notable que Falkner escriba un derrotero hacia los Césares en los mismos términos que Silvestre Antonio. ¿Por qué no haber hecho algo distinto, algo original? Sabemos que su compañero, el padre Cardiel, también escribió una carta, argumentando sus razones para ir a buscar los Césares, y que utilizó varios referentes, como Pedro Sarmiento de Gamboa, Nicolás Mascardí, y el propio Rojas. Pero el inglés hace algo completamente distinto, y casi quince años después que su compañero, presumiblemente, luego de haber terminado sus viajes por la Patagonia. ¿A quién iba dirigida? Con Rojas el receptor era claro: el informe fue enviado para ser leído por el monarca, pero en el caso del jesuita inglés esto es más complejo. Sabemos que los jesuitas

¹⁹² Couyoumdjian, Ricardo, “Manuel José de Orejuela y la abortada expedición en busca de los Césares y extranjeros”, pp. 57-176.

mandaban cartas a sus corresponsales, en Roma. Estas se conocían como cartas anuas. En ellas, “se adopta la instalación de la Orden en un espacio determinado, ya sea un colegio o una misión, se hace frecuente encontrar en ellas noticias civiles y eclesiásticas, datos estadísticos, descripciones geográficas, demográficas y etnográficas, hechos de la vida cotidiana, etc.”¹⁹³. Es decir, en estas misivas, los misioneros comunicaban todo lo que veían, escuchaban y hacían. Al respecto, María del Rosario Baravalle agrega que “el propósito de estas Cartas no es solamente el de informar al Padre General en Roma sobre los hechos y logros de la Orden, sino también el de entusiasmar a los jóvenes para que vengan a misionar a América, siendo precisamente esta última intención, la que los convierte en una verdadera autoapología”¹⁹⁴. Por lo tanto, estas cartas eran relatos propagandísticos, en el sentido que buscaban persuadir y convencer a los jóvenes de ir a América a misionar entre los indígenas, aunque debemos señalar que, ni la carta de Cardiel ni el informe de Falkner, son cartas anuas.

El informe escrito por Falkner tiene algo de eso, pues busca convencer de ir a buscar los Césares. Para ello, toma lo dicho por Silvestre Antonio, pero lo aborda desde un punto de vista propiamente jesuita, esto es, tomando en consideración las misiones existentes, y los indígenas que habían huido de sus encomiendas por los malos tratos que recibían. Podríamos decir, volviendo sobre la idea que esbozamos a inicios del capítulo, que Falkner intentó llenar los vacíos dejados por Rojas. Y si bien esta última idea es riesgosa, quisimos plantearla de ese modo, ya que es posible que, así como el autor del informe anónimo planteó que a Rojas se le criticó que no mencionó la religión practicada por los Césares, Falkner haya podido pensar que a Rojas le faltó mencionar la realidad conflictiva que vivían los indígenas frente a los encomenderos.

Entonces, podemos plantear que el *Derrotero* de Rojas presenta datos de manera superficial, lo que no quita que haya sido leído, y que fuese un referente al momento de hablar de la legendaria ciudad. Esto no hace sino plantearnos más preguntas que respuestas certeras, pero parece ser que un factor decisivo fue la descripción de las dos ciudades. Creemos que esto le dio mayor credibilidad entre quienes las buscaban, pues convertía a Rojas en un “testigo fiable” de su existencia. En este escenario, el padre Alemán se mostró más cauteloso al pedir a la Audiencia chilena que tomase la decisión de aprobar la expedición de Rojas. Sin embargo, eso poco importó al común de la gente, quienes confiaban en el relato de Díaz de Rojas, pese a la poca información entregada.

Por lo mismo, el *Derrotero* se convierte en un valioso documento para analizar la creencia en la ciudad de los Césares, pues nos muestra los imaginarios de la época, tomando las dos ciudades, de españoles e indígenas, como dos realidades no excluyentes entre sí. A su vez, nos muestra lo poco conocido que era el territorio de frontera, en la medida en que, con pocas palabras, Silvestre Antonio pudo trazar un panorama que fue verosímil, al punto que ni

¹⁹³ Baravalle, María del Rosario, “Cartas anuas de la Provincia del Paraguay, Chile y Tucumán de la Compañía de Jesús (1604-1637)”, *Revista digital de la escuela de historia. Universidad nacional del Rosario*, p. 59.

¹⁹⁴ Idem.

siquiera Moraleda llega a cuestionarse la caracterización de las dos ciudades, sino que duda de la existencia misma de los Césares.

6. Conclusiones

La búsqueda de la ciudad de los Césares se extendió por cerca de tres siglos. Los motivos por los que esta se realizó varían de acuerdo a los siglos. Mientras en el XVI se pensaba en encontrar a los náufragos perdidos y asentar la presencia española en la región, en el XVII aparecen el afán de evangelización y la amenaza de ocupación extranjera, para que, por último, el XVIII trajera consigo el ideal de continuar la labor del padre Nicolás Mascardi, así como el deseo de lucro y aventura. Esta, además, tenía en el período colonial, un sentido más profundo que el de un mero relato folclórico, era para los contemporáneos, una *verdad*, que resurgía cada cierto tiempo, debido a noticias proporcionadas por indígenas o españoles.

El afán por la ciudad lo debemos entender dentro de un contexto espacio-temporal determinado. Temporalmente, debemos situar la creencia en una época en que lo maravilloso y sobrenatural era posible, pues así lo dictaba la tradición antigua y medieval europea. En el plano espacial, estamos frente a un territorio de frontera, mayormente inexplorado, lo que permitió alimentar este tipo de creencias maravillosas. Además, tanto el relieve como el clima de la Patagonia hicieron que la región fuera mayormente inhóspita y de difícil tránsito, especialmente por mar, donde el Estrecho se convirtió en sitio de innumerables naufragios e infortunios para los expedicionarios españoles. Por lo mismo, fue el espacio idóneo para situar la ciudad de los Césares.

En este escenario, la existencia de una ciudad llena de riquezas era más que una posibilidad. Así, son tres los pilares que dan origen a la creencia en la ciudad de los Césares: las noticias de Francisco de César; la leyenda de un grupo de incas que, escapando de las huestes de Almagro, llevaron parte del oro del imperio, y fundaron una ciudad en el sur del continente; por último, los naufragios en el Estrecho de Magallanes, siendo el de la armada del obispo de Plasencia el primero en ser asociado a los Césares. Mientras los primeros dos le otorgaron el carácter de leyenda áurea, el tercero le dio una ubicación a la ciudad, quedando así asociada a la Patagonia por el resto del período colonial.

La creencia se mantuvo viva gracias a las noticias de los indígenas, así como por los misioneros jesuitas que salieron a la búsqueda de la ciudad de los Césares mientras recorrían la Patagonia, evangelizando a los distintos pueblos que allí habitaban. A modo de ejemplo del primer caso, tenemos la expedición de Bartolomé Gallardo, motivada por las noticias entregadas por un chono de nombre Cristóbal Talcapillán, que alertaba sobre extranjeros en los confines australes del continente, que comprobaron ser falsa.

Por otro lado, para el caso del aporte de los ignacianos para la creencia, contamos con el padre Nicolás Mascardi, quien pasó varios años recorriendo la Patagonia en busca de la ciudad de los Césares, a la vez que instaló una misión en el lago Nahuelhuapi. Luego de muchos años, el padre fue asesinado por los indígenas con los que convivió, para evitar que este abriera el camino al lago para los españoles.

Otras expediciones sucedieron durante los siglos XVI y XVII, sin tener éxito. Pese a esta situación, la creencia se mantenía aún vigente hacia la década de 1670, momento en que Mascardi misionaba en Nahuelhuapi. Hacia fines del XVII, la creencia en la ciudad de los Césares se había debilitado producto de los sucesivos fracasos de las expediciones. No obstante, esto no significó que se abandonara la creencia, pues aún se pensaba que estaba en la Patagonia.

La expedición del gobernador José de Ustariz prueba que esta creencia no había desaparecido del todo, pese a que su fracaso no ayudó a que esta recobrara fuerza. En este contexto, aparece Silvestre Antonio Díaz de Rojas. Como pudimos apreciar a lo largo de esta tesis, poco es lo que se sabe de este personaje, salvo lo que él mismo mencionó en su informe. En este da cuenta que, tras ser secuestrado por los pehuenches, fue hecho cacique de la comunidad, llegando a visitar los Césares.

En su *Derrotero*, Silvestre Antonio presenta el camino a seguir desde la ciudad de Buenos Aires hasta la ciudad de los Césares, en el que menciona topónimos de la región, los pueblos que ahí habitan, las riquezas, y, por último, las dos ciudades, de indígenas y españoles, tal como hicieran en el siglo XVI, Cobos y Oviedos, pero con ciertas novedades, como indígenas nativos en vez de incas. Con respecto a su contenido, podemos afirmar que Rojas se fue a América movido por el deseo de lucro, aunque no podemos descartar el deseo de aventura, aunque parecería más débil que el primero.

En su informe, Rojas buscaba presentarse como testigo objetivo, alguien que realmente estuvo en la ciudad de los Césares. Ya no estaríamos hablando de noticias entregadas por terceros, sino que es información entregada de primera mano.

Al ser entregado al Consejo de Indias, este lo remitió al padre Ignacio Alemán, procurador del Reino de Chile, quien dio por menos los fundamentos de Silvestre Antonio, y mandó su informe a la Audiencia chilena. No tenemos noticias que esta última haya encargado una expedición para corroborar lo indicado por Rojas.

Pese a este contratiempo, el informe de Silvestre Antonio fue copiado y difundido por el Virreinato del Perú. Al respecto, no tenemos la certeza que su informe haya sido impreso o copiado a mano, aunque la información entregada por José de Moraleda nos hace inclinarnos por la segunda opción.

Ya varias décadas después fue hecho un informe, de carácter anónimo, en que se defiende que lo presentado por Díaz de Rojas era cierto. Este no ha sido mayormente tomado en cuenta por la historiografía. Sin embargo, hemos podido ver su importancia a lo largo de este análisis, pues permite revalidar la idea de Silvestre Antonio como testigo objetivo de los Césares. El contenido del mismo nos permitió visualizar que, para su autor, es más probable que, de no encontrar la ciudad, sea por engaño de los informantes indígenas, y no porque Rojas esté mintiendo sobre la existencia de la misma. Este fue el primer paso para la circulación del *Derrotero* de Rojas en la América colonial.

La segunda referencia al informe de Rojas la encontramos en la carta enviada por el jesuita José Cardiel al gobernador de Buenos Aires en el año 1746. Este padre, junto a Tomás Falkner y José Quiroga, recorrió la Patagonia, buscando llevar la religión a los indígenas que ahí vivían. En su carta, busca fundar una misión en la Patagonia, al tiempo que buscaba alcanzar la escurridiza ciudad de los Césares. Entre sus referentes para tomar por cierta esta leyenda están Pedro Sarmiento de Gamboa, el padre Nicolás Mascardi, informantes indígenas y un español, cuyo informe circulaba por la ciudad de Buenos Aires, en el que señalaba cómo llegar a los Césares. Si bien no revela la identidad de este, creemos que se trataba de Díaz de Rojas por las referencias a Buenos Aires, al cerro Diamantino, y a “el volcán”. Al ser generales estas referencias, creemos que conoció el Derrotero por terceros, sin haberlo leído personalmente.

La tercera referencia es el propio compañero de Cardiel, Tomás Falkner, quien en 1760 redactó un informe sobre cómo llegar a los Césares desde Buenos Aires, prácticamente en los mismos términos que hizo Silvestre Antonio. ¿Qué cambió? Algunas referencias a ciertas misiones, y a conflictos entre encomenderos e indígenas. El caso de Falkner es sumamente interesante de analizar, pues quince años después de escribir este informe, publicó su *Descripción de la Patagonia*, en la que negaba la existencia de la Ciudad de los Césares, aludiendo a que, en realidad, se debía a que los españoles no entendían lo que los indígenas decían. Creemos que este cambio pudo deberse a que, durante sus años de misionar en la Patagonia, buscó los Césares sin éxito, lo que terminó por desilusionarlo. Desde luego, este punto es mera conjetura, pues no tenemos cómo sustentarla.

Analizamos también el del piloto José de Moraleda, no porque este creyese en los Césares, sino que, en su informe, dio cuenta de la circulación del Derrotero de Rojas en Chiloé. ¿Qué destacamos de esto? Primero, el informe de Silvestre Antonio había sido difundido profundamente en Chiloé, por lo que la gente lo conocía. Sin embargo, y al igual que como pasó con Cardiel, era poco lo que sabían de su autor, en comparación con el informe mismo. Moraleda copió en su diario el Derrotero, utilizando una copia que fue enviada desde el Consejo de Indias a la Audiencia de Chile, en 1716, que era probablemente la que circulaba por aquellos lados. Al respecto, dejamos abierta la pregunta: ¿Lo copió para dar cuenta del estado de la creencia en la isla, o fue a pedido de las autoridades? Pregunta que, de momento, no podremos responder.

Las crónicas escritas en el último tercio del siglo XVIII por Pedro Isauro Martínez y Vicente Carvalho Goyeneche, hacen referencia al *Derrotero* de Rojas. Mientras que el primero se propuso a desmentirlo, siendo el único que lo declara abiertamente un mentiroso, el segundo da cuenta que, ya en los últimos años, Díaz de Rojas aún podía ser considerado un testigo factible de la existencia de la ciudad de los Césares.

Dos casos que mencionamos a lo largo de esta investigación, fueron los del franciscano Francisco Javier Ramírez, y Manuel José de Orejuela. El primero lo abordamos brevemente, pues hizo una referencia a Silvestre Díaz en su *Cronicón sacro-imperial*, de principios del

siglo XIX. Sobre él, menciona que el rey expidió una orden en 1716, para que se averiguase si lo que dijo era cierto, lo que nos habla de la temprana circulación del Derrotero. Sobre el segundo no contamos con las fuentes sobre su viaje, por lo que no tuvimos la oportunidad de analizarlo. Sin embargo, Ricardo Couyoumdjian señaló, en un artículo dedicado a la expedición de Orejuela, que Díaz de Rojas fue uno de sus referentes.

Volviendo a la figura de Silvestre Antonio, comprobamos que, efectivamente, su informe circuló durante el siglo XVIII. No obstante, ¿podemos hablar de un resurgimiento de la creencia en este siglo, tal y como planteamos en un principio? Revisando la evidencia, podemos señalar que sí. Así, tomando como referencia una carta enviada por el Consejo de Indias a Ignacio Alemán en diciembre de 1715, pudimos ver que la última expedición a los Césares previa al informe de Díaz de Rojas – de la que tengamos conocimiento – fue la de Juan Andrés de Ustariz, de 1711, a la cual no se ha hecho mayor referencia, salvo en dicha carta. En cambio, en el caso de Díaz de Rojas, apreciamos numerables referencias, pese a que algunas sean bastante superficiales.

Esto último se debió, creemos, a que Silvestre Antonio logró posicionarse como testigo de la ciudad, un portador del *local Knowledge*, como diría Arndt Brendecke. Su descripción del paisaje, los pueblos de la región, y las ciudades, aunque bastante generales en algunos casos, bastaron para convencer que decía la verdad. El camino no le fue sencillo, pues no obtuvo la aprobación para llevar adelante su proyecto. Aun así, el proceso posterior no deja de ser interesante de seguir, pues si bien el procurador del reino de Chile, Ignacio Alemán, no dio el visto bueno al proyecto, tampoco lo desechó: simplemente lo dejó en manos de la Audiencia de Chile, puesto que Alemán daba por menos los fundamentos que Rojas entregó.

Dicho esto, se nos abren nuevas preguntas. ¿Por qué Alemán no rechazó el proyecto de Rojas? ¿Fue Silvestre Antonio quién difundió el Derrotero? De ser esta última pregunta afirmativa, ¿Por qué hacer público su descubrimiento y no llevar a cabo una expedición por su cuenta? ¿Existen otros informes de la ciudad de los Césares que hayan tenido el mismo impacto que el Derrotero de Rojas? Son preguntas que de momento no podremos responder, pero esperamos poder seguir profundizando en estos temas para intentar responderlas.

Por último, solamente agregar que, este es un caso muy oportuno para analizar la creencia en los Césares. Porque confluyen distintos elementos: un proyecto escrito, la experiencia de un español que dijo estar en la ciudad, los indígenas como informantes, la actitud de las autoridades, una creencia que se reactiva, un territorio desconocido, los rumores y la actitud de los jesuitas frente a este informe.

Fuentes:

Carta remitida por el Consejo de Indias a Silvestre Antonio, en que se le informa se va a pedir la opinión de Ignacio Alemán respecto a su proyecto, Archivo General de Indias, Chile, 153.

Carta en que el Consejo de Indias manda a reconocer lo que hubiese en secretaria respecto a los Césares, 12 de agosto de 1715, Archivo General de Indias, Chile, 153.

Carta al Consejo, para despachar el Decreto adjunto de S.M. sobre el derrotero desde Buenos Aires hasta la ciudad de los españoles, 9 de diciembre de 1715, Archivo General de Indias, Chile, 153.

Carta del Padre Jesuita José Cardiel, escrita al Señor Gobernador y Capitán General de Buenos Aires, sobre los descubrimientos de las tierras patagónicas, en lo que toca á los Césares (11 de agosto de 1746), en De Angelis, Pedro, Colección de obras y documentos relativos a la historia antigua y moderna de las provincias del Río de la Plata, Tomo primero, Buenos Aires, Imprenta del Estado, 1836.

Carvalho Goyeneche, Vicente, “Descripción histórico-geográfica del Reino de Chile”, Colección de historiadores de Chile y documentos relativos a la historia nacional, Tomo X , Santiago, Imprenta El Mercurio, 1876.

Copia manuscrita y autorizada del derrotero y descripción de la ciudad de españoles o Césares hecha por Silvestre Antonio Díaz de Rojas-Madrid- mayo 18 de 1716, Archivo Nacional, Fondo Sergio Fernández Larraín.

Derrotero. Desde la ciudad de Buenos Aires hasta la de los Césares, que por otro nombre llaman la Ciudad Encantada, por el P. Tomas Falkner, jesuita (1760) en Angelis, Pedro, Colección de obras y documentos relativos a la historia antigua y moderna de las provincias del Rio de la Plata, Tomo primero, Buenos Aires, Imprenta del Estado, 1836.

Díaz de Rojas, Silvestre Antonio. Derrotero, camino cierto y verdadero desde la ciudad de la Trinidad, puerto de Buenos Aires hasta la ciudad de los españoles, que vulgarmente llaman la Ciudad Encantada, AGI, Chile, 153.

Falkner, Tomás, “Descripción de la Patagonia y de las partes adyacentes de la América meridional...”, en Angelis, Pedro, *Colección de obras y documentos relativos a la historia*

antigua y moderna de las provincias del Río de la plata. Tomo primero, Buenos Aires, Imprenta del Estado, 1836.

Gallardo, Bartolomé, *Relación del sargento mayor don Bartolomé Gallardo hecha en Lima de orden de V.E, sobre el viaje que hizo al reconocimiento de las poblaciones de los ingleses...* En *Anuario hidrográfico de la marina de Chile*, Año XI, 1886.

Informe anónimo 1740, en Angelis, Pedro, *Colección de obras y documentos relativos a la historia antigua y moderna de las provincias del Río de la Plata*, Tomo primero, Buenos Aires, Imprenta del Estado, 1836.

Isauro Martínez, Pedro, “La verdad en campaña: relación histórica de la plaza, puerto i presidio de Valdivia”, en Anrique, Nicolás, *Biblioteca jeográfico-hidrográfica de Chile. Segunda serie*, Santiago, Imprenta Elzeviriana, 1898.

Moraleda, José, *Exploraciones jeográficas e hidrográficas*, Santiago, Imprenta nacional, 1888.

Pigafetta, Antonio, *Primer viaje alrededor del mundo*, Madrid, 1999.

Pizarro, Pedro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, Lima, FCE, 2013.

Bibliografía:

Abulafia, David, *El descubrimiento de la humanidad. Encuentros Atlánticos en la era de Colón*, Barcelona, Editorial Crítica, 2009.

Amunategui, Miguel Luis, *La cuestión de límites entre Chile i la República Argentina*, Santiago, Imprenta nacional, 1879-80.

Altuna, Elena, “Introducción: relaciones de viajes y viajeros coloniales en América”, *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, año 30, N°60, 2004, pp. 9-23.

Arias, Fabián, “El mapa de Tomás Falkner, SJ, y su representación de la red de rastrilladas indígenas de la región de las Pampas y Patagonia (mediados del siglo XVIII)”, *Coordenadas, revista de Historia local y regional*, Año 1, N°1, 2014, pp.2-26.

Bandieri, Susana, *Historia de la Patagonia*, Buenos Aires, Sudamericana, 2014.

Bayo, Ciro, *Los Césares de la Patagonia: leyenda áurea del Nuevo Mundo*, Madrid, 1913.

Bernard, Carmen (compiladora), *Descubrimiento, conquista y colonización de América a quinientos años*, México, FCE, 1994.

Bethell, Leslie (ed), *Historia de América Latina, tomo I: América Latina colonial: La América precolombina y la conquista*, Barcelona, Editorial Crítica, 1990.

Bethell, Leslie (ed.) *Historia de América Latina, tomo III: América Latina colonial* Barcelona, Editorial Crítica, 1990.

Brendecke, Arndt, *Imperio e información. Funciones del saber en el dominio colonial español*, Madrid, Iberoamericana Vervuert, 2012.

Burke, Peter, *What is cultural history?* Malden, USA, polity, 2008.

Casado Quintanilla, Blas (coord.) *Tendencias historiográficas actuales*, Universidad Nacional de Educación a Distancia, Madrid, 2004.

Chartier, Roger, *The order of books. Readers, authors and libraries in Europe between the fourteenth and eighteenth centuries*, Stanford, Stanford University Press, 1994.

Chartier, Roger, *El mundo como representación. Estudios sobre historia cultural*, Barcelona, Gedisa, 2005.

Couyoumdjian, Ricardo, “Manuel José de Orejuela y la abortada expedición en busca de los Césares y extranjeros, 1780-1783”, *Historia*, N°10, 1971, pp. 57-176.

De Gandía, Enríque, *Historia crítica de los mitos y leyendas de la conquista americana*, Buenos Aires, Centro difusor del libro, 1946.

De Lasa, Luis; Luiz, María Teresa, “Representaciones del espacio patagónico. Una interpretación de la cartografía jesuítica de los siglos XVII y XVIII”, *Cuadernos de Historia*, N° 35, Santiago, 2011. https://scielo.conicyt.cl/scielo.php?pid=S0719-12432011000200001&script=sci_arttext

Estellé, Patricio; Couyoumdjian, Ricardo; “La ciudad de los Césares: origen y evolución de la leyenda (1526-1880)”, en *Historia*, N°7, Universidad Católica de Chile, 1968, pp. 283-309.

Favier, Jean, *Los grandes descubrimientos. De Alejandro a Magallanes*, Fondo de Cultura Económica, México, 1995.

Fernández, Álvaro, “Catálogo, colección y colonialismo interno: Una lectura de la “Descripción de la Patagonia” de Thomas Falkner (1774)”, *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, año 30, N°60, 2004, pp. 2-22.

Furlong, Guillermo, *Los jesuitas y la cultura rioplatense*, Ediciones Universitarias del Salvador, Buenos Aires, 1984.

Gil, Juan, *Mitos y utopías del descubrimiento*. Tomo II: El Pacífico, Madrid, Alianza Editorial, 1989.

Hanisch, Walter, *Historia de la Compañía de Jesús en Chile*, Editorial Francisco de Aguirre, Buenos Aires, 1974.

Hanisch, Walter, *La isla de Chiloé, capitana de rutas australes*, Academia Superior de Ciencias Pedagógicas de Santiago, Santiago, 1984.

Irurtia, María Paula, “Intercambio, novedad y estrategia: las misiones jesuíticas del sur desde la perspectiva indígena” http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1851-16942007000200006

Latcham, Ricardo, *La leyenda de los Césares: su origen y evolución*, Imprenta Cervantes, 1929.

Lockhart, James; Schwartz, Stuart; *América Latina en la Edad Moderna: una historia de la América española y el Brasil coloniales*, Editorial Akal, Madrid, 1992.

Lucaioli, Carina, “Construcción de territorios: Percepciones del espacio e interacción indígena y colonial en el Chaco austral hasta mediados del siglo XVIII”, *Antípoda. Revista de Antropología y Arqueología*, N°8, 2009, http://www.scielo.org.co/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1900-54072009000100006.

Magasich, Jorge; De Beer, Jean Marc; *América mágica. Mitos y creencias en tiempos del descubrimiento del Nuevo Mundo*, Santiago, LOM, 2001.

Martínez, Carolina, “Expansión ultramarina, literatura de viaje y representación del otro en la *Histoire d’un voyage faitaux iles Malouines* (1770) de Joseph Antoine Pernety”, *Diálogo Andino*, N°9, 2016- https://scielo.conicyt.cl/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0719-26812016000100033

Martinic, Mateo, *Magallanes. Síntesis de tierras y gentes*, Buenos Aires, Editorial Francisco de Aguirre, 1972.

Martinic, Mateo, *De la Trapananda al Áysen*, Santiago, Pehuén editores, 2005.

Montero, Marisa González, *La ilustración y el hombre americano: descripciones etnológicas de la expedición Malaspina*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 1992.
Morales Padrón, Francisco, *Historia del descubrimiento y conquista de América*, Madrid, Editorial Gredos, 1990.

Moreno, Rodrigo, *Misiones jesuitas en Chile austral: Los jesuitas en Chiloé. 1608-1678*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Sevilla, 2007.

Nacuzzi, Lidia, “Los grupos nómades de la Patagonia y el Chaco en el siglo XVIII: Identidades, espacios, movimientos y recursos económicos ante la situación de contacto. Una reflexión comparativa”, *Chungara*, Vol. 39, N°2, 2007. https://scielo.conicyt.cl/scielo.php?pid=S0717-73562007000200005&script=sci_arttext

Pimentel, Juan, *Testigos del mundo. Ciencia, literatura y viajes en la Ilustración*, Madrid, Marcial Pons, 2003.

Pratt, Mary Louise, *Ojos imperiales: literatura de viajes y transculturación*, Fondo de Cultura económica, México, 2010.

Ramos, Luis, *Las “noticias secretas de América” de Jorge Juan y Antonio de Ulloa (1735-1745) Tomo I. Estudio histórico*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 1985.

Rojas Donat, Luis, *España y Portugal ante los otros*, Talcahuano, Ed. Biobio, 2002.

Sagredo, Rafael; Moreno, Rodrigo, *El mar del sur en la historia. Ciencia, expansión, representación y poder en el Pacífico*, Santiago, Dibam, 2014.

Sanfuentes, Olaya, *Develando el Nuevo Mundo. Imágenes de un proceso*, Santiago, Editorial Universitaria, 2009.

Serrera, Ramón María, *La América de los Habsburgo (1517-1700)*, Universidad de Sevilla, 2011.

Soler, Isabel, *El sueño del rey. Viajes y mesianismo en el Renacimiento peninsular*, Barcelona, Acantilado, 2015.

Tapson, Alfred, “Indian warfare on the Pampa during the colonial period”, *The Hispanic American Historical Review*, Vol. 42, N° 1, 1962, pp. 1-28.

Todorov, Tzvetan, *La conquista de América. El problema del otro*, Editorial Siglo XXI, 1982.

Urbina, Ximena, *La frontera de arriba en Chile Colonial*, Valparaíso, Ediciones Universitarias de Valparaíso, 2008.

Urbina, Ximena, *Fuentes para la historia de la Patagonia occidental en el período colonial. Primera parte: siglos XVI y XVII*, Valparaíso, Ediciones Universitarias, 2014.

Urbina, Ximena, “El chono Cristóbal Talcapillan y su información sobre colonias inglesas en la Patagonia insular, 1674, *Boletín de la Academia de Historia Naval y Marítima de Chile*, N°19, 2015, pp. 27-44.

Urbina, Ximena, “La expedición de John Narborough a Chile, 1670: la defensa de Valdivia, los rumores de indios, las informaciones de prisioneros y la creencia en la ciudad de los Césares”, *Magallania*, vol.45, N°2, 2017, pp. 11-36

Urbina, Ximena, “El significado del estrecho de Magallanes entre los siglos XVI y XVIII y su efecto en la prefiguración de Aysén”, *Aysenología*, 5, 2018, pp. 43-50.

Vicuña Mackenna, Benjamín, *Relaciones históricas*, Santiago, Editorial El mercurio, 1877.

Villalobos, Sergio, *Pehuenches en la vida fronteriza*, Santiago, Ediciones Universidad Católica de Chile, 1989.

Weber, David, *Los españoles y sus salvajes en la era de la Ilustración*, Editorial Crítica, Barcelona, 2007.

Wilde, Guillermo, “De las crónicas jesuíticas a las etnografías estatales: realidades y ficciones del orden misional en las fronteras ibéricas”, en *Nuevo mundo, mundos nuevos*, Debates, 2011, <https://journals.openedition.org/nuevomundo/62238>.